



SERIE
INVESTIGACIÓN

La división micro-macro y el método de la economía política

Federico Bekerman



Unidad de Publicaciones
Departamento de Economía y Administración



Universidad
Nacional
de Quilmes

Departamento
de Economía y
Administración

La división micro-macro y el método de la economía política

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Alejandro Villar

Vicerrector

Alfredo Alfonso

Departamento de Economía y Administración

Director

Rodolfo Pastore

Vicedirector

Sergio Paz

Coordinador de Gestión Académica

Gastón Benedetti

Unidad de Publicaciones del Departamento de Economía y Administración

Coordinadora

Ana Elbert

Integrantes del Comité Editorial

Alfredo Scatizza

Ariel Barreto

Cintia Russo

Guido Perrone

Guillermina Mendy

Cristina Farías

Daniel Cravacuore

Graciela Aparicio

Héctor Bazque

Walter Chiquiar

La división micro-macro y el método de la economía política

Federico Bekerman

Bekerman, Federico

La división micro-macro y el método de la economía política / Federico Bekerman.

- 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-558-704-5

1. Microeconomía. 2. Macroeconomía. 3. Economía Política Argentina. I. Título.
CDD 339.50982

Edición y corrección: María Cecilia Paredi y Adys González de la Rosa

Diseño gráfico: María Belén Arana

Equipo de comunicación: Aldana Cabrera, Emanuel de Fino y Santiago Errecalde

Departamento de Economía y Administración

Unidad de Publicaciones

Serie Investigación

<https://deya.unq.edu.ar/publicaciones/>

eya_publicaciones@unq.edu.ar

Los textos publicados aquí han sido sometidos a evaluadores internos y externos de acuerdo con las normas de uso en el ámbito académico internacional.

ISBN 978-987-558-704-5



Esta edición se realiza bajo licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor, editor y año).



No comercial: no se permite la utilización de esta obra con fines comerciales.



Sin obras derivadas: solo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obra derivada siempre que estas condiciones de licencia se mantengan en la obra resultante.

Publicado en Argentina en abril de 2021.

Presentación de la Unidad de Publicaciones

El Departamento de Economía y Administración es reconocido, entre otros aspectos, por los esfuerzos y resultados en actividades de docencia, investigación, extensión y transferencia. Es por ello que, mediante la Unidad de Publicaciones, se propone, por un lado, avanzar en el trabajo conjunto entre docentes y grupos pertenecientes a sus dos modalidades de enseñanza –presencial y virtual– y, por otro, realizar una mayor difusión de nuestra producción académica y profesional. Para ello, es clave impulsar la producción y la difusión de los resultados de los grupos y equipos de trabajo del Departamento.

El trabajo de esta Unidad de Publicaciones, a partir de sus propuestas en formato papel y digital y de sus colecciones, series temáticas y revistas, permitirá vitalizar las publicaciones de los distintos equipos, en función de sus producciones académicas específicas.

Rodolfo Pastore

Director

Sergio Paz

Vicedirector

Índice

Introducción y marco teórico	7
1. La división micro-macro hoy	14
1.1. Concepciones estilizadas de la división micro-macro	14
1.1.1. La concepción natural o canónica	14
1.1.2. Las concepciones cualitativas	18
2. La división micro-macro a la luz de la historia del pensamiento económico	22
2.1. La crítica de Keynes	23
2.2. De la síntesis neoclásica a los microfundamentos	28
2.2.1. La síntesis neoclásica y la división micro-macro	28
2.2.2. Heterodoxos, desequilibristas y nuevos clásicos	32
2.3. La crítica a la división micro-macro: una aproximación preliminar	36
2.3.1. Un objeto, dos teorías contradictorias	36
2.3.2. Una teoría, dos objetos contradictorios	42
3. Aspectos metodológicos de la crítica de la economía política	48
3.1. “El método de la economía política” de Karl Marx	48
3.2. Claves metodológicas para el abordaje del esquema micro-macro	57
4. Una relectura de la unidad de la teoría económica dominante	65
4.1. La micro es la macro y la macro es la micro	67
4.1.1. La micro es la macro	67
4.1.2. La macro es la micro	96
4.2. Sobre los desarrollos “concretos” de la microeconomía	120
Conclusiones	126
Bibliografía	137
Acerca del autor	149

Introducción y marco teórico

La teoría económica moderna en su versión “oficial”, es decir, en su corriente dominante, toma como natural la división entre la microeconomía y la macroeconomía. A tal punto se ha consumado esta naturalización que solo cuestionarla parece un sinsentido. Más aún, la adopción del esquema micro-macro también atravesó corrientes de pensamiento económico críticas o heterodoxas. Por otro lado, y sin negar esa naturalización, desde los más variados rincones del espectro teórico han surgido reclamos acerca de la necesidad de reunificar ambos compartimentos o, al menos, de establecer los puentes necesarios que permitan compatibilizar y armonizar los resultados obtenidos a uno y otro lado de la disciplina.

El objetivo de nuestro trabajo consiste, en primer término, en identificar la necesidad teórica que dio lugar a este desdoblamiento de la ciencia económica oficial. Abordaremos esta tarea desde la historia del pensamiento económico. En segundo término, nos proponemos examinar los supuestos metodológicos implicados. Para ello, realizaremos una contraposición con el método de la economía política de Marx. Y, por último, reuniendo los elementos anteriores, intentaremos presentar una relectura crítica del esquema micro-macro. Aquí, se procederá a exponer una resignificación de la unidad del sistema teórico de la corriente dominante.

Se aportará, entonces, una revisión crítica de lo que representan la microeconomía y la macroeconomía, del lugar que ocupa cada una en la teoría económica, y de los límites que se presentan para su reunificación y/o entrelazamiento mutuo. Sostendremos que, al conjugar un tipo de abordaje metodológico como el desarrollado por Marx con un enfoque teórico de la historia del pensamiento económico, los resultados que se proyectan sobre la división micro-macro son sorprendentes. La microeconomía es donde se encierran, ocultas detrás del reduccionismo de los manuales, las explicaciones más generales del sistema económico en su conjunto; mientras que la macroeconomía es donde debe lidiarse, más allá de la pretensión de generalidad que detentan los macroeconomistas, con las formas concretas de la gestión inmediata de la acumulación de capital dentro de una economía nacional.

A su vez, esta relectura tiene profundas implicancias respecto del papel que les corresponde, en un polo, a los desarrollos de la microeconomía que se ven a sí mismos como teorías sobre el comportamiento concreto e inmediato de los agentes económicos particulares (organización industrial, defensa de la competencia, teoría de la regulación, entre otras) y, en el otro polo, a los desarrollos del compartimento macroeconómico que se conciben como representaciones generales del sistema, tanto los de carácter “teórico” (modelo IS-LM, ciclo real de equilibrio, etc.) como los “prácticos” (Sistema de Cuentas Nacionales).

Respecto del marco teórico, la presente investigación contiene un enfoque de la historia del pensamiento económico que no parte de ninguna de las dicotomías típicas de los desarrollos modernos de esta disciplina: competitivo/acumulativo, relativista/absolutista, histórico/racional, sincrónico/diacrónico. El abordaje aquí adoptado se basa en otras distinciones que corresponde exponer detalladamente, ya que parte de identificar dos actitudes metodológicas bien diferentes.

En primer lugar, cabe reconocer una tradición de tipo “arqueológica”, abocada mayormente al descubrimiento de escritos que permitan rastrear ideas “adelantadas” a su época, y a confirmar o rechazar la originalidad de determinados autores. Aplicar el enfoque “arqueológico” al presente trabajo consistiría en investigar qué autores hablaron primero de la necesidad de separar el análisis microeconómico de las leyes macroeconómicas. En este tipo de abordajes se da por sentado que la ciencia pasó de etapas primitivas, donde solo podían encontrarse algunos “adelantados” en el medio de la confusión o de falsos consensos, hasta progresar a la etapa actual de consolidación y madurez o, por lo menos, de avance neto de la teoría económica.¹

En segundo lugar, existe otra actitud metodológica que consiste en tomar como objeto de análisis al desarrollo histórico de la teoría económica. En esta mirada se considera a la aparición y desaparición de sucesivas ortodoxias, y

¹ Este tipo de abordaje puede verse con mayor crudeza en los enfoques de tipo acumulativo como, por ejemplo: Schumpeter (1954), Sandmo (2011), Ekelund y Hébert (1992), Brue y Grant (2009), Silberberg y Suen ([1978] 2001). Pero también está presente, aunque de modo menos apologetico, en obras cercanas al enfoque competitivo [véanse Dobb (1973), Roncaglia (2009)], en abordajes más relativistas y/o contextualistas, por ejemplo, el de Roll (1973), así como también dentro de la visión absolutista-racional, por ejemplo, Blaug ([1962] 1985).

a la renovada coexistencia de diversas corrientes teóricas en pugna, como el terreno más fértil para su estudio. Por esto, se aborda el estado actual de la ciencia como una forma histórica particular de su desarrollo. Se trata, por lo tanto, de un enfoque no “arqueológico”, sino que se podría denominar como “teórico”, pues obliga a la lectura crítica de las principales obras originales de las distintas escuelas y corrientes de pensamiento, tanto del pasado como del presente. Este abordaje teórico intenta exponer en sus propios términos a cada escuela de pensamiento para evaluar su coherencia interna; pero, a su vez, parte de una posición que conviene hacer explícita. Dicha posición puede sintetizarse en que pone el eje del desarrollo de la historia del pensamiento económico en el análisis de las respuestas teóricas originales brindadas a lo que, más allá de sus múltiples modos de formulación, es una sola gran pregunta: ¿Cómo se organizan actualmente la producción social y el consumo social? Esta pregunta ha tomado como forma más simple, como punto de partida, la pregunta por la naturaleza de los precios, y bajo esta modalidad, recorta a la teoría económica como tal.² Por lo tanto, para el enfoque “teórico”, el eje organizador de la historia del pensamiento económico reside en el análisis de las teorías del valor. Estas constituyen la piedra fundamental, las raíces que cimientan y recortan la unidad de cada escuela de pensamiento. De hecho, una de las notas básicas de este tipo de abordaje consiste en la identificación, dentro del inabarcable conjunto de teorías económicas originales, de aquellos grupos de explicaciones que conforman distintos proyectos de sistemas teóricos.³ *A diferencia de los “paradigmas” o de los “programas de investigación” de las modernas teorías epistemológicas, en el enfoque teórico la contraposición y el debate entre los distintos sistemas no sólo que es posible, sino que es el más necesario.*

Esta posición es distinta a la de Blaug ([1962] 1985), pero también, en un sentido específico, se aparta de la de Screpanti y Zamagni.⁴ No es el “ámbito

² Véanse, por ejemplo: Iñigo Carrera (2007) o Levín (2003).

³ “Definimos a un sistema teórico como un conjunto de “teorías” que son consistentes entre sí, que se necesitan e implican mutuamente y que abarca a las principales categorías económicas. [...] las distintas categorías y leyes que lo conforman, en primer lugar, se encuentran conectadas entre sí; en segundo término, guardan entre ellas un determinado orden de prelación; y, por último, forman –en este caso, apuntan en la dirección de conformar– un todo consistente, libre de contradicción” (Kicillof, 2010b: 18, 24). Véase, también, Screpanti y Zamagni (1997: 22).

⁴ “El primer requisito de un sistema teórico es la definición del ámbito de investigación. Después, se deben fijar: los principios fundamentales en torno a los que organizar todo el saber, tanto el actual como el potencial; las reglas metodológicas que establezcan cómo dirigir la investigación y cómo evaluar los resultados; los cánones lingüísticos que permitan la clasificación, la transmisión y la comunicación del saber” (Screpanti y Zamagni, 1997: 22).

de investigación” el que precede a los “principios fundamentales”, sino a la inversa, la respuesta a la pregunta por el valor de las mercancías es la que organiza el sistema teórico en su unidad. Estos sistemas se proponen, entonces, hilvanar coherentemente sus teorías del valor, del dinero y el capital, con sus teorías de la distribución (salario, ganancia y renta). Puede parecer, con esto, que el mencionado enfoque teórico cae en el método absolutista, ya que, sin detenerse previamente en el contexto, la actitud o las intenciones de los pensadores originales, se lanza a la discusión del contenido de cada sistema teórico y, más aún, lo hace como si estuvieran discutiendo frente a frente, hoy mismo, distintos siglos y distintas tradiciones filosóficas, culturales, nacionales, etcétera.

Respecto a esta posible objeción solo cabe oponer aquí lo siguiente. Lo que estos sistemas teóricos investigan es precisamente un elemento central para determinar cualquier posibilidad de periodización histórica y, por lo tanto, lo que hace de guía para la identificación y el análisis del “medio socioeconómico” de cada autor. Es decir, cada sistema teórico involucra pautas fundamentales para una teoría de la historia y para una teoría de la relación entre las formas económicas y las formas culturales e ideológicas. Si no se pone de relieve lo antedicho, corremos el riesgo de abordar los distintos desarrollos teóricos desde el sentido común de una epistemología moderna absolutamente extrínseca a los sistemas bajo análisis. En este sentido, la exposición del contexto y de la ideología de cada autor, más allá de cualquier palabra previa de tipo introductoria, sería abstracta, ya que se postularía como un presupuesto no explicado por el propio desarrollo. A la inversa, son los diferentes “principios generales” de cada sistema los que echan luz sobre cómo se ven a sí mismas las distintas escuelas de pensamiento, sobre cómo conciben su relación con las demás vertientes y con el proceso histórico.

Esto no niega, más bien todo lo contrario, la riqueza de numerosas obras que investigan el impacto de transformaciones históricas profundas en la teoría económica. Lo que intentamos poner de relieve es que los análisis de dichas transformaciones presentan, ya desde su punto de partida, una determinada caracterización del proceso económico. De este modo, son tributarios, explícita o implícitamente, de alguna de las principales explicaciones generales acerca de la naturaleza de la mercancía y, por tanto, de la forma de resolverse la unidad entre la producción y el consumo social. Como se dijo, esas explicaciones generales son, en sí mismas, las notas definitorias para la caracterización del contenido de las diferentes

etapas históricas. Si mercancía, dinero y capital son formas inseparables de toda producción social y, por tanto, son atributos genéricos, entonces la historia humana es un “lento aunque gradual” desarrollo de un mismo orden económico que actualmente alcanza su plenitud. Ese carácter genérico con el que se concibe a la mercancía, al dinero y al capital es el que delimita como “ámbito de investigación” a la también genérica y ahistórica “asignación de recursos escasos para necesidades múltiples” y no a la inversa. Por el contrario, si mercancía, dinero y capital son formas históricas específicas de resolverse la unidad de la producción y el consumo social, entonces, la historia humana implica el despliegue de diversos “modos de producción” con sus propias leyes de distribución e intercambio. Esto, a su vez, conlleva a la necesidad, en los sistemas teóricos, de dar cuenta del surgimiento y desarrollo del modo de producción actual en tanto forma específica, históricamente determinada.

En sus expresiones más profundas, los acercamientos históricos a las principales obras del pensamiento económico son de enorme utilidad teórica y estimulan la lectura crítica de los grandes autores.⁵ En otros casos, el atajo de basarse en el “contexto” y/o en la ideología de los autores para ofrecer una semblanza de cada sistema teórico reproduce, intencionalmente o no, la moderna fragmentación del estudio de la sociedad en ciencias separables y separadas.⁶ En contraposición a esto último, el enfoque teórico que aquí se intenta desplegar se enfrenta a los textos de tres siglos distintos, casi como si estuvieran todos “vivitos y coleando” frente a nosotros, y no puede evitar reclamar por la unidad teórica que se construye a partir de las distintas respuestas originales al problema del valor de las mercancías.

Por otra parte, esto no significa hacer caso omiso del desarrollo histórico, sino todo lo contrario. Con la mera constatación inmediata de que las formas nucleares con las que debe lidiar la disciplina (mercancía, dinero, precio, capital, etc.) se encuentran en la base de la organización económica *por lo menos* desde Smith hasta nuestros días, ya nos basta para extender la invitación a los principales sistemas o proyectos de sistemas teóricos para que se sienten a debatir a una misma mesa. Más aún, al discutirse en

⁵ Entre los que se pueden destacar la citada obra de Screpanti y Zamagni (1997), como también Milonakis y Fine (2009) o Guerrero (2008).

⁶ Un ejemplo de este tipo de abordaje que parece más orientado a sustituir la lectura de las obras fundacionales que a estimularla, se encuentra en Roll (1973).

profundidad cada sistema teórico, no cabe detenerse hasta no desentrañar su explicación (explícita o implícita) de la necesidad del proceso histórico de desarrollar tal o cual representación teórica de sí mismo, en otras palabras, de cómo se conciben los vínculos entre las formas económicas y las formas jurídicas, políticas y culturales (entre las que se encuentra la propia ciencia). Si se presupone que esa no es una discusión vinculada con la pregunta por el valor de las mercancías, ya que esta parecería ser una discusión “económica” y aquella “sociológica”, se estaría reproduciendo la fragmentación disciplinaria naturalizada por el sentido común de la epistemología moderna, a cuya vanguardia marcha la versión aparentemente crítica de la imposibilidad del conocimiento.⁷ Aquella fragmentación, que hoy parece natural, es el fruto de la generalización de determinadas posiciones teóricas acerca del vínculo entre las relaciones económicas y las relaciones políticas que se ajusta a la concepción de la sociedad implícita en la economía marginalista. Como ya se señaló, el problema concreto que esto implica para el análisis de la historia del pensamiento económico, reside en que la atomización resultante es absolutamente ajena a varios de los desarrollos originales más importantes, Smith y Marx⁸ incluidos. Así, otra vez, se estaría releendo el pasado “arqueológicamente”, con una vara exterior, propia de la forma actual de la ciencia, como desde una cúspide que mira solo a sus “adelantados” y/o a su complementaria “historia de los errores”.⁹

Por todo lo dicho, el enfoque teórico necesariamente debe identificar, entre el caudaloso mar de corrientes, doctrinas y subescuelas, a los entrelazamientos principales, a la unidad orgánica, de cada cuerpo teórico alrededor del valor de las mercancías y, de ahí, al dinero, el capital, etc. Esta búsqueda de la unidad de cada sistema teórico no puede basarse en el

⁷ Véanse, por ejemplo, Feyerabend (1981) y Lyotard (1984).

⁸ “No es en modo alguno casual que las dos grandes obras maduras de Marx dedicadas a exponer la totalidad de la sociedad capitalista y su carácter básico empiecen con el análisis de la mercancía. Pues no hay ningún problema de este estadio evolutivo de la humanidad que no remita en última instancia a dicha cuestión, y cuya solución no haya de buscarse en la del enigma de la estructura de la mercancía. Es cierto que esa generalidad no puede alcanzarse [...] más que si el problema de la mercancía aparece no como problema aislado, ni siquiera como problema central de la economía entendida como ciencia especial, sino como problema estructural central de la sociedad capitalista en todas sus manifestaciones vitales. Pues solo en este caso puede descubrirse en la estructura de la relación mercantil el prototipo de todas las formas de objetividad y de todas las correspondientes formas de subjetividad que se dan en la sociedad burguesa” (Lukács [1923] 1984: 7).

⁹ Como ejemplo de esta posición, véase Schumpeter ([1911] 1963: 70-71).

modo en que se ven los autores a sí mismos, ni en tomar prestados, como cajas de herramientas acabadas e inocuas, los contextos socio-históricos brindados por otras disciplinas. La búsqueda de esta unidad es la verdadera tarea de la historia del pensamiento económico que, de esta manera, solo se realiza negándose como historia del pensamiento y convirtiéndose en teoría económica *sans phrase*. En este sentido, existen numerosas obras de historia del pensamiento que son, en realidad, importantes ensayos sobre teoría económica¹⁰ y, a la inversa, casi todos los principales tratados originales de teoría económica, al saldar cuentas con la teoría que los precede y la que los rodea, son también una historia del pensamiento.

Con esta intención unitaria, en el presente trabajo abordamos la división micro-macro en tanto constituye un eje metodológico que atraviesa a todo el sistema teórico dominante en la actualidad. Consideramos que el análisis del origen y consolidación de esa división es terreno fértil para obtener resultados novedosos y permite aportar relecturas tanto de la discusión acerca de la unidad del propio sistema teórico marginalista, como del modo actual del proceso de formación profesional de los economistas.

Para esto, la investigación se organiza en cuatro capítulos. El primer capítulo se aboca a presentar nuestro objeto de análisis a través de la conformación de conjuntos estilizados de definiciones de la división micro-macro tal como son utilizadas en la actualidad por la teoría económica. En el segundo capítulo, en primer término, se describe el surgimiento y desarrollo de este desdoblamiento en la teoría económica del siglo XX y, en segundo término, se despliega una crítica de carácter preliminar. En el tercer capítulo se intentan exponer sintéticamente algunos aspectos metodológicos claves de la crítica de la economía política de Marx a partir, fundamentalmente, de textos originales pertinentes de este autor. Por último, el cuarto capítulo trata de presentar una relectura de la separación micro-macro, reuniendo los elementos desarrollados en los capítulos anteriores. Allí, se expone nuestra crítica más profunda respecto de la (im) posibilidad de reunificación de la propia teoría marginalista sobre la base de aquella compartimentación.

¹⁰ Véanse, por ejemplo, Rubin ([1928]1974), Levín (2003; 2010b), Kicillof (2004; 2010b).

1. La división micro-macro hoy

A continuación, se intenta establecer un primer acercamiento a nuestro objeto de análisis, pero antes cabe advertir un recorte utilizado en lo que sigue. Esta exposición no tiene como eje la recopilación de todas las definiciones existentes, tampoco las discusiones en torno a cuál es la “mejor” de ellas, ni siquiera se centra en depurar lo que las numerosísimas definiciones de la división micro-macro tienen en común respecto de lo que las diferencia. Tal como se adelantó en la Introducción, nuestro marco teórico nos lleva a recortar el objeto buscando el contenido de la división micro-macro en tanto elemento organizador de la teoría económica moderna. Esto se debe a que no partimos de preguntarnos qué ventajas o desventajas puede tener una u otra definición para el desarrollo de la disciplina, sino que nos motiva investigar la necesidad teórica de la separación en sí misma.

En tanto consideramos que la división micro-macro tiene un carácter estructurante en la teoría económica moderna, solo presentaremos grupos estilizados de definiciones que, pensamos, operan directamente como expresión de la función esencial que esa división cumple en la *unidad aparente* del cuerpo teórico dominante actual. Recién a partir de esto podremos evaluar si *microeconomía* y *macroeconomía* son designaciones ajustadas o no a su contenido en términos formales, y si reflejan o no las diferencias prácticas de la actividad de dos tipos de comunidades científicas distintas.

Con esto, las concepciones estilizadas de la división micro-macro que nos parecen relevantes como objeto de análisis son dos. Por un lado, la definición que se presenta como más simple e inmediata, que llamaremos “natural” o “canónica”, y por el otro, las concepciones que se basan en diferenciaciones más específicas, que denominaremos “cualitativas”.

1.1. Concepciones estilizadas de la división micro-macro

1.1.1. La concepción natural o canónica

De acuerdo con la abrumadora mayoría de manuales de economía (tanto básicos como avanzados), así como también con el sentido común generalizado, la división micro-macro no tiene más contenido que el de

distinguir entre el análisis de los *agentes y/o mercados individuales*, respecto del estudio de la *economía como un todo*. A tal punto es asimilada esta definición que el solo hecho de preguntarse por su validez es visto como una osadía que se enfrenta a un axioma evidente. Por ejemplo, en el célebre manual de economía de Samuelson y Nordhaus se adopta la definición “natural” del desdoblamiento:

Macroeconomía es el estudio del comportamiento de la economía como un todo. La macroeconomía examina las fuerzas que afectan simultáneamente a muchas empresas, consumidores y trabajadores. Se diferencia de la microeconomía, la cual estudia precios, cantidades y mercados individuales (Samuelson y Nordhaus, 1999: 393).

Podríamos enumerar decenas manuales que adoptan esta definición, donde se incluirían tanto textos iniciales¹¹ como algunos avanzados.¹² De hecho, esta concepción forma parte del grupo de principios teóricos indudables de la ciencia económica que se ha naturalizado hasta convertirse en anónimo.

La definición natural o canónica de la división micro-macro abre un abanico de interrogantes metodológicos fundamentales. ¿Qué significa la separación en cuestión? ¿Se trata de dos objetos de estudio separados? ¿Cuál es la relación que estos dos objetos de estudio guardan entre sí? ¿O se trata de un mismo objeto de estudio y dos métodos distintos de abordarlo? Podría pensarse también en alguna combinación de ambos planteos, de modo que, dentro de un mismo objeto de estudio general, existen problemáticas de tipo microeconómico y, en paralelo, existen otras de orden macroeconómico. En ambos conjuntos de problemas puede ser, a su vez, que se requieran metodologías de investigación específicas o no.

En todos los casos, ya sea extremando la autonomía de un compartimento respecto del otro o relativizando la separación e incluyéndolos dentro del

¹¹ Solo por citar algunos de los más utilizados y reconocidos, véanse: Mankiw ([1984] 2002); Fischer, Dornbusch y Schmalensee (1989); Blanchard y Perez Enrri (2000); Pyndick y Rubinfeld (2009); Gould y Lazear (1997).

¹² Por ejemplo, Henderson y Quandt (1966), Rubinstein (2006) o Larrain y Sachs (2002). Sin embargo, en la mayoría de los manuales avanzados, ya sean de micro o de macro, no se considera necesario advertir sobre la división ni, por lo tanto, definir cada compartimento, sino que directamente se comienza por los modelos matemáticos avanzados. Por ejemplo, véanse Varian (1977); Mas Collel, Whinston y Green (1995); Romer (2014); Argandoña, Gámez y Mochón (1997).

mismo objeto, la definición canónica se caracteriza por presentar el asunto como ya saldado desde el punto de vista teórico, por lo tanto, como una distinción que es natural, y que no merece, ni encierra, mayor discusión. De hecho, en la gran mayoría de los libros de texto con los que los economistas de todo el mundo se forman desde hace ya varias décadas, la separación micro-macro se menciona “como al pasar”. Así aprendemos, desde muy temprano, que estamos ante un consenso general, y así es como organizamos desde hace más de medio siglo nuestra práctica científica como economistas. Frente a tanto “costo hundido”, pareciera que solo algunos “escépticos recalcitrantes”¹³ podrían ver, en algo tan generalmente aceptado, una puerta abierta para la crítica.

Respecto de la definición canónica solo cabe remarcar, por ahora, algunas cuestiones puntuales, dado que la crítica más profunda va a requerir adentrarnos en el surgimiento histórico del desdoblamiento. En este contexto, solo nos limitamos aquí a señalar las dificultades de sostener que estamos ante dos métodos diferentes: por un lado, el de la microeconomía y, por el otro, el de la macroeconomía, por lo menos en el sentido de dos métodos científicos distintos. El tratamiento matemático, la generalización en la especificación de las funciones, las modelizaciones, las estructuras lógico-formales y sociales (revistas especializadas, estructuras académicas, etc.) son compartidas, o muy similares, para ambos compartimentos.

De hecho, Ragnar Frisch, precursor de la bifurcación micro-macro, pareciera plantear que la diferencia esencial está, no en el método científico, sino en el tipo de generalizaciones utilizadas en la especificación de los modelos de cada compartimento. Sin embargo, la práctica científica posterior hizo cada vez más difusa la separación entre modelos que incluyen generalización a partir de la interacción de todos los mercados de productos y factores (micro), respecto de aquellos modelos que utilizan la interacción solo de algunos mercados considerados claves a nivel global o representativos del funcionamiento del sistema (macro).¹⁴ Los métodos de modelización han saltado las barreras a uno y otro lado de la división

¹³ “Debido a que la economía estadounidense, por ejemplo, sufrió importantes recesiones o depresiones con alto desempleo en los años 1907-1908, 1920-1921 y 1930-1939, la importancia de la microeconomía clásica habría de ser puesta en duda por más gente, además de los escépticos recalcitrantes” (Branson [1972] 1992: 13).

¹⁴ Véanse Frisch (1933: 2-3) y también De Vroey (2004: 2).

micro-macro, de modo que la cantidad y el tipo de mercados elegidos ya no ofrecen un criterio unívoco de distinción. En lo que hace a la diferencia entre los objetos de estudio de cada compartimento, todo lo que se pueda decir aquí de la definición canónica depende de qué relación se conciba entre las unidades económicas individuales, por un lado, y la economía en su conjunto, por el otro.

En algunos manuales se llega, por un rodeo, a la misma definición natural o canónica. En estos casos las diferencias entre la micro y la macro se explicarían por los distintos problemas que tratan. La micro trataría, entonces, de los hogares, las empresas y los mercados individuales, mientras que la macro se ocuparía de la inflación, el nivel de actividad, y del desempleo.¹⁵ Esta caracterización, en primer lugar, tiene el inconveniente de definir a los compartimentos por su utilización práctica, con lo cual se mantiene en pie la pregunta de cuál es la unidad de los problemas tratados en cada uno de ellos, a lo que usualmente se contesta con la definición natural explícitamente. En segundo término, esa caracterización de la separación tiene el mérito de asentar claramente que la diferencia está en los objetos de estudio.

Si ambos compartimentos investigan, en última instancia, objetos distintos, separables y separados uno del otro, entonces tenemos dos teorías económicas independientes entre sí, y no habría tampoco orden de prelación o jerarquía de un compartimento sobre el otro. Esto implicaría que teoría microeconómica y teoría macroeconómica podrían ser perfectamente compatibles entre sí, pero sobre la base de que no tienen ninguna conexión esencial que las ligue. Es decir, si no hay vinculaciones profundas entre ambos objetos de estudios (y por tanto pueden delimitarse al punto de estudiarse acabadamente por separado), va de suyo que tampoco podría haber contradicciones e incompatibilidades entre las teorías de un objeto y las del otro.

Un enfoque de este tipo puede verse crudamente en el manual canónico de Samuelson:

Aunque esta nueva edición se ha diseñado, al igual que la anterior, para estudiar primero la microeconomía, muchos profesores prefieren comenzar con macroeconomía. [...] Nosotros hemos enseñado economía en ambas secuencias

¹⁵ Véase, por ejemplo, Fischer y Dornbusch (1994).

y los resultados han sido buenos en los dos casos. Cualquiera que sea la filosofía del profesor, este texto se ha diseñado cuidadosamente para adaptarse a ella. Quienes prefieren tratar primero microeconomía pueden avanzar sin más a lo largo de los capítulos. Los que opten por comenzar con macroeconomía deben pasar directamente a la Quinta Parte, saltándose las anteriores (Samuelson y Nordhaus, 1999: xxvi).

Esta mayor “flexibilidad” propia del punto de vista que extrema la autonomía entre la microeconomía y la macroeconomía tiene como contrapartida la obvia dificultad de no poder admitir ningún tipo de unidad conceptual, orgánica, entre lo que se ha definido como “el todo” y sus “partes”, entre “la economía en su conjunto” y las “unidades individuales” que la integran. Se retomará este aspecto con más fuerza una vez que analicemos el surgimiento histórico de la separación micro-macro, solo cabe advertir aquí que, si los objetos no son iguales, se parecen demasiado. *Precios, dinero, salario, capital, interés, pueblan las páginas de ambos compartimentos, de modo que la separación en dos objetos requeriría de aclaraciones adicionales y problematizaciones que sus defensores omiten, pues toman como salidas desde el comienzo.*

Si consideramos el otro punto de vista, en el que se concibe un mismo objeto con dos teorías, donde cada teoría aborda un recorte de ese objeto, se vuelve fundamental la cuestión de la coherencia y compatibilidad de esas teorías entre sí. Es decir, las unidades individuales que conforman los agregados y estos agregados considerados como tales demandan, ahora sí, una articulación coherente, pues son solo dos aspectos del mismo objeto. Pero, de nuevo, analizar esto implica problematizar el tema, algo que el enfoque canónico se caracteriza por evitar. Por lo tanto, parece mejor, en vez de dar la discusión aquí en abstracto, avanzar primero con el otro conjunto de concepciones de la separación micro-macro, donde se aportan elementos más concretos que la simple diferencia entre lo individual y el conjunto, lo “pequeño” y lo “grande”. Este otro grupo estilizado de concepciones de la separación micro-macro ofrece más material y permite cierto grado de problematización.

1.1.2. Las concepciones cualitativas

Si bien las múltiples definiciones aquí englobadas encierran diferencias de raíz entre sí, nos parece útil, a modo expositivo, aferrarnos a lo que

probablemente es casi su único elemento en común: conciben una diferencia de carácter cualitativo entre el objeto de estudio de la microeconomía y el de la macroeconomía. Es decir, no se trata simplemente de la diferencia entre lo “individual” y el “agregado”, sino que, por más sintética que sea, se ofrece una explicación cualitativa de la compartimentación. Más allá de esta condición común, no es posible avanzar sin notar que, a los pocos pasos, los ejes cualitativos propuestos por los distintos exponentes teóricos para la compartimentación y, por ende, su significado y sus consecuencias, se complejizan hasta antagonizar. Para apropiarnos de la unidad que subyace a dicha multiplicidad, ya no tendremos más alternativa que adentrarnos en el surgimiento histórico de la bifurcación.

Hecha esta advertencia, a continuación, se intentan exponer las concepciones que llamamos “cualitativas” tomando como ejemplo tres definiciones que consideramos expresivas para la cuestión de la unidad de la teoría bajo estudio. En primer lugar, utilizaremos la de un manual de macroeconomía intermedia, como exponente de cierto “consenso” alcanzado en la etapa de “esplendor” de la teoría económica dominante, que distingue la micro de la macro yendo más allá de la concepción natural. En segundo y tercer lugar, tomaremos dos definiciones de autores originales (Keynes y Friedman) que, sosteniendo planteos antagónicos entre sí, han sido dos de los economistas más influyentes en el devenir de la economía moderna.

Por lo antedicho, las tres definiciones que tomamos son las siguientes:

1. En la teoría microeconómica se supone generalmente el pleno empleo de los recursos, de tal forma que la atención del análisis se da sobre la determinación de los precios relativos y la asignación de recursos escasos a fines alternativos. Por otro lado, en su forma ya tradicional, la macroeconomía centra su atención en el nivel de utilización de los recursos –especialmente del nivel de empleo– y el nivel general de precios (Branson [1972] 1992: 13).

2. La división de la economía en teoría del valor y la distribución, por una parte, y teoría del dinero, por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa. Sugiero que la dicotomía correcta es entre la teoría de la industria o firma individual y las remuneraciones y distribución de una cantidad dada de recursos entre diversos usos, por una parte, y la teoría de la producción y la ocupación en conjunto, por otra. Es verdad que mientras

nos limitemos al estudio de la industria o firma individual, suponiendo que la cantidad total de recursos es constante y, provisionalmente, que las condiciones de otras industrias o firmas no han cambiado, no nos estaremos refiriendo a las características importantes del dinero. Pero tan pronto como pasemos al problema de la determinación de la producción y la ocupación en conjunto, necesitaríamos la teoría completa de una economía monetaria (Keynes [1936] 1963: 282).

3. Dentro de la economía positiva, la división en teoría monetaria y teoría de los precios es la más importante. La teoría monetaria se ocupa del nivel general de los precios, de las fluctuaciones, cíclicas o de otros tipos, de la producción total, del empleo total y de otras magnitudes análogas. La teoría de los precios se ocupa de la asignación de recursos a los diferentes usos y del precio de un artículo en relación con el de otro. [...] los factores determinantes del nivel de precios y de la actividad económica pueden considerarse como muy distintos de los que determinan los precios relativos y la asignación de recursos. Por supuesto que estos dos conjuntos de factores se entrecruzan, pero en la mayor parte de los problemas esta interrelación es tratada como suficientemente débil y se desprecia. En la jerga profesional se designa ahora a la teoría monetaria como macroeconomía y a la teoría de los precios como microeconomía. Se trata de una desafortunada costumbre, que da la errónea impresión de que la teoría monetaria se ocupa de las cosas a gran escala (macro), y la teoría de los precios, de lo pequeño (micro). Ambas ramas de la teoría se ocupan principalmente de entender las cosas a gran escala [...]. Este libro trata enteramente de la teoría de los precios (Friedman [1962] 1993: 22).

Del escenario extremadamente simplificador, pero aparentemente armónico, de la definición natural o canónica, pasamos a este panorama de mayor confusión en el que se abren numerosos interrogantes como, por ejemplo:

- La separación micro-macro sería, como plantea Friedman, solo un nuevo nombre de una separación preexistente entre teoría del valor, por un lado, y teoría monetaria, por el otro; o, por el contrario, siguiendo a Keynes, esa separación preexistente logró superarse y ahora estarían reunificadas en una misma teoría.

- De ser así, cabría indagar en cuál compartimento habría quedado esta teoría reunificada, si en la microeconomía, que estudia la asignación de recursos escasos, o en la macroeconomía, que estudia el empleo, la inflación y la actividad económica.
- Obviamente, lo anterior implica la necesidad de precisar la relación de la asignación de recursos dados, por un lado, con los vaivenes de la actividad y la ocupación, por el otro.
- Por su parte, también sigue vigente la cuestión de si ambos compartimentos estudiarían a la economía en su conjunto (Friedman) o eso sería el ámbito específico de la macroeconomía (Keynes). Subyace aquí la discusión acerca de la relación entre las “partes” y el “todo”.
- Si la microeconomía se enfoca en los precios relativos y la macroeconomía en el nivel general de precios (Friedman, pero también Branson), se impone, entonces, precisar qué relación hay entre estos.
- A su vez, o esta relación entre precios relativos y nivel general de precios puede considerarse desdeñable desde el punto de vista de la investigación económica (Friedman), o el dinero es un eslabón clave para la unidad entre ambos compartimentos (Keynes).
- Por último, sigue vigente la disyuntiva entre la tarea de analizar si las explicaciones son compatibles entre sí y, por lo tanto, existiría una unidad teórica general que subsume a ambos compartimentos, o si, por el contrario, ni siquiera es necesaria esa compatibilidad por tratarse de objetos separables y separados.

Estas preguntas son solo una pequeña muestra relativamente arbitraria e inmediata de la multiplicidad de cuestiones que se abren al advertir el complejo y caótico panorama que se presenta ni bien intentamos atravesar el telón armónico de la definición natural. Por lo pronto, nos parece fundamental constatar que las principales controversias suscitadas en torno a la separación micro-macro siguen estando vigentes y, por lo tanto, que los consensos básicos pregonados por los manuales son aparentes, proyectando una imagen de unidad y coherencia conceptual con la que la ortodoxia pretende verse a sí misma, pero que no se corresponde, ni de cerca, con su surgimiento histórico, su consolidación y posterior fragmentación.

2. La división micro-macro a la luz de la historia del pensamiento económico

En la introducción del libro advertimos sobre la existencia de un abordaje de tipo “museológico” en la historia del pensamiento económico, y en la primera parte del capítulo anterior nos abocamos a mostrar cómo la separación “natural” o “canónica” entre la micro y la macro ofrece una imagen de consenso que es aparente, pues borra sus orígenes y los debates aún vigentes. El ocultamiento de la conformación histórica de la teoría, así como la tergiversación de su forma actual son, en verdad, dos caras de la misma moneda.

El manual de Economía de Samuelson brinda un expresivo ejemplo de cómo se encuentran entrelazadas ambas estrategias.

Frecuentemente se considera a Adam Smith como el fundador de la microeconomía, rama de nuestra disciplina que se ocupa hoy del comportamiento de entidades individuales tales como mercados, empresas y hogares. En *La riqueza de las naciones* (1776), Smith consideró la manera en que se fijan los precios individuales, estudió la determinación de los precios de la tierra, el trabajo y el capital e investigó las fortalezas y debilidades del mecanismo de mercado. Y lo que es más importante, identificó las propiedades notables de eficiencia de los mercados y observó que el beneficio económico resulta de las acciones interesadas de los individuos. Todo lo anterior sigue siendo relevante en la actualidad y, si bien el estudio de la microeconomía ha experimentado grandes adelantos desde la época de Smith, políticos y economistas siguen citándolo por igual (Samuelson y Norhdaus, 1999: 5).

Frente a lo cual se le opone, con la misma unilateralidad, lo siguiente:

Adam Smith y los demás fundadores de la ciencia económica, inclusive toda la denominada “escuela clásica”, plantearon su objeto de estudio de manera tal que hoy les cabría el término de “macroeconomistas”. Es decir, analistas económicos cuyo objeto de examen principal es el estudio de las grandes unidades económicas: la nación o un conjunto de naciones; esto, a diferencia de los otros analistas

(microeconomistas), orientados hacia el estudio de las pequeñas organizaciones económicas, definiéndose así el campo de la microeconomía. En los párrafos citados [de *La riqueza de las naciones* de Smith] podemos ver, en forma primaria, varios de los elementos conceptuales que caracterizan a los modernos textos de esta materia; dentro de ellos existen conceptos como los actuales de producto bruto interno (fondo resultante del trabajo anual de cada nación), consumo (cosas necesarias y convenientes para la vida de aquella) o el intercambio comercial con el exterior (lo que se compra con dicho producto a otras naciones). En síntesis, estamos aquí ante una predefinición de lo que actualmente conocemos como “ecuación macroeconómica o identidad fundamental”: una oferta global, formada por la producción interna o externa necesaria para ser absorbida por la demanda global, con destino a su consumo interno o en el extranjero (Levy, 1998: 2-3).

Para evitar caer en esta doble tergiversación –de la historia de la teoría, por un lado, y de su forma actual, por el otro– se impone comenzar por el principio. Por lo tanto, a continuación, se intenta desplegar una exposición sintética de algunos de los principales hitos en el surgimiento y desarrollo del esquema micro-macro en la teoría económica moderna.

2.1. La crítica de Keynes

En 1890, la “combinación” lograda por Marshall de la teoría del valor de los marginalistas fundadores (reinterpretada como una teoría de la demanda), con una teoría no circular de los costos de producción (como base de una teoría de la oferta de bienes y factores), junto con su enfoque analítico de mercados individuales (equilibrio parcial), le permitió, bajo ciertos supuestos cruciales que luego se convirtieron en ejes de numerosos debates, presentar una base analítica que pronto ocuparía el lugar de la nueva ortodoxia.

Su carácter estático,¹⁶ su inclinación a la adopción de supuestos fuertes que presuponen, más que demuestran, la existencia de fuerzas orientadas a restablecer el equilibrio de manera automática,¹⁷ etc., son todas objeciones válidas, sin embargo, no constituyen críticas al núcleo conceptual de esta

¹⁶ En Walras el carácter estático proviene de las dotaciones dadas, mientras que en Marshall se trata de recursos dados. (véase Kicillof, 2007: 189 y ss.).

¹⁷ En Walras, por ejemplo, se adopta el polémico supuesto del subastador central, mientras que los desarrollos de Marshall necesitan de una producción con rendimientos marginales no crecientes.

nueva teoría del valor. De hecho, como se verá más adelante, buena parte del recorrido posterior de la teoría marginalista se puede comprender como una exploración de las posibilidades de refinamiento, y/o relajamiento, de ciertos supuestos, así como también de los intentos de extensión de sus conclusiones a los problemas dinámicos del crecimiento. La objeción de que el marginalismo no abordaba los “problemas relevantes” de la economía hubiera sido impensable durante su proceso de conformación y consolidación. Esta teoría económica había llegado hasta los años treinta del siglo pasado con algunas discusiones internas no desdeñables pero, a la vez, con un núcleo básico aceptado por casi todos los autores reconocidos en las principales instituciones académicas de Europa y Estados Unidos.¹⁸ ¿Por qué, entonces, ese núcleo conceptual común e indiscutido, que le otorgaba a esta nueva ortodoxia su unidad teórica, entró en crisis y se resquebrajó profundamente durante el siglo XX?

El origen de la división micro-macro remite a la primer gran crisis del pensamiento económico dominante del siglo XX.¹⁹ El puntapié teórico fue la aparición de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de Keynes (en adelante, *Teoría general*). Esta obra tuvo una enorme influencia a partir de su capacidad para expresar, en el mundo de las ideas, a los detonantes históricos de esa crisis. Nos referimos a las profundas transformaciones de la acumulación de capital que se consolidaron en casi todas las principales economías del mundo entre fines del siglo XIX y 1936. El salto observable en la concentración y centralización de los capitales –con la consecuente profundización de la separación entre gestión (gerentes) y propiedad (accionistas)–, el irreversible proceso de consolidación de las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera, y los cambios en el sistema monetario (entre los que se destaca el quiebre del patrón oro a escala mundial), son las principales modificaciones estructurales que sintetizan la nueva etapa en la que se enmarca la obra de Keynes.

Estos procesos implicaron, a su vez, una transformación de los estados nacionales, pues estos se fueron encontrando con novedosas herramientas que expandían sustancialmente su capacidad de influencia sobre la

¹⁸ Cabe señalar que el proceso de conformación y consolidación de la ortodoxia marginalista es el mismo proceso que el de la construcción de la profesión económica y de la academia moderna. Véase, por ejemplo, Blaug ([1962] 1985: 388).

¹⁹ Véase, por ejemplo, Robinson ([1965] 1984: 119-131).

acumulación. La creación y fortalecimiento de bancos centrales en casi todas las economías desarrolladas, junto con la creciente magnitud de los presupuestos públicos dieron un nuevo carácter a las políticas monetarias y fiscales.²⁰ Obviamente, lo que catalizó y, a la vez, consolidó la irrupción de estos fenómenos fue la gran crisis del treinta, frente a la cual la ortodoxia económica no podía más que repetir las mismas recomendaciones sugeridas ante cada traspié del proceso de acumulación. Estas consistían fundamentalmente en remarcar el carácter transitorio y pasajero del desorden, originado en meros reajustes sectoriales y de precios relativos que, dejándolos actuar a través de los mecanismos de mercado, relanzarían por sí mismos la actividad, restableciendo la confianza de los agentes.

Keynes señalaba que allí residía la base de la “pérdida de relevancia práctica” de la teoría económica. De hecho, la peculiar relectura de la historia del pensamiento económico que se plantea en la *Teoría general* donde se reúnen, bajo la etiqueta de “teoría clásica”, a Smith y Ricardo junto con Jevons y Marshall, tiene como base la nula relevancia otorgada por todos esos autores al problema de las depresiones económicas o, dicho en términos modernos, del nivel de actividad en el corto plazo. Efectivamente, tanto Smith y Ricardo, como los marginalistas de primera y segunda generación, aun desde enfoques opuestos, sostenían directa o indirectamente la imposibilidad de una crisis de sobreproducción de carácter general y sostenido. La crisis del treinta implicó una creciente puesta en duda de todo el canon científico y académico del momento. Keynes se propuso rastrear las causas profundas, las “premisas”, que habían conducido a la teoría clásica a esa encerrona letal.

El supuesto de pleno empleo permanente, fruto de la adscripción directa o indirecta a la ley de Say, y la defectuosa concepción del dinero que esa adscripción implica, fueron los puntos medulares de la crítica de Keynes.²¹ La concepción del dinero en esta teoría que Keynes denominaba *clásica* adolecía de una inconsistencia crucial, pues mientras que, por un lado, se trataba de una simple mercancía utilizada como patrón de precios, como numerario, por el otro lado, su valor parecía depender de su cantidad, del estado de los negocios, de su velocidad de circulación, etcétera.

²⁰ Véase Kicillof (2005: Sección III).

²¹ Véase Kicillof (2005: Sección II, Cap. 5).

Mientras los economistas se ocupan de lo que se llama teoría del valor han acostumbrado enseñar que los precios están regidos por las condiciones de la oferta y la demanda; habiendo desempeñado un papel prominente, en particular, los cambios en el costo marginal y en la elasticidad de oferta en períodos cortos. Pero cuando pasan, en el Libro II, o más frecuentemente en otra obra, a la teoría del dinero y de los precios, ya no oímos hablar más de estos conceptos familiares pero inteligibles y nos trasladamos a un mundo en donde los precios están gobernados por la cantidad de dinero, por su velocidad-ingreso, por la velocidad de circulación relativamente al volumen de transacciones, por el atesoramiento, por el ahorro forzado, por la inflación y la deflación *et hoc genus omne*; y se hace muy poco esfuerzo, o bien ninguno para ligar estas frases más vagas con nuestras ideas anteriores de las elasticidades de oferta y demanda [...]. Todos estamos acostumbrados a colocarnos algunas veces a un lado de la luna y otras en el contrario, sin saber qué ruta o trayecto los une, relacionándolos, aparentemente, según nuestro modo de caminar y nuestras vidas soñadoras (Keynes [1936] 1963: 247).

Sin embargo, esta duplicidad de la ortodoxia no impedía que en su teoría del valor y la distribución se arribara, innegablemente, a la determinación de todos los precios y cantidades de *todas* las mercancías, de los niveles de salarios y empleo de *todas* las ramas, de la masa *total* de ahorro y de inversión, y de la tasa de interés de *toda* la economía. Más adelante analizaremos las consecuencias de la ambigüedad teórica señalada por Keynes respecto del análisis del dinero. De todos modos, *en sus orígenes, el sistema teórico marginalista no contenía, pues no necesitaba, a la separación micro-macro, por lo menos en lo que hace a su definición canónica, y así se presentaba, pues, como una sola teoría, para un solo objeto.*

Frente a este sistema teórico Keynes responde, en primer lugar, con una crítica al modelo de determinación de los precios, el interés, la inversión, el nivel de actividad, el empleo y el salario. En segundo término, ofrece un modelo alternativo de determinación de todas esas variables. Este es el contexto en el que Keynes aporta la ya citada resignificación de la teoría económica de su tiempo que, como ya señalamos, transformaría la investigación económica y la práctica profesional hasta nuestros días:

La división de la economía en teoría del valor y la distribución, por una parte, y teoría del dinero por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa. Sugiero que la dicotomía correcta es entre la teoría de la industria o firma individual y las remune-

raciones y distribución de una cantidad dada de recursos entre diversos usos por una parte y la teoría de la producción y la ocupación en conjunto por otra (Keynes [1936] 1963: 282).

Sin embargo, Keynes no se detuvo allí, sino que, en tercer lugar, prosiguió indagando en el origen de las falsas premisas heredadas, al punto de abordar la necesidad de revisar los análisis del valor, el dinero y el capital de Marshall.²² Este fue el aporte más olvidado de la *Teoría general*, lo que no es difícil de comprender: allí se contiene un potente llamamiento a releer el sistema teórico de la economía política clásica (preclásica según Keynes) destacando la profundidad de las explicaciones sobre el valor de David Ricardo por encima de las elaboraciones marginalistas.

Por eso simpatizo con la doctrina preclásica de que todo es producido por el trabajo, ayudado por lo que acostumbraba llamarse arte y ahora se llama técnica, por los recursos naturales libres o que cuestan una renta, según su escasez o abundancia, y por los resultados del trabajo pasado, incorporado en los bienes que también tienen un precio de acuerdo con su escasez o con su abundancia. Es preferible considerar al trabajo, incluyendo, por supuesto, los servicios personales del empresario y sus colaboradores, como el único factor de la producción que opera dentro de un determinado ambiente de técnica, recursos naturales, equipo de producción y demanda efectiva (Keynes [1936] 1963: 206).

Es decir que Keynes, consecuentemente, se aboca a refutar a la que denomina “teoría clásica” tanto en su capacidad para analizar los problemas concretos de la acumulación de capital, como en sus teorías del valor, el dinero y el capital. Con esto, ataca tanto su relevancia práctica como su validez teórica. Por lo tanto, no está claro qué le quedaría, en la división propuesta por la *Teoría general*, a la humilde “teoría de la industria o firma individual”, a la que no le incumben ni las propiedades esenciales del dinero, ni los movimientos de la producción, o el de los salarios, la ocupación y la tasa de interés. *En otras palabras, cabe preguntarse si el reconocimiento por parte de Keynes de ese acotado territorio de acción no es, más que otra cosa,*

²² Véase Kicillof (2002b).

*una caballerosa concesión formal de derrota digna a la teoría heredada.*²³ Sin embargo, la economía neoclásica, en las tres décadas siguientes, iba a tomar la separación propuesta por Keynes como uno de sus más importantes legados. De este modo, la división entre microeconomía y macroeconomía es la forma en que la ortodoxia asimiló y a la vez suprimió la crítica keynesiana, contando para ello con la aparente “complicidad” del propio autor de la Teoría general.

Como veremos sintéticamente en el siguiente apartado, eso solo iba a ser posible, por un lado, relegando al olvido absoluto los capítulos de la *Teoría general* dedicados a la crítica y la reelaboración del valor, el capital, el dinero, etc., y, por el otro, mediante la tergiversación lisa y llana de su modelo de determinación del ingreso. Este proceso de selección y deformación de las ideas de Keynes no es otro que el de la construcción de la teoría macroeconómica dominante que, durante más tres décadas, ocupó casi absolutamente la escena política y académica. En el compartimento micro, mientras tanto, iban a quedar ocultas, retumbando como un eco, las voces originales pero solitarias de los fundadores del marginalismo.

2.2. De la síntesis neoclásica a los microfundamentos

2.2.1. La síntesis neoclásica y la división micro-macro

Al poco tiempo de publicada la *Teoría general*, con la aparición del famoso artículo de Hicks en 1937 –del cual surge posteriormente el modelo IS-LM– se da inicio a un sostenido proceso de asimilación de los planteos de Keynes por parte del *mainstream*. En dicho artículo, manipulación de relaciones funcionales mediante, se empieza a acotar el espacio de validez de lo que según Keynes era, justamente, una teoría de mayor alcance y amplitud que la teoría clásica.²⁴ Para Hicks, el sistema de Keynes estaría expresando exclusivamente las relaciones macroeconómicas típicas de las depresiones económicas, donde las formas de las curvas que equilibran los mercados de

²³ “Keynes presta también otro servicio: [...] La maniobra que comienza como una crítica a la economía (hoy microeconomía), y la destruye por completo, le ofrece después clemencia” (Kicillof, 2002b: 11-12).

²⁴ “Sostendré que los postulados de la teoría clásica solo son aplicables a un caso especial, y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio. Más aun, las características del caso especial supuesto por la teoría clásica no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales” (Keynes [1936] 1963: 23).

bienes y de dinero implican que no hay caída en la tasa de interés suficiente como para desestimular la demanda monetaria.²⁵

Esto nos lleva a lo que desde muchos puntos de vista es lo más importante del libro del Sr. Keynes. [...] Si IS está situada a la derecha podemos incrementar el nivel de empleo aumentando la cantidad de dinero; pero si IS permanece a la izquierda, entonces no es posible, los medios monetarios no pueden forzar ya más a la baja del tipo de interés. La Teoría General es el análisis económico de la depresión (Hicks [1937] 1985: 148-150).

Este restringido escenario, de carácter excepcional, dentro del cual tendría validez la teoría de Keynes, pasó a la literatura económica como el caso de la “trampa de la liquidez”. Sobre esta misma tradición floreciente, Arthur Pigou (1943) y Franco Modigliani (1944) profundizaron aún más el arrinconamiento de la *Teoría general*. El primero logra restituir la tendencia automática de la economía al equilibrio de pleno empleo mediante el llamado “efecto liquidez real” o “efecto riqueza”.²⁶ Modigliani, por su parte, planteó que el modelo de la *Teoría general* solo podría mantenerse en pie gracias a la adopción del supuesto de rigidez de los salarios.²⁷

Quizás el más acabado y riguroso exponente de este proceso lo representa *Dinero, interés y precios*, de Don Patinkin, publicado originalmente en 1956. Allí se expone una lograda síntesis entre, por un lado, las formulaciones originales de León Walras, mediadas por el tratamiento aplicado a este por las intervenciones de Hicks en su obra *Valor y Capital* de 1939 y, por el otro lado, la teoría monetaria neoclásica reformulada a partir de la incorporación del efecto liquidez real de Pigou. La conclusión de Patinkin es que al incorporar el efecto Pigou se vuelve posible aplicar y extender el mismo razonamiento por el que se llega al equilibrio general walrasiano a economías monetarias, donde el dinero es demandado por sus atributos específicos de medio de pago y, hasta cierto punto, de reserva de valor.²⁸

²⁵ Véase Kicillof (2004: 9-12).

²⁶ Pigou (1943: 350).

²⁷ Modigliani (1944: 75-76).

²⁸ En los términos de Patinkin ([1956] 1963: Primera parte, Caps. V-VIII), primero se analiza la demanda de dinero con motivos de transacción y precaución, para después incluir los aspectos especulativos de la demanda de dinero.

El análisis que realizamos en este libro comienza exponiendo las funciones de demanda de mercancías y valores, resaltando especialmente la influencia de la liquidez monetaria. Por tanto, estas funciones se utilizan para realizar un análisis estático y dinámico de los principales problemas de la teoría monetaria: los efectos en las variaciones de la cantidad de dinero y las alteraciones en la preferencia de liquidez, tipo de interés, precios y nivel de empleo. De este modo conseguimos integrar la teoría monetaria y la teoría del valor; las proposiciones de ambas teorías se deducen de aplicar idéntica técnica analítica a las mismas funciones de demanda en los mismos mercados. Tal integración es conveniente, no solo para poner de manifiesto que ambas teorías constituyen casos especiales de una teoría general del precio, sino también para permitir un estudio sencillo y directo de otros problemas que, de otra forma, serían muy complicados. Nuestro punto de vista es, necesariamente, el que corresponde a un análisis del equilibrio general, ya que al suponer que las variaciones monetarias afectan a todos los mercados, es posible apreciar sus efectos totales mediante un estudio simultáneo de los mismos (Patinkin, [1956] 1963: xxvi).

De todos modos, Patinkin adopta una forma de exposición de su teoría en la que reproduce la compartimentación micro-macro como una división inocua, originada en la existencia de distintas “técnicas analíticas”:

Por pura conveniencia, esta hipótesis se divide en dos partes según la técnica analítica utilizada. La empleada en la primera parte es microeconómica, en el sentido más amplio de la palabra. Es decir, que las funciones de demanda del mercado reflejan el modo de ser de las funciones de demanda de los individuos a partir de las cuales se han deducido. En la segunda parte se emplea una técnica macroeconómica; no se tiene en cuenta la idiosincrasia del individuo, y, por tanto, las funciones de demanda toman la forma total, familiar en los modelos keynesianos (Patinkin, [1956] 1963: xxvi).

Pero el propio Patinkin se encarga de relativizar esta separación.

Sin embargo, es más conveniente realizar un esquema desde el punto de vista del contenido más bien que desde el punto de vista de la técnica. En este aspecto aparece, tanto en la primera [el “análisis microeconómico”] como en la segunda parte [el “análisis macroeconómico”], un problema central que se refiere a la teoría monetaria de una economía con pleno empleo (Patinkin [1956] 1963: xxvii).

La inclusión del efecto de liquidez real, junto con la incorporación de un mercado de oferta y demanda de “valores”, adicional a los tres mercados clásicos (bienes, trabajo y dinero), le permiten a Patinkin lidiar desde el comienzo, es decir, en la teoría del valor, con el problema de la utilidad del dinero y, junto con él, de los fenómenos propios de una economía monetaria. Luego, en la parte del análisis macroeconómico se vuelven a presentar todos estos mismos resultados bajo el lenguaje keynesiano, reagrupando las funciones en los mercados “agregados” típicos de los debates de la síntesis neoclásica. De este modo, la crítica de Patinkin a la teoría keynesiana ya está contenida completamente en la primera parte de su libro, esto es, en su “análisis microeconómico” y reposa, particularmente, en la quimérica tarea del efecto de liquidez real sobre la demanda.²⁹ Por esto, no sorprende que este autor relativice la compartimentación, ni que en el debate dentro del “análisis macroeconómico” concluya que la existencia de paro involuntario es, en sentido estricto, incompatible con la definición de equilibrio y, a la inversa, que el equilibrio, por definición, implica pleno empleo.

Todos estos desarrollos pasaron rápidamente a servir de contenido a los novedosos manuales de macroeconomía, consolidando la disciplina y acaparando el debate público de la denominada “edad dorada” del capitalismo en Europa y Estados Unidos. En ese contexto surge la corriente monetarista, liderada por Friedman, que lleva a la restauración de la teoría prekeynesiana a un nivel más profundo todavía. En el caso de la demanda de dinero, Friedman se aboca a controvertir la curva de preferencia por la liquidez de Keynes, para sustituirla por una función basada en la ecuación cuantitativa. Por el otro lado, también intenta refutar la función de consumo keynesiana, con su hipótesis de la renta permanente. Con esta desarticulación de las principales relaciones funcionales del modelo de Keynes, vuelve a imperar la confianza en el mecanismo de mercado como el más eficiente en términos de asignación de recursos. En este sentido, los resultados prácticos de los planteos monetaristas cristalizaron en recomendaciones de política económica antagónicas respecto de las keynesianas. Para Friedman, solo la política monetaria podría modificar eficazmente a la actividad económica, pero dado que es mucho mayor el daño que el beneficio que puede obtenerse de su utilización, las prescripciones

²⁹ Cfr. Robinson ([1965] 1984: 121) y Kicillof (2004).

políticas se orientaron a la no intervención directa del gobierno a través de medidas de estabilización. De hecho, en su obra sobre la historia monetaria de los Estados Unidos se intenta explicar a los ciclos económicos a partir de la (errónea) administración de la política monetaria.³⁰

A su vez, como parte de su crítica a las ideas de Keynes, Friedman no considera problemática la separación entre teoría del valor y la distribución, por un lado, y teoría monetaria, por el otro. Como citamos en el primer capítulo, para este autor los problemas de una y otra teoría se encuentran tan débilmente relacionados que los efectos mutuos serían despreciables. Son dos compartimentos independientes entre sí; *mientras que en la micro (teoría del valor y distribución) sigue valiendo la teoría prekeynesiana, en la macro (teoría monetaria) se analizan los efectos de la política económica sobre el consumo, la ocupación y el nivel general de precios, siempre velando porque las políticas monetarias no entorpezcan los resultados alcanzados autónomamente por el mercado*. De todos modos, el lenguaje y las polémicas entabladas por el monetarismo seguían inscribiéndose dentro del terreno delimitado por la síntesis neoclásica.

2.2.2. Heterodoxos, desequilibristas y nuevos clásicos

La reacción a este proceso de asimilación/adulteración de los planteos de Keynes por parte de la síntesis neoclásica no se hizo esperar. Un heterogéneo grupo de economistas, dentro de los que se destacaron, entre otros, Joan Robinson, Axel Leijonhufvud y Robert Clower, denunciaron la estafa y entre sus críticas al nuevo dogma volvieron a poner de relieve el carácter problemático de la compartimentación.

Keynes había roto los compartimentos estancos que separaban la teoría “real” de la “monetaria”. Demostró que el dinero constituye un aspecto necesario de una economía con un futuro incierto y puso de relieve la importancia de las instituciones monetarias y financieras para el funcionamiento de la economía “real”. Estos compartimentos se han restablecido con la división entre teoría “micro” y “macro” [...]. La peculiar mezcla de Walras y Pigou —oferta y demanda de unos recursos dados con empresas de dimensiones óptimas maximizadoras de

³⁰ Friedman y Schwartz (1963).

beneficios— que hoy en día pasa como “teoría microeconómica”, fue amasada por primera vez por John Hicks después de publicarse la Teoría general. [...] Cualquier intento de introducir flujos de producción en el planteamiento de Walras lleva de inmediato a una contradicción. O bien todo el tiempo futuro queda incluido en el presente, o de lo contrario cada individuo debe prever correctamente lo que harán todos los demás, los cuales también prevén correctamente sus futuras acciones, de modo que el planteamiento desemboca en el problema del libre albedrío y la predestinación. De nada podía servirle esto a Keynes. La incertidumbre constituía la esencia misma de su problema. [...] Este detalle se pierde en la nueva teoría micro-macro. Todo el planteamiento de Keynes queda inutilizado con una simple maniobra. Calculemos el ahorro que se realizaría, bajo condiciones de pleno empleo, en la presente situación a corto plazo, con la presente distribución de la riqueza y la presente jerarquía de tasas de remuneración obtenidas en las distintas ocupaciones, y arreglémonos de algún modo para contar con una inversión suficiente que absorba el nivel de ahorro a que da lugar esta distribución de la renta. Y, de pronto, habremos vuelto sin saber cómo al mundo de equilibrio donde el ahorro determina la inversión y la teoría microeconómica podrá discurrir nuevamente por sus viejos cauces (Robinson [1965] 1984: 121-122).

De todos modos, esta crítica de Robinson no conducía a la eliminación del desdoblamiento, sino a la necesidad de incorporar, en el modelo de determinación del ingreso, los análisis de las formas de mercado de Michal Kalecki.

El propio Keynes no se interesó mucho por la teoría del valor y la distribución. Kalecki expuso una versión más coherente de la Teoría general, que introducía la competencia imperfecta en el análisis y destacaba la influencia de la inversión sobre la participación de los beneficios. En algunos aspectos, la versión de Kalecki ofrecía una teoría propiamente más general que la de Keynes. En la teoría microeconómica ortodoxa, aletargado ya Keynes, reaparece la competencia perfecta y las empresas óptimas, y se eliminan del planteamiento todos los problemas del Nuevo Estado Industrial. Justamente en estos momentos, cuando la gran concentración del poder económico en manos de las compañías multinacionales está poniendo fin a la época de las políticas nacionales de empleo, los manuales siguen ilustrándose con curvas en forma de U que representan la limitación de las dimensiones de las empresas en un mercado perfectamente competitivo (Robinson [1965] 1984: 123-124).

Clower y Leijonhufvud, por su parte, se abocaron a señalar las deficiencias de los enfoques que trataban de encajar a la Teoría general de Keynes dentro del marco del equilibrio general walrasiano. Y también reconocían como insatisfactoria la forma que había tomado la compartimentación del análisis económico.

Empleamos modelos “walrasianos” para el primer tipo de problema y “macromodelos” para el segundo; y obramos como si estuviésemos dispuestos a vivir indefinidamente en esta situación esquizofrénica. La teoría del valor y de la asignación de los recursos trata de la coordinación de las actividades económicas. La macroteoría se ocupa de los fallos de coordinación, o al menos ese fue su problema original. Pero los dos tipos de modelos difieren tanto en su estructura que con frecuencia resulta difícil destilar la parte de teoría de precios contenida en los macromodelos “keynesianos” (Leijonhufvud, 1969: 25).

Pero la salida ofrecida por esta vertiente consistió en que, al emancipar a Keynes de las interpretaciones basadas en el equilibrio general neoclásico, lo que se obtenía era una “teoría del desequilibrio”, para la cual debía construirse una microeconomía del desequilibrio. Así, al reconocer que la microeconomía ortodoxa no era conjugable con los planteos de la macroeconomía keynesiana, se proponían rescatar a esta última mediante la construcción de “microfundamentos” compatibles. Es decir que, en este “regreso a Keynes”, si bien se critica a la forma adoptada por la compartimentación, se trata de reformarla para permitirle abarcar el escenario del desequilibrio y, por lo tanto, se la reproduce. *En general, estas vertientes heterodoxas optaron por una crítica a la forma en que se intentó asimilar a Keynes por parte de los teóricos de la síntesis neoclásica y, en ese contexto, a la versión “canónica” de la bifurcación que estos daban por aceptada, pero no objetaron la bifurcación en sí.*³¹

Una reacción simétrica a la de los “desequilibristas”, es decir, igual pero en el sentido opuesto, dio origen a una corriente que prontamente intentaría convertirse en una nueva ortodoxia. Si se reconoce que hay algo incompatible entre la microeconomía “tradicional”³² y la macro keynesiana (o aun la

³¹ A modo de ejemplo, véase Etxezarreta (coord.) (2004).

³² El contenido esencial de esta microeconomía “tradicional” u ortodoxa estaba constituido fundamentalmente por la economía paretiana del bienestar y la actualización del modelo de equilibrio general de Arrow-Debreu.

macro de la síntesis), parecerían abrirse dos opciones inmediatas: una de ellas, tal como se ve en los “desequilibristas”, residiría en sustituir la micro “tradicional” por otra que fuera compatible con la macro keynesiana;³³ la otra opción consistiría en reemplazar la macroeconomía keynesiana y también la de la síntesis, por una que se ajustara a la micro “tradicional”. Este último camino, en vez de desarrollar “microfundamentos” que permitieran albergar los planteos de Keynes, se enfoca en construir una nueva macroeconomía a partir de los microfundamentos de la “teoría clásica”, tal como el propio Keynes la denominó. Se trata, entonces, de una *nueva macroeconomía clásica*.

Luego de su fugaz etapa “heroica” con la crítica de Robert Lucas (1973), estos nuevos clásicos, enfocados de modo explícito en enterrar definitivamente el consenso de la síntesis junto con sus lenguajes y sus metodologías, fueron ocupando el lugar de la corriente principal. Una de las expresiones más importantes de este ascenso se manifiesta en la producción de manuales propios desde donde habría de difundirse el nuevo enfoque. Entre ellos podemos citar el de Robert Barro:

Empezaremos por desarrollar la teoría básica de los precios, o fundamentos microeconómicos, que son la base del análisis macroeconómico de las variables globales. [...] Desafortunadamente, muchos cursos básicos de economía no siguen este enfoque general [de partir de la microeconomía] cuando se trata de la macroeconomía. De hecho, los estudiantes podrían llegar con facilidad a la conclusión de que la macroeconomía y la microeconomía son dos campos enteramente diferentes. Un tema central de este libro es que surge una macroeconomía más satisfactoria cuando esta se enlaza con la microeconomía que la fundamenta. Cuando hablamos de satisfactorio queremos decir, primero, que la teoría macroeconómica evita las incongruencias internas y, segundo, que obtenemos una mejor comprensión del mundo real (Barro [1984] 1997: 9).

En los siguientes capítulos veremos más en detalle el contenido de estos vaivenes de la teoría moderna en relación con la compartimentación micro-macro. Por lo pronto cabe concluir que, hasta aquí, se registra, en forma estilizada, una doble correlación. *Por un lado, en los principales hitos de la*

³³ No debemos dejar de remarcar como problemático que, en esta operación, la *Teoría general* pasa a ser concebida también como una teoría del desequilibrio. (Cfr. Kicillof, 2005).

síntesis neoclásica, proclives a la restauración de los ajustes automáticos propios de la teoría prekeynesiana, se evidencia una aceptación acrítica de la división en su forma natural o canónica; mientras que, por el otro lado, entre las posiciones posteriores aparece un rechazo a esa forma de definir el desdoblamiento y surge la necesidad de reelaborar el vínculo entre ambos compartimentos. A su vez, dentro de este segundo conjunto de posiciones destacamos dos corrientes opuestas entre sí. Por un lado, los planteos heterodoxos que apuntaron sus cañones a la micro, aunque de un modo en el que, si bien se problematiza el desdoblamiento, también se lo sostiene y reproduce. Por el lado opuesto, identificamos a la nueva ortodoxia que se trazó como objetivo construir una macroeconomía compatible con la micro “tradicional”, depurando a aquella de todo residuo filokeynesiano.³⁴

2.3. La crítica a la división micro-macro: una aproximación preliminar

En este apartado se intenta exponer una primera reevaluación crítica de carácter preliminar del esquema micro-macro. En los dos últimos capítulos, nuestra investigación aportará elementos adicionales, intentando avanzar, entonces, un paso más en nuestra crítica a la compartimentación.

2.3.1. Un objeto, dos teorías contradictorias

Un primer elemento para la crítica surge al evidenciar que dentro del compartimento en el que, según la definición natural, debería tratarse de mercados y agentes particulares, se encuentran teorías que determinan todas las variables del sistema. De hecho, hoy mismo, si tomamos cualquier manual básico de economía, se sale de la micro con todas las principales variables económicas explicadas, para entrar seguidamente en la macro que ofrece una respuesta cabalmente distinta de casi todos esos mismos elementos.³⁵ Por lo tanto, la primera conclusión que se impone es que estamos frente al mismo objeto de estudio en ambos compartimentos, es

³⁴ “Más adelante, pasado el auge de la intervención estatal, en épocas de retroceso del salario, se puso en el centro de la escena la búsqueda de la piedra filosofal: los fundamentos microeconómicos de la macroeconomía. Podemos asegurar que esa cacería será en vano. Esta búsqueda desembocó más bien en el abandono definitivo de la macroeconomía de inspiración keynesiana” (Kicillof, 2002a: 20).

³⁵ Para comprobar esto basta con una ojeada rápida a un libro de texto de microeconomía como, por ejemplo, Mas Collé, Whinston y Green (1995).

decir, ante dos teorías contradictorias y, por lo tanto, frente a una formación “esquizofrénica” de los economistas.

Aunque en la enseñanza oficial se disimule, la microeconomía y la macroeconomía básicas disponen de teorías distintas para explicar los determinantes del nivel de empleo, de la tasa de interés, de los precios, de la inversión y el ahorro, y así de seguido (Kicillof, 2007: 28).

Lo anterior no debería sorprendernos, pues, a partir de la evolución de la teoría económica dominante expuesta en el apartado anterior, debería quedar claro que:

Lo que hasta el momento constituía el corpus prácticamente completo de la economía, la teoría del valor y la distribución (el Primer Tratado de la *teoría clásica*), fue transformado en una rama particular de la economía: la microeconomía [...] lo que antes era la teoría económica completa caería hoy dentro del dominio de la microeconomía (Kicillof, 2007: 402).

Ni siquiera es posible sostener sin dificultades, como lo hacen los libros de texto, la noción de que la micro, al analizar un mercado en particular, supone *ceteris paribus* lo que pasa en los demás mercados, pues esta objeción no se le podría aplicar a Walras. Su modelo de equilibrio general se enfoca, precisamente, en tratar de demostrar de qué modo la utilidad marginal regula los valores de cambio de todas las mercancías en todos los mercados en su mutua interacción general. De modo que, *ni los clásicos requerían de esta artificial separación, ni Keynes reconocía a su teoría solo como una parte del objeto de estudio de la economía.*³⁶

Por todo lo dicho, la recomendación de Hicks en 1979 es inconsistente.³⁷

³⁶ Más allá de la ya citada concesión caballerosa de Keynes de ofrecerle “asilo” a Marshall, Pigou, etc., en la irrelevante y vacía “teoría de la firma individual”.

³⁷ A esta altura de su trayectoria, Hicks ya había abjurado de la fe que él mismo contribuyó a fundar con su interpretación de la Teoría general. En el marco de su tardía revisión de Keynes y de la economía oficial (en su obra *Capital y Crecimiento*, del año 1965) se inscribe esta reconsideración del esquema micro-macro, donde se reconoce que la línea divisoria no está en el tamaño de las unidades bajo estudio, tal como lo planteaba la definición “canónica”, consolidada, justamente, a partir de la propia síntesis neoclásica.

The student goes to “micro” lectures on Mondays and to “macro” lectures on Thursdays; and they just don't fit. Why don't they fit? Not because the Monday lectures were concerned with the firm and the individual, the Thursdays lectures with the whole economy, as the micro-macro distinction apparently implies. If that were all, there would be no problem. The trouble is that the approach is different, the Monday lectures being in some sense classical, the Thursday lectures being Keynesian [...] we should have four sets of lectures, not two: macro-classical on Tuesdays, micro-Keynesian on Wednesdays, as well as the two that were already given (Hicks, 1979: 1451-2).³⁸

La estrategia de Hicks, en vez de reclamar por la reunificación de la teoría económica –sometiendo a discusión tanto el planteo de Keynes, como los de Walras y Marshall, en su unidad– y eliminar así la compartimentación, la duplica, creando no dos, sino cuatro calabozos. La inconsistencia de este abordaje se manifiesta en el hecho de que, si se pudieran instaurar aquellos dos compartimentos propuestos, ya no debería requerirse el eje transversal micro-macro cortando a la teoría clásica ni a la keynesiana, pues se tendrían, entonces, dos teorías económicas “completas” en las que el “todo” y sus “partes” deberían quedar ya articulados entre sí.

Sin embargo, como expusimos anteriormente, durante las tres décadas siguientes de la publicación de la *Teoría general*, la historia de la teoría económica oficial tuvo como eje dominante a los distintos intentos de asimilación de las ideas de Keynes dentro del compartimento macro.³⁹ Una vez fijadas las “anomalías” a las que respondería la *Teoría general* como, por ejemplo, la trampa de la liquidez, o la rigidez de precios y salarios, debía determinarse su acotada aplicabilidad. La modalidad principal que fue tomando este proceso, personificado principalmente por los referentes teóricos de la etapa de la síntesis, consistió en restringir y subordinar la validez de los planteos de Keynes a determinadas circunstancias coyunturales de

³⁸ “El estudiante va a clases de ‘micro’ los lunes y a clases de ‘macro’ los jueves; y estas simplemente no encajan. ¿Por qué no encajan? No porque las clases de los lunes tratan de la firma y lo individual, las clases de los jueves tratan de la economía como un todo, como aparentemente implica la distinción micro-macro. Si eso fuera todo, no habría problema. El problema es que el enfoque es diferente, las clases de los lunes serían, en cierto sentido clásicas, las clases de los jueves serían keynesianas [...] Deberíamos tener cuatro tipos de clases, no dos: macro clásica los martes, micro keynesiana los miércoles, y los dos cursos que ya se venían dando” (Traducción propia).

³⁹ Véase Lekachman ([1964] 1967).

la acumulación de capital. Allí, las diferencias más importantes entre los autores dependen de cómo concibe cada uno a la tendencia “normal” en la acumulación de capital. La cuestión es si, librada a su propio movimiento, esto es, abstrayéndose de la influencia de las políticas macroeconómicas de estímulo/estabilización, las economías operan, esencialmente, en crecimiento con pleno empleo, o si es “normal” que se establezcan en escenarios con desempleo y estancamiento.

Mientras Hicks, en 1937, tomaba a la depresión económica como la situación particular que hace válido a Keynes, otros autores de la síntesis como Alvin Hansen o el ya citado Branson se inclinan, al revés, por tomar a la situación de plena ocupación como la peculiar, cuya permanencia obedece más a la correcta combinación de políticas macroeconómicas, que a la propia dinámica autónoma de funcionamiento de la economía.

El enfoque de la microeconomía clásica en la asignación de recursos escasos para sus mejores usos suponía implícitamente que el pleno empleo –escasez de recursos– era el estado normal de la economía. Si la economía opera a niveles sustancialmente menores que el de pleno empleo, los recursos, al menos temporalmente, no son en realidad escasos, y el costo alternativo de casi cualquier clase de producción adicional es cercano a cero; una cantidad mayor del producto total puede producirse simplemente si se reduce el desempleo. [...] Una consecuencia importante del desarrollo de la macroeconomía moderna –la cual nos ha enseñado razonablemente bien cómo mantener el pleno empleo– consiste en que restablece la importancia de la microeconomía clásica, como sugiere el término síntesis neoclásica de Samuelson. Si la economía opera cerca del pleno empleo, la teoría de la asignación óptima de recursos escasos es otra vez válida y crucialmente importante (Branson [1972] 1992: 13-14).

El resultado de estos debates implicaría, por un lado, afirmar la validez de la teoría marginalista para el capitalismo del siglo XIX y para toda etapa que presente características económicas similares a aquella. Y, por el otro lado, significaría también que, a partir de 1930, y siempre que las condiciones históricas sean similares a esa coyuntura de recesión profunda, la teoría económica válida sería la keynesiana. Con este tipo de concepciones, directamente ya ni sería posible hablar de la existencia de dos compartimentos en los que habría de dividirse el estudio de los fenómenos económicos. Por más que se intente disimular el conflicto se trataría, lisa y llanamente, de

dos teorías alternativas compitiendo entre sí para explicar, cada una desde su unilateralidad, cómo funciona la economía. *Así, la microeconomía sería la teoría a aplicar cuando la acumulación se desarrolla fluidamente, mientras que la macroeconomía es la que operaría cuando se presentan obstáculos a ese flujo. Como si una teoría sirviera durante el día y la otra durante la noche, de modo que, en ambas, se niega toda ligazón orgánica entre aquellos.* Para una teoría, la noche no existe, es un toldo que las malas políticas le pusieron al sol. Para la otra, el día es fruto de una combinación azarosa de circunstancias específicas, o el resultado de políticas acertadas que tuercen el rumbo de la noche para transformarlo en día.

Nuestra crítica no niega que Walras –y también Marshall– se hayan abocado a tratar de demostrar que, bajo algunos supuestos que consideran plausibles, los mercados constituyen mecanismos que cuentan con las suficientes fuerzas autorreguladoras como para reconducirlos siempre al equilibrio. En estos autores, a su vez, el concepto de equilibrio en los mercados implica la realización de todos los planes individuales, sin desempleo involuntario, sin especulación ni incertidumbre crónica, sin fluctuaciones intrínsecas. Tampoco se niega que, para el autor de la *Teoría general*, el caso de Walras figura como probable, pero absolutamente fortuito, tan absurdamente casual, que no tiene sentido teorizarlo. Según Keynes, el equilibrio de mercado, salvo aquellos casos fortuitos, se caracteriza por la persistencia de desempleo involuntario, por una constante especulación de los inversores, fruto de una incertidumbre inmanente respecto al futuro y, con ello, originando el comportamiento fuertemente cíclico del proceso económico. *Lo que se intenta poner de relieve es que esta contraposición es una manifestación particular de elementos más profundos de la propia teoría marginalista y la keynesiana. Por ello, no puede dirimirse en el terreno de la contrastación directa con la evidencia empírica, ni mucho menos con su “alternancia” en relación al momento del ciclo, sino en la revisión de las concepciones de la forma dinero y, por tanto, de la forma mercancía.* En vez de volver sobre la discusión de estos cruciales capítulos de Walras, Marshall y Keynes, la economía oficial concentró casi toda su atención teórica, desde la síntesis neoclásica hasta hoy, en retocar los modelos matemáticos de determinación de las principales variables persiguiendo un doble objetivo, en muchos casos fuertemente contradictorio consigo mismo. Por un lado, se intentó que los modelos soporten mejor la evidencia empírica mientras que, por el otro, apuntaron a destacar, salvo anomalías e imperfecciones bien

acotadas, la eficacia del mecanismo de mercado como asignador autónomo de recursos.

En ninguno de los desarrollos de la síntesis se sometieron a discusión los aportes de Keynes acerca de la naturaleza de las “categorías fundamentales”, aun cuando toda la discusión tiene lugar en el novedoso territorio analítico inaugurado por la *Teoría general*, consolidando, así, el lenguaje propio de la teoría macroeconómica. Pero al restringir casi al absurdo –o directamente eliminando– la plausibilidad del modelo keynesiano de determinación del ingreso, se restauran, mediante complejos rodeos, la baja probabilidad y/o el carácter excepcional de equilibrios con desempleo involuntario. Esto no impidió a los desarrollos de la síntesis presentarse como modelos “representativos” del planteo de la *Teoría general*, aunque restablezcan los principales resultados logrados por la teoría clásica en su economía de tipo trueque. Esta restauración, proclamada falsamente en nombre de Keynes, permitió a los economistas de la síntesis neoclásica dar los primeros pasos en la asimilación del esquema micro-macro como una división no problemática, gracias a haber reinstalado las mismas conclusiones teóricas y prácticas en ambos compartimentos, y así encaminar al *mainstream* hacia una imagen de compatibilidad y coherencia orgánica que cristalizaría con la definición natural del desdoblamiento. Es decir, que estos autores aceptan y, a la vez, consolidan la definición de la compartimentación propuesta por Keynes, pero releída como exenta de controversias. La microeconomía trataría de la firma y los agentes individuales y no involucraría ni a los problemas de la ocupación ni a las propiedades más importantes del dinero. La macroeconomía sí los estudiaría, pero solo para demostrar que, salvo casos excepcionales y anómalos, la “economía como un todo” reproduce los mismos resultados que el análisis micro. *Esta es la contradicción propia de la síntesis neoclásica, que toma la forma concreta de convivencia pacífica, es decir, no problemática, entre los dos flamantes compartimentos de la disciplina. Por lo tanto, los desarrollos de la síntesis neoclásica han sido los pilares que sustentaron el proceso mediante el cual la definición keynesiana de la compartimentación se fue transfigurando hasta disolverse en la definición natural o canónica.* Este giro sobre sí misma de la teoría económica moderna se completaría con la contorsión iniciada por el enfoque monetarista y culminada por los nuevos clásicos. Sobre este movimiento ahondaremos a continuación.

2.3.2. Una teoría, dos objetos contradictorios

Luego de consolidada la síntesis neoclásica, y pasado el monetarismo, la teoría económica oficial estaba lista para terminar el largo camino de extirpación de las críticas más profundas de la *Teoría general* y completar, así, el retorno al estado prekeynesiano de la disciplina. La coronación de este proceso toma cuerpo en el intento de los nuevos clásicos de reunificar los compartimentos micro y macro a través de la reducción, tanto del proceso de intercambio en el mercado como del movimiento de la acumulación de capital, al comportamiento de un Robinson Crusoe.⁴⁰

En el capítulo 2 examinamos los problemas de elección de una persona que vivía aislada: Robinson Crusoe. Como es natural, suponemos que las elecciones de Crusoe están guiadas por un interés propio o egoísmo instruido; es decir, explotamos el postulado económico central del comportamiento maximizador. En la estructura inicial, el único problema de elección se relaciona con el nivel de esfuerzo laboral, que después determina las cantidades de producción y consumo. Sin embargo, al estudiar la conducta de Crusoe, podemos entender la compensación entre el ocio y el consumo que también se aplica en complejas economías de mercado. Además, al estudiar a una persona aislada, ponemos de relieve el efecto de una restricción presupuestaria o de recursos en su forma más simple. [...] Como veremos, las extensiones de esta sencilla restricción son el punto central de los análisis macroeconómicos correctos en economías que incluyen muchos consumidores y productores, así como un gobierno [...]. En particular, cuando consideramos las respuestas de la economía a los cambios en las oportunidades de producción –como las recientes crisis petroleras– por lo general obtenemos la respuesta correcta si pensamos en la situación paralela para Robinson Crusoe (Barro [1984] 1997: 9).

Esta es la auténtica *robinsonada* que se presenta bajo el eufemismo de “microfundamentos de la macroeconomía”. Luego de Keynes, los debates habían pasado a un compartimento, la macro, frente al cual se creó un

⁴⁰ Se trata de un Robinson Crusoe particular, pues le debe su pleno conocimiento de lo que debe hacer para comportarse como un individuo racional a que lee los journals y sigue al pie de la letra los *papers* que se basan en cómo actúa él (cfr. Heymann 2007: 100).

compartimento vacío, la micro. Con los nuevos clásicos se procede al vaciamiento del compartimento macro por llenarlo con aquel compartimento micro.⁴¹ Así, durante todo el siglo XX, la ortodoxia habría logrado consagrar el círculo completo. Con la “microfundamentación de la macroeconomía” quedarían aparentemente resueltas, de una sola vez, todas las posibles contradicciones señaladas en el apartado anterior entre aquellas dos teorías incompatibles, pero al precio de eliminar absolutamente una de ellas y de extender la otra de la micro a la macro, sin más mediación que la del agente representativo con expectativas racionales. Ya no es posible distinguir las teorías ni siquiera a partir de la apariencia canónica, donde una se enfocaba a los fenómenos “individuales” y la otra a los “agregados” pues, justamente, sus métodos de construcción parten de borrar toda posible diferencia entre uno y otro objeto. Es decir que, por un lado, podemos señalar lo mismo que con los cuatro cursos demandados por Hicks, donde la variable de cruce micro-macro ya se mostraba superflua. Por el otro lado, los microfundamentos llevan a una situación más problemática todavía. En el caso de Hicks, si eliminábamos la compartimentación redundante, quedaban en pie dos teorías económicas en disputa.⁴² Ahora, al abstraernos de la división micro-macro, nos quedaría solamente una teoría económica presentada en dos cursos distintos. Los lunes se trataría sobre la economía de Robinson Crusoe, los jueves se analizaría a toda una economía nacional, como si se tratara de Robinson Crusoe. Cada curso de estos tendría sus respectivos manuales, solo distinguibles por las “imperfecciones” específicas que cada uno considera relevantes.⁴³

Al revés de lo que señalábamos en el apartado anterior, donde se abordaba el mismo objeto por dos teorías incompatibles entre sí, con los microfundamentos se logra “unificar” las teorías sobre la base de eliminar una de ellas, dejando a la

⁴¹ Sobre esta maniobra, señala Levín, en su prólogo a Kicillof (2004): “Todavía hoy, muchos economistas aceptan la dicotomía entre “macroeconomía” y “microeconomía”. Algunos tienen el palpito de que algo huele mal en Dinamarca, pero solo atinan a buscar los fundamentos de una pieza disecada en la otra. Así planteada, esa búsqueda resulta infructuosa: es difícil saber si de este modo la profesión puja por zafar de una trampa ideológica, o por permanecer en ella. La “sabiduría convencional” de la época se sobrevive, anacrónica, realimentando el consenso mediante la comprobación de situaciones de hecho que resultan del mismo consenso”.

⁴² Esta disputa, como ya se dijo, puede y debe rastrearse hasta las “categorías fundamentales” de cada teoría.

⁴³ Solo por tomar dos ejemplos: en el curso de los lunes toman importancia las imperfecciones en las formas de mercado, incluyéndose entonces modelos de monopolio u oligopolio, y en el de los jueves se tratan las posibles imperfecciones fruto de la consideración del sector gobierno transformándose, en los modelos, la restricción de ingresos del individuo en la del presupuesto público.

otra intacta. En ningún momento se procede a la crítica conceptual de las teorías de cada compartimento, de modo que aquella incompatibilidad sigue vigente, solo que ahora se la ha trasladado al objeto de estudio. Por más espurio que sea ese procedimiento, se lo presenta como capaz de lograr el objetivo de reunificación teórica, pues, una vez eliminada (de un plumazo) la macro, se “deduce” la desaparición de la micro. Lucas lo plantea crudamente:

The most interesting recent developments in macroeconomic theory seem to me describable as the reincorporation of aggregative problems such as inflation and the business cycle within the general framework of “microeconomic” theory. If these developments succeed, the term “macroeconomic” will simply disappear from use and the modifier “micro” will become superfluous. We will simply speak, as did Smith, Ricardo, Marshall and Walras of economic theory (Lucas, 1987: 107-108).⁴⁴

Desde nuestro punto de vista, este resultado no sería motivo de preocupación, sino todo lo contrario, pues qué otra cosa sería una reunificación profunda de ambos compartimentos sino su negación como tales. Pero, por lo mismo, esa tarea nunca podría comenzar por verse a sí misma como una “microfundamentación de la macroeconomía”, que constituye, así, una contradicción en los propios términos. El problema de esta reunificación aparente es que solo sería posible, en primer lugar, mediante la identificación inmediata del movimiento concreto de la acumulación de capital con la economía de un Robinson Crusoe. Estrategia verdaderamente difícil de sostener sin caer en un reduccionismo absurdo respecto de Smith y Ricardo, pero, como trataremos de mostrar en el capítulo cuarto, también en el caso de Marshall y, sobre todo, en el de Walras. En segundo lugar, para esta reunificación aparente cualquier especificidad inherente al movimiento concreto de los “agregados” debe ser reducida a una simple dificultad matemática para la adición de los comportamientos individuales.

⁴⁴ “Los desarrollos recientes más interesantes en la teoría macroeconómica pueden describirse como la reincorporación de los problemas de agregación tales como la inflación y el ciclo de negocios dentro del marco de la teoría ‘microeconómica’. Si estos desarrollos tienen éxito, el término ‘macroeconomía’ simplemente desaparecerá y la alteración ‘microeconomía’ devendrá superflua. Simplemente hablaremos, como Smith, Ricardo, Marshall y Walras, de teoría económica” (Traducción propia).

La medida del fracaso de la empresa “reunificadora” planteada por Lucas se manifiesta en la subsistencia de la compartimentación en la nueva macroeconomía clásica y en todas las corrientes que actualmente participan dentro de la economía oficial. Más aún, el consenso logrado por estos “nuevos clásicos” ha sido efímero en términos históricos y en ningún momento fue total. Sí sirvió para arrinconar a quienes todavía trataban de rescatar, tímidamente, algunas ideas “keynesianas”, ya reducidas a la tenue aceptación de posibles “fallas de coordinación” entre los agentes individuales en los procesos económicos colectivos. Respecto de estos “nuevos keynesianos”, otra vez, no debemos perder de vista que la crítica basada en la imposibilidad de explicar el funcionamiento económico general partiendo de –o basándose fundamentalmente en– las decisiones de los agentes individuales, no tiene cómo corresponderle a los marginalistas fundadores y a Marshall. La objeción de que estos pudieran haber recaído en falacias de composición, puesto que el “todo” no sería simplemente la suma de las “partes”, es una crítica aparente surgida desde la óptica del compartimento macro y que reproduce la división. En el presente trabajo no se objeta el hecho obvio de que Walras, y también Marshall, hayan construido *modelos* que dependen de sus representaciones acerca de las decisiones de los agentes individuales. Solo cabe adelantar aquí, pues esto será parte del desarrollo específico del cuarto capítulo, que la *pedra angular de sus sistemas* no está en aquellos modelos ni, abstractamente, en el comportamiento de los individuos.

Por otro lado, desde el punto de vista práctico de la profesión, la posición de la nueva macroeconomía clásica resulta verdaderamente chocante para cualquier economista que se enfrente a los marcados vaivenes de la acumulación en los países latinoamericanos. Cabe citar, como ejemplo local de esta incomodidad, la reacción de Daniel Heymann.

La dinámica del modelo de equilibrio general se establece directamente según la magnitud de las variables de estado: el stock de capital disponible y el nivel contemporáneo de productividad. [...] Esto implica suponer resuelta la coordinación de planes de los agentes, en el período corriente a través del mecanismo de precios, y mediante la consistencia de expectativas para las decisiones intertemporales. [...] El esquema analítico presupone, vía el argumento del individuo representativo, que la coordinación de esas decisiones interdependientes entre los distintos conjuntos de agentes involucrados tiene lugar automáticamente. El que se hayan

podido construir representaciones razonablemente simples y útiles es, de por sí, un hecho importante, y muestra que la búsqueda de regularidades agregadas resulta productiva. Sin embargo, la operación de reducción de grados de libertad que significan esos ejercicios no es en absoluto trivial, y no parece que se pueda basar en criterios a priori robustos y generales. En esa instancia de elegir representaciones simplificadas, el modelo de equilibrio general adopta la imagen de un sistema “tan coordinado que se comporta como un individuo” (Heymann, 2007: 93-95).

Por otro lado, la literatura suele asociar sin discusión los “micro fundamentos” con la derivación del modelo a partir de formalismos de optimización aplicados sobre un número reducido de agentes, en el límite, uno solo. En todo caso, no es claro que resulte útil y necesario adoptar esa práctica como criterio metodológico irrestricto (Heymann, 2007: 138).

En términos más generales, la incomodidad intelectual que atraviesa hoy la estructura de la teoría económica dominante consiste en calibrar individualmente, en forma precisa, cuánto “keynesianismo” es el aceptable, en cada momento del ciclo, por la comunidad político-académica y sus consensos. Mientras tanto, el manejo de herramientas cada vez más complejos para tratar viejas y nuevas “imperfecciones” o “anomalías” ocupa la actividad corriente de los *journals* y aspira anualmente a los galardones académicos. Estas dinámicas le permiten a la ortodoxia comportarse como tal, es decir, como una teoría económica que posee cierto rango de versatilidad sin tener que poner sobre la mesa, en ningún momento, la discusión sobre sus propias “categorías fundamentales”.

Partiendo de estas críticas preliminares, consideramos que es posible avanzar un paso más sobre las limitaciones que la división micro-macro le impone a la unidad de la propia teoría marginalista. Como se señaló anteriormente, el problema está en el método científico de la economía ortodoxa en sus dos compartimentos. Para comprender cabalmente hasta qué punto dicho método levanta barreras absolutas a la unidad de la actual ortodoxia, es necesario retomar un debate que estuvo presente desde los albores de la ciencia económica (por ejemplo, en *La riqueza de las naciones* de Smith), pero que ha cedido terreno notablemente desde fines del siglo XIX. Se trata de la discusión en torno al carácter de las leyes económicas y de la naturaleza del proceso de conocimiento que corresponde al estudio de la vida social. Para encarar esta tarea utilizaremos como base el planteo

desarrollado por Marx, fundamentalmente, a partir de su escrito “El método de la economía política”. Consideramos que en ese texto se exponen varias claves para dilucidar el verdadero contenido de lo que hasta aquí hemos venido denominando “categorías fundamentales”.

3. Aspectos metodológicos de la crítica de la economía política

El presente capítulo se divide en dos partes. En la primera se intentan exponer sintéticamente los aspectos más importantes del texto “El método de la economía política” de Karl Marx. En la segunda, se describen algunas de las consecuencias específicas que se obtienen al proyectar estos elementos sobre nuestra investigación.

3.1. “El método de la economía política” de Karl Marx

Si bien en numerosos escritos Marx expone las claves de su método, no existe una obra sistemática y acabada que el autor haya dedicado específicamente a esta materia. De hecho, tanto en *Miseria de la Filosofía*, como en el *Anti-Dühring*, o en los prólogos de *El Capital*, así como también en *La ideología alemana*, etc., se pueden encontrar exposiciones sintéticas de elementos metodológicos claves. En una carta a Engels de 1858, Marx plantea la necesidad de abordar en algún momento la tarea de “hacer accesible a la inteligencia humana común, en dos o tres pliegos de imprenta, lo que es racional en el método que descubrió Hegel, pero que al mismo tiempo está envuelto en misticismo”.⁴⁵

Por otro lado, en el prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx se encarga de señalar que en realidad es mejor no desarrollar la exposición del método antes de ponerlo en práctica al analizar el capitalismo, pues se corre el riesgo de adelantar resultados que la exposición del objeto debe poner por sí misma como un resultado del análisis y no como un presupuesto.⁴⁶ En los denominados *Cuadernos M*, escritos por Marx en 1857 y publicados póstumamente por Kautsky en 1903, se encuentra una “Introducción general” que contiene el famoso apartado titulado “El método

⁴⁵ Marx y Engels ([1934] 1947: 119).

⁴⁶ Marx ([1859]1975).

de la economía política".⁴⁷ Utilizaremos este escrito como base, sintetizando los aspectos relevantes para nuestro objetivo en el presente trabajo. En este texto, Marx plantea:

Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ej., en la economía, por la población, que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, esto se revela como falso. La población es una abstracción si deo de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra hueca si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a las abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado este punto, habría que reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones (Marx [1953] 1997: 21).

De estos párrafos puede extraerse ya una primera gran diferencia respecto del método científico propio de la economía marginalista. En vez de partir de axiomas, supuestos y/o definiciones acabadas, basados en su carácter de evidentes, Marx propone un doble camino. Primero, procede a enfrentarse al objeto concreto que se intenta investigar en su inmediatez (la "población", de acuerdo con la cita anterior). A partir de esa apariencia inmediata, se trata de inquirir por su razón de existencia de modo que, por la vía del análisis, vayan apareciendo todas las determinaciones que el propio objeto lleva en sí, pero que en esa inmediatez suya solo aparecen caóticamente yuxtapuestas. Solo cuando el análisis llegó hasta las determinaciones más simples de ese concreto es posible emprender la segunda parte del camino. Aquí, la dirección se invierte, y el proceso lleva ahora de vuelta desde las determinaciones abstractas de la forma real del punto de partida hasta su

⁴⁷ Hay polémica acerca de si se trata de la introducción general suprimida de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* o, según plantea por ejemplo Curi (1982), es una introducción que forma parte de los *Grundrisse* de Marx ([1953] 1997).

existencia concreta actual. Solo entonces, como resultado de este doble recorrido, es posible retornar a la forma concreta de la cual se arrancó, no ya como una caótica confluencia de formas abstractas, sino como un concreto pleno de determinaciones.⁴⁸

Las dos fases del recorrido que plantea Marx conforman una unidad insoluble. En la primera fase, el análisis, todavía no se logra avanzar “ni un ápice” en el conocimiento de la forma concreta real del punto de partida y, sin embargo, es un recorrido igualmente necesario para encontrar la “punta del ovillo” (las determinaciones más simples), a partir de la cual se invierte la dirección del camino y se da inicio a la segunda fase.⁴⁹ Estrictamente en esta segunda parte del recorrido es donde el pensamiento va acompañando el despliegue de las determinaciones de su objeto.

El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron a surgir los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple –trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio– hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, la unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y la representación. En el primer camino, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento (Marx [1953] 1997: 21).

⁴⁸ Para una exposición orgánica del método de Marx, véase Iñigo Carrera (2003: caps. 7 y 9; 2007).

⁴⁹ Sin duda, el modo de exposición debe distinguirse formalmente del modo de investigación. La investigación tiene que apropiarse la materia en detalle, analizar sus distintas formas de desarrollo y desarrollar su hilo interno. Solo después de completada esta labor puede volverse a presentar adecuadamente el movimiento real. Logrado esto, y si se refleja pues idealmente la vida de la materia, puede parecer que se está ante una construcción a priori” (Marx [1873] 1898: 14).

Aquella primera fase analítica del recorrido, es decir, el proceso que se remonta desde la apariencia concreta de las acciones económicas de los individuos hasta sus determinaciones más simples, conduce a Marx –pasando por las clases sociales, el capital, el trabajo asalariado, el dinero, etc.– hasta la mercancía. Por un lado, visto exteriormente, mediante nuestra percepción inmediata, es posible advertir que el mercado y, por ende, la mercancía, es la forma en que hoy la población resuelve la producción y el consumo social. Por el otro lado, si quisiéramos explicar qué significa esta forma de organización a través del mercado y por qué, es decir, cuál es su razón de existencia, deberíamos avanzar sobre las determinaciones de la mercancía misma. En dicho desarrollo, Marx se enfrenta, en primer lugar, a que la mercancía está determinada como un valor de uso, es decir, que presupone la existencia del valor de uso, entendido como la aptitud material de la mercancía para satisfacer necesidades humanas. Este carácter material de la mercancía es un atributo genérico que comparte con todos los bienes, en todo tiempo y lugar, más allá de cómo se organiza la población para resolver la unidad de la producción y el consumo social (por ejemplo, familia, feudo, mercado) e independientemente de si han implicado mucho, poco o nada de trabajo en su elaboración. En segundo lugar, Marx señala que la mercancía no se agota en aquella aptitud, sino que, además, está determinada como portadora de valor de cambio y, *a fortiori*, de valor.⁵⁰ Este otro atributo, la *cambiabilidad*, sí es específico y distingue a la mercancía de los simples bienes. De este modo, es en la forma mercancía donde se presenta el quiebre que constituye el punto de partida específico del modo de producción actual. Allí está también, entonces, el quiebre entre la primera fase analítica del recorrido y su segunda fase de reproducción de lo concreto y, por lo tanto, el punto de partida de la exposición. Si quisiéramos explicar de antemano por qué la mercancía ha de ser el punto de partida caeríamos en una contradicción insalvable, pues entonces el punto de partida sería esa otra explicación y no la mercancía. Por lo tanto, la exposición debe comenzar por la forma más exterior e inmediatamente observable de la mercancía,⁵¹

⁵⁰ “Los valores de uso forman el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de esta. En el tipo de sociedad que nos proponemos estudiar, los valores de uso son, además, el soporte material del valor de cambio” (Marx [1867]1968: 4).

⁵¹ El contraste entre un comienzo a partir de axiomas, supuestos y/o definiciones, respecto de la simple observación inmediata de Marx en *El Capital*, es notorio: “La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos *aparece* como un “inmenso arsenal de mercancías” y la mercancía como su forma elemental. Por eso, nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía” (Marx [1867]1968: 3, resaltado nuestro).

y solo como resultado del desarrollo de sus determinaciones será posible contestar por qué constituye el punto de partida de la investigación y por qué, entonces, se nos presentó, en su inmediatez, como la forma elemental de organizarse actualmente la “población”.⁵²

Por otro lado, Marx se encarga de aclarar que, en todo momento, tanto cuando se va desde el objeto concreto hasta sus formas más simples, como cuando se retorna desde estas hasta aquel, no se trata de un proceso de análisis (y de síntesis) de carácter lógico o formal. Por el contrario, plantea Marx, en la “reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento” no hay más guía que la pregunta por las determinaciones que aquel concreto del cual partimos lleva en sí.

He aquí por qué Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se concentra en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento solo la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo. Por ejemplo, la categoría económica más simple como, por ejemplo, el valor de cambio, supone a la población, una población que produce en determinadas condiciones, y también un cierto tipo de sistema familiar, o comunitario o político, etc. Dicho valor no puede existir jamás de otro modo que bajo la forma de relación unilateral y abstracta de un todo concreto y viviente ya dado. *Como categoría, por el contrario, el valor de cambio posee una existencia antediluviana* (Marx [1953] 1997: 21-22, resultado nuestro).

Entonces, cuando Marx afirma que para comprender en qué consiste el capital primero hay que comprender la mercancía, no es por la existencia de una relación de prelación lógica o ideal de nuestro pensamiento. Ya en 1847,

⁵² Este es el contenido concreto de lo que señalábamos en nuestra introducción acerca del punto de partida de los sistemas teóricos. Allí remarcábamos que son los *principios generales* los que delimitan el *ámbito de investigación* y no a la inversa. Esto es, el propio desarrollo de las determinaciones de la mercancía, el dinero, el capital, etc., nos muestra que la investigación que parecía estar destinada a comprender el movimiento “económico” de la “población” en general, trata, en verdad, de un modo histórico particular de producción, el capitalismo.

Marx había escrito la *Miseria de la filosofía*, donde realiza una profunda crítica al “método absoluto” que sustituye la necesidad real de lo concreto por una necesidad ideal, por una “lógica”.

¿Es de extrañar que, en último grado de abstracción –*porque aquí hay abstracción y no análisis*–, toda cosa se presente en forma de categoría lógica? Es de extrañar que, eliminando poco a poco todo lo que constituye la individualidad de una casa y haciendo abstracción de los materiales que la componen y de la forma que la distingue, lleguemos a obtener solo un cuerpo en general; que, haciendo abstracción de los límites de ese cuerpo, no tengamos como resultado más que un espacio; que haciendo, por último, abstracción de las dimensiones de este espacio, terminemos teniendo únicamente la cantidad pura, la categoría lógica? [...] Así, los metafísicos, que haciendo estas abstracciones creen hacer análisis, y que apartándose cada vez más de los objetos creen aproximarse a ellos y penetrar en su entraña, esos metafísicos tienen, según creen, todas las razones para decir que todas las cosas de nuestro mundo son bordados cuyo cañamazo está formado por las *categorías lógicas* (Marx [1847] 1973: 72, resaltado nuestro).

El principal problema de este método absoluto es que, “aunque sea molesto reconocerlo, recibe únicamente un impulso desde el exterior”.⁵³

¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto. ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. ¿Cómo hace la razón para afirmarse, para presentarse en forma de una categoría determinada? Esto ya es cosa de la razón misma y de sus apologistas (Marx [1847] 1973: 74).

A lo largo de todo el proceso de análisis y síntesis, el objeto es siempre la forma concreta inicial. Cuando llegamos a la mercancía, luego al dinero, al capital, etc., se trata de las determinaciones más simples y generales de la población, no de otras formas concretas que exteriormente “definen”, “condicionan” o “influyen” a la forma concreta del punto de partida. Por lo tanto, no solo que el método planteado por Marx no responde a una

⁵³ Marx ([1857-1858] 1989: 22).

necesidad lógica de la “idea”, sino que tampoco se trata de la sucesión histórica de las distintas formas que se atraviesan en el proceso de reproducción ideal de lo concreto.

Pero estas categorías simples, ¿no tienen una existencia histórica o natural autónoma, anterior a las categorías concretas? Ça dépend. Por ejemplo, Hegel tiene razón en comenzar la Filosofía del derecho con la posesión, ya que constituye la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión antes de la familia o de las relaciones de dominación y servidumbre, que son relaciones mucho más concretas. [...] [Pero] no es exacto que la posesión evolucione históricamente hacia la familia. Por el contrario, ella presupone siempre esta “categoría jurídica más concreta”. Sin embargo, quedaría siempre en pie el hecho de que las categorías simples expresan relaciones en las cuales lo concreto no desarrollado pudo haberse realizado sin haber establecido aún la relación o vínculo más multilateral que se expresa espiritualmente en la categoría más concreta; mientras que lo concreto más desarrollado conserva esta misma categoría como una relación subordinada. El dinero puede existir y existió históricamente antes que existiera el capital, antes que existieran los bancos, antes que existiera el trabajo asalariado. [...] Pero de ninguna manera impregna todas las relaciones económicas. Por ejemplo, el impuesto en especie y las prestaciones en especie continuaron siendo el fundamento del Imperio romano en su punto de mayor desarrollo. Allí, el sistema monetario propiamente dicho solo se había desarrollado completamente en el ejército. Jamás llegó a dominar en la totalidad de la esfera del trabajo. De modo que, aunque la categoría más simple haya podido existir históricamente antes que la más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo ella puede pertenecer solo a una forma social compleja (Marx [1953] 1997: 22-24).

Lo anterior implica que, en algunos casos, las determinaciones más simples contenidas en una forma concreta pueden realizarse históricamente como tales formas simples, previa o paralelamente a sus propias formas más desarrolladas. Mientras que, en otros casos, las determinaciones más simples solo se presentan como formas abstractas, o sea, solo se realizan como determinaciones más generales de formas concretas más desarrolladas. De todos modos, en ningún caso es posible frenar el despliegue del recorrido desde las formas más simples del objeto hasta sus formas más desarrolladas. Aunque parezca obvio, quien se detenga en las determinaciones generales, por más que tengan una existencia histórica

concreta por sí mismas, también se está deteniendo en una apariencia. Esto es, no se trata de un “proceso histórico” en el que, por ejemplo, la producción de simples mercancías se transforma luego en acumulación de capital. Por el contrario, solo en el capitalismo el producto del trabajo toma la forma general de mercancía y, por lo tanto, las mercancías *siempre* tienen su valor determinado bajo la forma concreta de precio de producción. La forma mercancía, previamente al capitalismo, es una mercancía “fortuita”, intersticial, sin movimiento necesario.⁵⁴ En este sentido, la mercancía del primer capítulo de *El Capital* en todo momento es, en verdad, una mercancía-capital (y su valor, ya desde el punto de partida, está determinado como precio de producción), solo que es imposible enfrentarnos a esta determinación más concreta sin primero analizar y reproducir su determinación simple de valor y, a partir de esto, al capital (*valor que se valoriza*) como nuestra relación social general.⁵⁵ De este modo, el precio de producción solo existe como la forma concreta en que el capital se afirma como el sujeto concreto de la producción y el consumo social, borrando toda diferencia cualitativa que provenga de condicionamientos particulares surgidos por el carácter técnico específico de las distintas ramas de producción.⁵⁶ El precio de producción es, entonces, el modo concreto en que se sintetiza la organización indirecta de la producción y el consumo social en el capitalismo y, por tanto, la forma en que existe el valor de las mercancías. A la inversa, el valor es la determinación más simple de los precios de producción. Si el proceso de acompañamiento ideal de las determinaciones se hubiera detenido antes de que el valor se realice como precio de producción, se hubiera detenido en una apariencia impotente para apropiarse del más mínimo movimiento

⁵⁴ “La mercancía, como forma elemental de la riqueza burguesa, era nuestro punto de partida, la premisa de la génesis del capital. En cambio, las mercancías se presentan ahora como el producto del capital [...] Por lo demás, el intercambio de mercancías desarrollado y la forma de la mercancía como forma social, necesaria y general del producto mismo, son tan solo el resultado del modo capitalista de producción” (Marx, 2001: 109).

⁵⁵ “La tarea de la ciencia consiste, concretamente, en explicar cómo se manifiesta la ley del valor. Por tanto, si se quisiera «explicar» de golpe todos los fenómenos que aparentemente se contradicen con la ley, habría que hacer que la ciencia antecediere a la ciencia. Esta es justamente la equivocación de Ricardo cuando, en su primer capítulo sobre el valor, supone dadas todas las categorías posibles, que deben ser aún desarrolladas, para demostrar su conformidad con la ley del valor” (Marx y Engels [1934] 1947: 264).

⁵⁶ Que se expresan, a su vez, como diferencias en la composición orgánica de los capitales individuales de cada rama de la producción, y en la distinta velocidad de rotación del capital adelantado en ellas (véase Marx [1894] 1968: Secciones I y II).

concreto de la acumulación de capital. A su vez, si se intenta arrancar el proceso de conocimiento por los precios de producción, y desde ahí directamente hacia sus formas concretas (por ejemplo, precios comerciales) se caería en la apariencia inversa. Primero, porque debe separarse a los precios de producción de todas las determinaciones que en él se sintetizan, por tanto, debe convertírsele en una abstracción unilateral, una “categoría” y, segundo, porque así invertidos, los precios de producción son incapaces de enfrentarnos a su razón de ser y, con ello, a su propio movimiento.

Lo que no revela la competencia es la determinación del valor que domina el movimiento de la producción; son los valores que se hallan detrás de los precios de producción y en última instancia los determinan. La competencia revela, por el contrario: 1) las ganancias medias, las cuales son independientes de la composición orgánica del capital en las distintas ramas de producción y también, por lo tanto, de la masa de trabajo vivo que un capital dado puede apropiarse en una determinada rama de explotación; 2) el alza y la baja de los precios de producción como consecuencia del cambio operado en cuanto al volumen del salario, fenómeno que a primera vista contradice totalmente el de la proporción de valor entre las diversas mercancías; 3) las fluctuaciones de los precios comerciales, que reducen el precio comercial medio de las mercancías en un período de tiempo dado, no al valor comercial, sino a un precio de producción que difiere de este valor comercial y es muy distinto de él. Todos estos fenómenos parecen contradecir tanto a la determinación del valor por el tiempo de trabajo como a la esencia de la plusvalía en cuanto formada por trabajo sobrante no retribuido. Por consiguiente, en el mundo de la competencia todo se presenta invertido. La forma exterior de las relaciones económicas, tal como se presentan en la superficie de los fenómenos, en su existencia real y también, por tanto, en las ideas con que los representantes y los agentes de estas relaciones pretenden ver claro en ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interior, aunque oculta, y al concepto que a ella corresponde. (Marx [1894] 1968: 210).

Por todo lo anterior, el camino que lleva de las formas abstractas, es decir, de las determinaciones más simples, a determinaciones cada vez más concretas de la forma real inicial que se intenta conocer, no responde a la sucesión lógica de la “idea”, pero tampoco a su sucesión cronológica. Se trata de su articulación general de acuerdo a la determinación actual del concreto estudiado.

Como en general en toda ciencia histórica, social, al observar el desarrollo de las categorías económicas hay que tener siempre en cuenta que el *sujeto* –la moderna sociedad burguesa en este caso– es algo dado tanto en la realidad como en la mente, y que las categorías expresan por lo tanto formas de ser, determinaciones de existencia, a menudo simples aspectos de esta sociedad determinada, de este *sujeto*. [...] Nada parece más natural, por ejemplo, que comenzar por la renta del suelo, la propiedad de la tierra, desde el momento que se halla ligada a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, así como a la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos estabilizadas: la agricultura. Y, sin embargo, nada sería más erróneo. [...] La industria depende completamente de la agricultura [...] entre los antiguos romanos, o bien, como en el Medievo, reproduce en la ciudad y en sus relaciones la organización rural. En la sociedad burguesa ocurre lo contrario. No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo. *El capital* es la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa. *Debe constituir el punto de partida y el punto de llegada*, y debe considerársele antes que la propiedad de la tierra (Marx [1953] 1997: 27-28, resaltado nuestro).

En consecuencia, sería impracticable y erróneo alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. *Su orden de sucesión está, en cambio, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la moderna sociedad burguesa*, y que es exactamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso del desarrollo histórico (Marx [1953] 1997: 28-29, resaltado nuestro).

Con todo esto, si bien no consideramos, ni por lejos, haber agotado la exposición del método planteado por Marx, sí podemos sintetizar algunos elementos claves para la presente investigación.

3.2. Claves metodológicas para el abordaje del esquema micro-macro

El primer elemento que se deduce del desarrollo anterior –y el más importante– consiste en una profunda reconsideración de la naturaleza misma del proceso de conocimiento. A la luz de lo reseñado, en la crítica de la economía política de Marx, *las categorías fundamentales de una teoría económica no son ni formas históricas primitivas ni formas puramente ideales que preceden lógicamente al resto del desarrollo. El único contenido real que esas categorías fundamentales pueden encerrar, siguiendo a Marx, es el de expresar idealmente las determinaciones más simples (y en ese sentido más abstractas,*

más generales) de la forma concreta que intentamos conocer y que tomamos como punto de partida.

El problema reside en que, concebidas como “categorías fundamentales” carecen de contradicción, de movimiento propio que podamos acompañar idealmente en el despliegue a través de sus distintas formas concretas. Como “categorías fundamentales” no son la realización de ninguna determinación y, por lo tanto, no tienen ninguna determinación a realizar, son solo afirmaciones inmediatas. Como “categorías fundamentales” pueden ser “definidas”, y cada teórico podrá combinar ciertas definiciones de algunas categorías con ciertas definiciones de otras. Como tales categorías ideales, pueden también transformarse en “supuestos”, dándoles a los economistas la posibilidad de “elegir” cuáles han de mantener y cuáles deciden levantar frente a cada problema particular.⁵⁷

Un segundo elemento clave que surge del apartado anterior consiste en la necesidad de releer críticamente el papel que juega la distinción entre el “sistema económico” y las “unidades individuales”, o de la “economía en su conjunto” frente a los “mercados particulares”, es decir, entre el “todo” y las “partes”, como criterio de demarcación de la macro y la micro. Como se adelantó en la Introducción, si los puntos de partida de los distintos sistemas teóricos encierran una unidad, esta reside en la pregunta acerca

⁵⁷ Aquí, cabe detenerse en Hegel y su crítica profunda al conocimiento basado en definiciones de categorías: “Pero la definición, como el primer concepto, que todavía no está desarrollado, por cuanto tiene que comprender la simple determinación del objeto, y por cuanto este comprender tiene que ser algo inmediato, no puede emplear en esto sino una de las llamadas propiedades inmediatas del objeto, es decir, una determinación de la existencia sensible o de la representación. La separación de esta propiedad realizada por medio de la abstracción, constituye entonces la simplicidad; y, respecto a la universalidad y la esencialidad, el concepto se remite a la universalidad empírica, a la persistencia bajo circunstancias modificadas, y a la reflexión, que busca la determinación del concepto en la existencia exterior y en la representación, es decir, allí, donde no puede encontrársela. Por consiguiente, el definir renuncia, también por sí mismo, a las verdaderas determinaciones del concepto, que serían esencialmente los principios de los objetos, y se conforma con características, es decir, determinaciones, en que la esencialidad es indiferente para el objeto mismo, y que más bien tienen solo el fin de ser contraseñas para una reflexión extrínseca. Una determinación así, particular, extrínseca, es demasiado inadecuada para la totalidad concreta y la naturaleza de su concepto, como para poderla elegir por sí misma y como para poder admitir que un todo concreto tenga en ella su verdadera expresión y determinación”. (Hegel [1812] 1993: 524-525). Por otra parte, reconocer a las formas más abstractas del objeto no como “categorías” sino como “conceptos” puede inducir a interpretar que no se está frente a la reproducción de lo concreto por el pensamiento, sino ante una construcción cuya necesidad es ideal (lógica). De todos modos, aquí nos contentaremos con la observación de que el contenido real que encierran los “conceptos fundamentales” referidos en el presente trabajo, no es otro que el de ser las determinaciones más simples y generales del objeto concreto del cual partimos: la organización de la producción y el consumo social en la actualidad.

de cómo se organiza actualmente la producción y el consumo social.⁵⁸ A su vez, de acuerdo con lo desarrollado en el apartado anterior, esta organización es una caótica yuxtaposición de relaciones si no nos remontamos sobre sus formas más simples. Esta primera fase del camino que procede hacia atrás o, mejor dicho, hacia “adentro” del concreto del cual partimos, nos lleva hacia las clases sociales, de ahí al capital y al salario que, a su vez, presuponen el dinero y este a la mercancía. Por lo tanto, la pregunta de qué es el capitalismo, su necesidad y sus leyes de movimiento es, al mismo tiempo, la investigación de las determinaciones de la mercancía y, por lo tanto, del valor, el valor de cambio y los precios. Marx señalaba esto en relación con el significado histórico de la obra de Ricardo:

La base, el punto de partida para la fisiología del sistema burgués –para la comprensión de su coherencia orgánica interna y sus procesos vitales– es la determinación del valor por el tiempo de trabajo. Ricardo parte de ahí, y obliga a la ciencia a salir de sus carriles, a explicar la medida en que las otras categorías –las relaciones de producción y comercio– desarrolladas y descritas por ella corresponden a dicha base, a ese punto de partida, o lo contradicen; a aclarar hasta qué punto la ciencia, que en rigor solo refleja y reproduce las formas manifiestas del proceso, y por lo tanto hasta qué punto estas manifestaciones mismas corresponden a la base sobre la cual se apoya la coherencia interna, la fisiología real de la sociedad burguesa, o la base que constituye su punto de partida; y en general, a examinar cómo están las cosas en lo que se refiere a la contradicción entre el movimiento aparente del sistema y su movimiento real (Marx [1859] 1974: 141).

Visto del otro lado, ya desde el punto de partida mismo de la exposición, esto es, en el análisis de la forma mercancía, lo que se tiene es una investigación sobre las necesidades y las potencias del sistema capitalista. Solo que desde sus apariencias caóticas, desde la multiplicidad de fenómenos e interrelaciones que saltan a la vista de inmediato, es necesario remontarse

⁵⁸ “La economía política se ocupa de explicar cómo se consume en la producción de mercancías la unidad de sus dos momentos esenciales [el natural y el social]; cuáles son por consiguiente los principios económicos que en esta sociedad particular gobiernan el proceso de reproducción social; cómo varían esos principios en las distintas etapas de desarrollo capitalista; y, por fin, cuáles son las leyes de transformación y por tanto de existencia histórica de este sistema” (Levín, 2003: 1).

hasta sus determinaciones más simples y, por lo tanto, más abstractas y generales. De modo que, así, sea posible reproducir idealmente el desarrollo de esas formas reales, paso a paso, tratando de evitar saltos que fueren la incorporación de elementos exteriores, tomados de la observación inmediata, y que todavía no han podido explicarse.

Por todo esto, en el doble recorrido que va desde el concreto inmediato hasta sus determinaciones generales, para después acompañar el despliegue de estas en sus formas particulares necesarias, no hay lugar para exterioridad alguna entre el sistema y su movimiento concreto. Es una y la misma pregunta la que atraviesa todo el proceso, de modo que no hay determinación del sistema que no se exprese mediante el movimiento de sus formas concretas ni, a la inversa, movimiento de estas que no esté expresando las potencias del sistema. Por lo tanto, todo sistema comprende tanto a las leyes de movimiento más abstractas y generales como a los elementos concretos individuales en los que aquellas toman cuerpo. *En este sentido, el reclamo por “articular”, por un lado, al “todo”, y por el otro, a sus “partes”, se apoya en la presuposición de que, primero, cada uno de estos polos tiene existencia por sí mismo y que, luego, han de ponerse en relación.*⁵⁹

Esta exterioridad se reproduce con la división micro-macro, pues consiste en afirmar una teoría para las “partes”, y otra para el “todo”, para recién después indagar sobre su conexión.⁶⁰ Por lo tanto, la compartimentación implica representarse a ambos polos de la relación como simples afirmaciones inmediatas, subsistentes por sí mismas o, en todo caso, como si se tratara de una relación despreciable. Como ya analizamos, nada de esto se resuelve, aunque así lo pretenda la opción de los microfundamentos, al insertar inmediata y acriticamente la teoría de las “partes” en la teoría

⁵⁹ Hegel señalaba ya en su Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas la crítica de esta forma exterior de la relación y su contradicción: “La relación inmediata es la del todo y las partes; el contenido es el todo y consiste en las partes (en la forma) que son lo opuesto a él. Las partes son distintas entre sí y son lo autosuficiente. Pero son solamente partes por su mutua referencia idéntica o, en tanto que tomadas juntamente, constituyen el todo. Pero el conjunto es lo contrario y [la] negación de la parte. [...] La relación del todo con las partes es la relación inmediata y es, por consiguiente, la relación carente de pensamiento y la conversión de la identidad consigo en la variedad. Se pasa del todo a las partes y de las partes al todo y al mismo tiempo se olvida la oposición a lo otro por cuanto cada uno (una vez el todo, otra vez las partes) se toma de suyo como existencia autosuficiente” (Hegel [1817] 1974: 227).

⁶⁰ “La “micro” y la “macro” son igualmente incapaces de concebir las partes del sistema como subsistemas, y de representarse el sistema como una totalidad concreta. El concepto de este es, sin embargo, el principal activo teórico que los economistas debieran reclamar” (Levin, 2010b: 9).

del “todo”, como si se tratara de piezas independientes a encastrar en un mecanismo.⁶¹

Reuniendo los dos elementos identificados hasta aquí, podemos abordar una tercera reflexión para la presente investigación. Primero, vimos cuál es el contenido real que pueden encerrar las “categorías fundamentales” de una teoría. Luego, señalamos la desconexión entre las determinaciones generales y sus formas concretas que está presupuesta en la definición canónica de la división micro-macro. Nos resta ahora retomar un aspecto presente en las definiciones que llamamos cualitativas, referido al tratamiento del dinero en la teoría económica moderna.

El propio Friedman reconocía que la verdadera partición de aguas no residía entre el estudio de “lo individual” frente al del proceso en “gran escala”, sino entre la teoría de los precios, por un lado, y la teoría monetaria, por el otro. Este aspecto de las definiciones cualitativas proviene del debate entre Keynes y la ortodoxia marginalista personificada, sobre todo, en Marshall, pero que prosiguió luego con la síntesis neoclásica. Como se recordará, la crítica de Keynes incluía, entre otras cosas, la objeción de que la ortodoxia económica de su momento separaba de su teoría del valor el análisis de los fenómenos monetarios para abordarlos luego en un “segundo tratado”. Posteriormente, los intentos de la economía moderna en pos de unificar lo “monetario” y lo “real” giraron, como vimos en el capítulo anterior, alrededor de qué *definición* de dinero debe adoptarse, y si los *supuestos* implícitos en dichas definiciones son lícitos o no para cada problema particular que se investiga (por ejemplo, precios relativos, nivel general de precios, etcétera).

De forma opuesta a todos esos abordajes, en el método de la economía política de Marx, cada “categoría” es, en verdad, una forma real sobre la que debe desplegarse el proceso de conocimiento. Este proceso consiste en reproducir idealmente las determinaciones del objeto y, siguiendo a Iñigo Carrera (2003: 274), “no tiene más modo de proceder que haciéndole rendir cuentas a cada forma concreta real por la necesidad que lleva en sí como ya

⁶¹ Prosiguiendo con la crítica de Hegel: “O también, debiendo subsistir las partes en el todo y debiendo consistir este en las partes, resulta entonces que unas veces lo que subsiste es lo uno y otras veces es lo otro, e igualmente cada vez lo otro de lo [que se considera] subsistente es lo inesencial. La relación mecánica en su forma superficial consiste generalmente en que las partes son como autosuficientes unas ante otras y frente al todo” (Hegel [1817] 1974: 227).

realizada, y a cada forma real abstracta por el desarrollo de la necesidad real que ella es”.

En este sentido, en *El Capital* no cabe la discusión en torno a qué definición se tiene del dinero, pues sus determinaciones más simples solo se comprenden a partir del análisis de la mercancía. La propia necesidad de existencia del dinero surge de las determinaciones de la forma mercancía. En particular, de su incapacidad para expresar inmediatamente su contenido en su propio cuerpo material, o aun como simple objeto cambiante. Esto es, las determinaciones propias de la mercancía encontradas mediante el análisis (ser un valor de uso en el que materializa valor, producto del trabajo privado en el que se materializa trabajo social, y de un trabajo concreto en el que se materializa el trabajo abstracto) no pueden afirmarse, realizarse, sin transformarse en dinero. Como planteó Marx en la polémica con Proudhon acerca de la viabilidad de sustituir el dinero por bonos-horarios,⁶² si fuera posible especificar el trabajo socialmente necesario contenido en cada producción, entonces no habría necesidad, ni manera, de que esos productos adopten la forma de mercancía. Los productos del trabajo toman la forma de mercancía, justamente, porque el carácter social de dichos trabajos no puede aparecer directamente al momento de producir, ya que es realizado por productores privados e independientes entre sí. A la inversa, para que se pudiera conocer cuánto trabajo socialmente necesario contiene cada producto, sería preciso organizarlo en forma directamente social. Pero, de nuevo, si existiera esa coordinación social directa del trabajo, ya no sería necesario que el mercado regule la producción y el consumo ni, por tanto, que el producto tome la forma de mercancía. Otro tanto sucede con el trueque. Dado que los atributos propios que la mercancía realiza en el cambio son de carácter social general (valor, trabajo humano abstracto, trabajo social), no pueden expresarse plenamente sin desarrollar una forma social general del cambio.⁶³ Esto implica, a su vez, que el dinero no surge porque en su naturaleza material, o por su “definición”, tiene la potencialidad de resolver la contradicción que él es en tanto mercancía. Es al revés. El dinero es la forma en que el mundo de las mercancías resuelve su contradictoria necesidad de existir, de modo que, negación de la negación, el dinero presenta la

⁶² Véase Marx ([1953] 1997: 61-83).

⁶³ Véase Marx ([1867] 1968: cap. I, epígrafe 3).

aparición invertida de ser inmediatamente valor, trabajo social y trabajo humano abstracto, justamente, debido a su incapacidad para expresar su propia condición de mercancía. En otras palabras, no es que el dinero es en sí mismo valor, sino que *no puede mostrar que no puede mostrar* su valor, porque es la forma en que el mundo de las mercancías resuelve su expresión de valor. En este sentido, Marx plantea que “a la par que los productos del trabajo se convierten en mercancías, se opera la transformación de la mercancía en dinero” ([1867] 1968: 50).

Con todo esto, la posibilidad de desarrollar una ley del valor de las mercancías para una economía de trueque, para luego investigar, por separado, los efectos de la inclusión del dinero no es un problema de qué definición de dinero debemos adoptar en cada instancia de la investigación, sino que el problema ya está en haber definido a la mercancía exteriormente, sin enfrentarnos a su contenido y, por lo tanto, a su necesidad de determinarse como dinero. En los manuales de economía moderna, cuando no se lo incorpora simplemente como una mercancía común que, utilizada como numerario, permite introducir una ecuación auxiliar necesaria para el cierre de un sistema de ecuaciones, la cuestión de por qué es necesario el dinero queda liquidada rápidamente. Se trata de un invento práctico de los individuos para aceptar el intercambio y evitar los engorros del trueque. Luego, cuando llega el momento de detallar en qué consiste el dinero, su definición es generalmente una lista de sus “funciones” o “propiedades”: patrón de cuenta, medio de cambio, reserva de valor, etc. ¿Pero de dónde salen estas propiedades del dinero y por qué?

Algo similar puede decirse de las discusiones acerca de la definición de dinero que corresponde adoptar, por un lado, al analizar el intercambio concreto de las mercancías (precios relativos) y, por el otro, cuál al momento de investigar el aumento o la disminución de papel moneda o signos de valor (nivel general de precios). O si la definición debe ser tal que explique ambos problemas. Desde el vamos, la propia forma de esos planteos ya implica haber roto la ligazón necesaria entre dinero y mercancía, es decir, entre el dinero y sus propias determinaciones generales, tornándolo, así, en una abstracción.⁶⁴ Por lo mismo, toda la discusión acerca de cuánta información poseen los productores de mercancías al momento del cambio y, por lo tanto,

si tienen o no la capacidad de poner conscientemente en funcionamiento la ley del valor y, con ella, el equilibrio de los mercados, está ya contenida, en su forma más simple, en el análisis de la forma mercancía.⁶⁵ El verdadero desafío científico es avanzar sobre la base de esas determinaciones más simples, acompañando su desarrollo a través de sus múltiples formas concretas, para apropiarnos, así, del movimiento general de los precios y de los signos de valor. Aun cuando esto implique atravesar formas necesarias de la determinación en juego que parezcan entrar en contradicción con las apariencias inmediatas de la acumulación de capital.⁶⁶

⁶⁴ “La exposición científica que arranca de las categorías más abstractas para elevarse al todo concreto no requiere de esta artificial división [entre microeconomía y macroeconomía]. Pero para hallar la conexión interna necesaria entre las categorías es menester reconocer la forma de valor que asume el producto del trabajo humano en una sociedad en la que el trabajo social existe como trabajo privado independiente, es decir, dar cuenta del carácter de valor, de la cristalización de trabajo humano abstracto en la mercancía” (Kicillof, 2002a: 20).

⁶⁵ Anteriormente señalamos que la discusión moderna sobre los efectos del dinero en el equilibrio entre oferta y demanda, y de ahí a la validez del supuesto de pleno empleo permanente, no podía resolverse empíricamente (véase apartado 2.3.1). Allí remarcamos que era necesario remontarse hasta los principios fundamentales de la teoría marshalliana y la keynesiana, es decir, hasta sus análisis de la forma mercancía. Respecto de esto, cabe destacar la siguiente afirmación de Marx: “La antítesis, que lleva implícita la mercancía, de valor de uso y valor, de trabajo privado, que se ve al mismo tiempo obligado a funcionar como trabajo directamente social; de trabajo determinado y concreto, cotizado a la par como trabajo general abstracto; de personificación de las cosas y materialización de las personas, esta contradicción inmanente, asume sus formas dinámicas más completas en los antagonismos de la metamorfosis de las mercancías. Por eso estas formas entrañan la posibilidad, aunque solo la posibilidad, de crisis. Para que esta posibilidad se convierta en realidad, tiene que concurrir todo un conjunto de condiciones que no se dan todavía, ni mucho menos, dentro de la órbita de la circulación simple de mercancías” (Marx [1867] 1968: 73).

⁶⁶ “[...] Toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de estas coincidiesen directamente” (Marx [1894] 1968: 757).

4. Una relectura de la unidad de la teoría económica dominante

Después de indagar, en el primer capítulo, acerca de la forma actual de la separación micro-macro, y de cómo opera para tratar de blindar al sistema marginalista con una imagen de unidad teórica, nos abocamos a mostrar hasta qué punto los debates que suscitaron la compartimentación no se encuentran saldados. Con este objetivo, en la primera parte del segundo capítulo avanzamos sobre el origen y consolidación del desdoblamiento, partiendo de un enfoque teórico de la historia del pensamiento económico. Allí encontramos que la compartimentación actual de la teoría económica dominante sigue respondiendo a la fractura que produjo la crítica de Keynes. A partir de esta crítica se minimizó la relevancia y, a la vez, se aceptó la supervivencia en el compartimento microeconómico de los modelos de equilibrio de los pioneros del marginalismo y también, olvidados detrás de estos modelos, de sus planteos más profundos. Por la otra parte, los modelos orientados a representar las relaciones entre las principales variables de las economías nacionales dieron cuerpo al compartimento macroeconómico. Se señaló que la producción teórica moderna siguió girando, hasta hoy, en torno a modelizaciones que reproducen la bifurcación. En este marco, los modelos de la síntesis que, alejándose del planteo keynesiano, subrayaban la capacidad de autoajuste del mecanismo de mercado tendieron a consolidar la definición “natural” de la división micro-macro. Mientras que luego, y por caminos opuestos, tanto los “desequilibristas” como los “nuevos clásicos” consideraron necesaria una reformulación de la compartimentación. Los primeros intentaron refundar una microeconomía compatible con la *Teoría general* por fuera del marco del equilibrio general, aunque no han atinado a ir más allá de la incorporación de nuevos tipos de imperfecciones y fallas de coordinación puntuales. Los nuevos clásicos, por su parte, descartaron toda la macro de inspiración keynesiana (aun a la síntesis neoclásica), para construir una macroeconomía a imagen y semejanza de la microeconomía “clásica”.

Luego, en la crítica preliminar de la última parte del segundo capítulo, a modo de conclusiones parciales pudimos poner de relieve la “esquizofrenia”

que caracteriza a la estructura actual de la teoría económica dominante. Su desarrollo, en definitiva, ha tomado cuerpo en la convivencia en paralelo de dos teorías distintas sobre el mismo objeto, con resultados incompatibles entre sí, cuya unidad no es más que la forma moderna de abordar las fluctuaciones cíclicas de la acumulación de capital, con una teoría para los períodos de “normal” desenvolvimiento, y con otra distinta en la recesión y la crisis. La microeconomía (y también la macroeconomía del agente representativo) parece relevante para los períodos normales o de crecimiento, y la macroeconomía filokeynesiana, para los períodos de crisis manifiesta. La compartimentación es la forma en que la teoría económica dominante aborda el proceso de acumulación en su conjunto, sin enfrentarse a la necesidad de revisar su coherencia interna en la unidad de las dos fases del ciclo. Luego, se señaló que los intentos de “microfundamentar la macroeconomía” conservaban la doble mutilación del objeto, insertando acriticamente los elementos operacionales de comportamiento individual de la micro en el tratamiento de los agregados mediante la estratagema del agente representativo y de las expectativas racionales. Con esto, se lograba reactualizar la concepción del equilibrio permanente del sistema.

Pero la microeconomía y la macroeconomía no son solo eso. A partir del método de la economía política de Marx hemos señalado, en el tercer capítulo, algunas claves para intentar profundizar nuestra revisión crítica de la compartimentación. Allí, nos enfrentamos a una forma de abordar la acumulación de capital totalmente distinta a la que rige la teoría económica moderna. En vez de una demostración lógico-matemática de axiomas y/o supuestos fundamentales, nos enfrentamos a la pregunta por las determinaciones del capitalismo. Advertimos allí que este método recorre un doble camino. En primer término, consiste en un proceso de análisis que se pregunta por las determinaciones del concreto a investigar, hasta llegar a sus formas más simples. Una vez allí se da curso al acompañamiento ideal del despliegue de esas determinaciones simples en sus formas concretas y complejas, hasta volver al objeto del cual partimos, pero ahora como una síntesis de todas las determinaciones encontradas. Esto nos permitió, por un lado, enfrentarnos al contenido concreto de las denominadas “categorías fundamentales” en tanto determinaciones más simples y generales del modo de producción capitalista. Y así comprender, por el otro lado, a las formas de la acumulación como el modo en que aquellas determinaciones generales toman cuerpo.

Si reunimos los resultados alcanzados hasta el momento, consideramos que es posible avanzar un paso más en la relectura crítica de la división micro-macro. A riesgo de adelantar conclusiones, cabe remarcar que la pista no está en los defectos de ambos calabozos, sino, por el contrario, se encuentra en lo que, de acuerdo a sus orígenes, puede concebirse como el momento progresivo que cada compartimento encierra y que, a la vez, los trasciende como tales compartimentos.

4.1. La micro es la macro y la macro es la micro

En este apartado adoptamos un camino expositivo que, en una primera parte, aborda el contenido de la micro y, en una segunda parte, avanza sobre el contenido de la macro. Sin embargo, las diferentes contradicciones que se presentan en ambos compartimentos constituyen, en realidad, dos caras de la misma moneda, ya que responden a una sola y la misma inversión entre las determinaciones generales y sus formas concretas particulares de movimiento. Por lo tanto, cada una de las observaciones de nuestra crítica tiene expresión a ambos lados de la bifurcación. No obstante, hecha esta advertencia, consideramos que la estrategia expositiva utilizada tiene la virtud de posibilitar un desarrollo más detallado de cada uno de los elementos que la relectura propuesta encuentra en cada compartimento.

4.1.1. La micro es la macro

Lo que sigue a continuación no se propone ser un análisis exhaustivo de las teorías del valor del marginalismo, pues ello sobrepasaría largamente el alcance del presente trabajo. Sí se intenta demostrar que, a pesar del reduccionismo que necesariamente implica su “transformación” en microeconomía, dichas teorías representan un intento de preguntarse por la naturaleza del valor, por su sustancia y su origen, o sea, de develar el contenido de las formas económicas más simples del capitalismo. En este marco, los desarrollos originales de los fundadores de la corriente marginalista (en particular los de Walras y Marshall) cobran, a nuestro criterio, su verdadera trascendencia, pues al igual que sucede con Smith, Ricardo y Marx, se trata de un intento de explicar la razón profunda de la forma actual de organizarse el trabajo y el consumo social.

Walras y las determinaciones generales del sistema capitalista

El surgimiento de la teoría económica marginalista es objeto de controversia en la historiografía de la ciencia económica. Si bien la visión más generalizada es la que otorga el título de “padres fundadores” a León Walras, Stanley Jevons y Karl Menger,⁶⁷ existen también lecturas que consideran a Antoine Cournot, Jules Dupuit y Hermann Gossen,⁶⁸ entre otros, como los verdaderos pioneros del “nuevo enfoque”. La idea de una “revolución marginalista” a partir de las obras de los primeros tres autores mencionados (y el fenómeno asociado de “coincidencia espontánea”⁶⁹ entre ellos) es también una construcción *ex post* de la historia del pensamiento económico. Las distintas posiciones respecto de la fecha de origen y de su carácter (revolución, o cambio acumulativo) dependen, a su vez, de la concepción que se tiene acerca de cuáles son las notas definitorias de este nuevo sistema teórico. Como ya adelantamos, en nuestro caso, este posicionamiento solo puede desprenderse del análisis de la mercancía, en tanto problema unificador de todo sistema teórico en economía.

En este marco, Menger y, sobre todo, Jevons sostienen que el valor solo existe en el momento del intercambio, como un disfraz fugaz y efímero, con el que los individuos conscientemente envuelven a los bienes en el mercado. Cualquier noción de *valor intrínseco, absoluto*, es explícitamente descartada en esos dos autores.⁷⁰ En el caso de Walras, el planteo es de una profundidad

⁶⁷ Las obras referidas son: Elementos de Economía Política Pura, de León Walras, publicada originalmente en 1874 (en adelante Los elementos); La Teoría de la Economía Política, de Stanley Jevons, publicada en 1871; y Principios de Economía Política, de Karl Menger, también de 1871.

⁶⁸ AVéase Ekelund y Hébert (1992: caps. 12 y 13).

⁶⁹ Véase Blaug ([1962] 1985: 384 y ss.).

⁷⁰ Menger y Jevons son tajantes al respecto. “El carácter de mercancía no es una propiedad intrínseca del bien en cuestión, sino solo una especial relación de la misma hacia aquella persona que dispone de ella [...] Y así, un bien deja de ser mercancía en el instante mismo en que el sujeto económico que dispone de ella renuncia a su intención de venderla” (Menger [1871] 1985: 211). “El valor implica, de hecho, una relación; pero si es así, en modo alguno puede ser alguna otra cosa. Un estudiante de economía no tiene la menor esperanza de llegar a tener ideas claras y correctas de la ciencia si de algún modo piensa en el valor como una cosa o un objeto, o incluso como algo que yace en una cosa u objeto. [...] la palabra valor, en tanto pueda usarse correctamente, expresa simplemente la circunstancia de su intercambio en una cierta relación por alguna otra sustancia. El único remedio completo consiste en sustituir el peligroso término valor [...]. En esta obra, por consiguiente, prescindiré por completo del uso de esta palabra, y cuando, como sucederá a menudo en el resto del libro, necesite referirme al [...] a menudo llamado por los economistas valor de cambio utilizaré la completamente inequívoca expresión relación de intercambio” (Jevons [1871] 1998: 120-123). Por otro lado, efectivamente, si nos atenemos a nuestra percepción inmediata, el único lugar donde aparecen las mercancías y los valores de cambio es en el mercado.

mayor, por ello nuestra investigación gira en torno de su obra. De acuerdo con *Los elementos*, la utilidad y la escasez, sintetizadas en la *rarété*, son la *causa* del valor, esto es, lo que les da a los bienes el atributo de ser cambiables. De modo que en Walras no aparece tan claramente un rechazo al valor como una característica propia de cada mercancía.

Llamo riqueza social al conjunto de cosas materiales o inmateriales que son escasas, es decir, que por una parte son útiles y, por otra, existen a nuestra disposición en cantidades limitadas. [...] Las cosas útiles, limitadas en cantidad, son valiosas e intercambiables, como hemos visto. Una vez que las cosas escasas son objeto de apropiación (y solo ellas y todas ellas lo son), se establece entre las mismas una relación consistente en que, independientemente de la utilidad directa que tengan, cada una adquiere, como propiedad especial, la facultad de cambiarse entre sí en tal o cual proporción determinada (Walras [1874] 1987: 155 y 157).

El párrafo citado discute directamente con los análisis de la mercancía de los primeros capítulos de *La riqueza de las naciones* de Smith, o del capítulo primero de los *Principios de economía política y tributación* de Ricardo, y de *El Capital* de Marx. En todos estos desarrollos se despliega la búsqueda de la sustancia del valor, es decir, de su materialidad.

El valor de cambio, una vez que se ha determinado, posee el carácter de un fenómeno natural, natural en su origen, natural en su manifestación y natural en su esencia. Si el trigo y la plata tienen valor, es porque son escasos, es decir, útiles y limitados en cantidad, dos circunstancias naturales. Y si el trigo y la plata tienen un valor concreto cada uno en relación al otro, es porque son más o menos escasos respectivamente, es decir, más o menos útiles y más o menos limitados en cantidad; de nuevo dos circunstancias naturales (Walras [1874] 1987: 160).

Para Walras, entonces, el valor posee una materialidad de carácter natural. A su vez, y en esto coinciden los tres pioneros del marginalismo, la escasez que Ricardo mencionaba como criterio de valor para la insignificante porción de mercancías no multiplicables por el trabajo humano, se vuelve aquí una nota general de todo el mundo de las mercancías. Para el marginalismo, en cualquier instante, todas las mercancías son escasas en determinado grado respecto de las necesidades que contribuyen a satisfacer. La paradoja del agua y el diamante de Smith tiene, entonces, una nueva respuesta: no importa

solo la utilidad global contenida en la masa total de mercancías de cada clase, sino también su grado de escasez en relación con las necesidades que satisface. El concepto moderno que sintetiza ambas dimensiones del valor (utilidad y escasez) es el de *utilidad marginal*, y este es, entonces, el criterio para comprender por qué el agua es barata y los diamantes caros. Con esto, en el planteo marginalista se elimina la distinción entre valor y valor de uso, por lo menos en la forma típica en que aparecía en la economía política clásica de Smith y Ricardo.

Cabe notar que uno de los principales argumentos de batalla de esta etapa “heroica” del marginalismo consistió en reclamar, a partir del concepto de utilidad marginal,⁷¹ una mayor generalidad respecto de la economía política clásica en la determinación del valor. Según Walras, gracias a aquel concepto se explicaría la relación de intercambio de toda clase de bienes, sean frutos del trabajo o no. Y Walras hace ese reclamo de mayor generalidad no desde el punto de la mera aplicabilidad cuantitativa, sino desde el punto de vista de la determinación cualitativa:

El valor proviene, por tanto, de la rareté y todas las cosas escasas distintas del trabajo tendrán valor y se intercambiarán al igual que este. Por tanto, la teoría que sitúa el origen del valor en el trabajo es, más que una teoría demasiado estrecha, una teoría completamente vacía, más que una afirmación inexacta, una afirmación gratuita (Walras [1874] 1987: 337).

En este sentido, la nueva teoría se planteó reemplazar a la economía clásica objetando que sus fundamentos no tenían la generalidad necesaria para explicar el sistema económico basado en el mercado, y reclamaron, entonces, un nuevo principio que sí permita abarcarlo, y a partir del cual cimentar la construcción de todo el edificio teórico.

Por otra parte, cada uno de los pioneros de esta nueva teoría adoptó distintas estrategias analíticas para demostrar que la determinación del valor por la utilidad marginal es lo que sucede, efectivamente, en el proceso de intercambio en el mercado. Aquí, parafraseando a Marx, ya es cuestión de la utilidad marginal y sus apologistas. Jevons desarrolla un modelo de

⁷¹ Utilizamos esta expresión moderna para sintetizar tres conceptos que consideramos análogos: la *Rareté* de Walras, el *Grenznutzen* de Menger, y el *Final degree of utility* de Jevons.

dos mercancías presuponiendo como dada una relación de intercambio, mientras que Menger procede argumentalmente, sin acudir a la modelización matemática. Walras, por su parte, se aboca a la construcción de un sistema de ecuaciones de resolución simultánea, con el que trata de representar un proceso general de *tâtonnement* en todos los mercados.⁷²

Del análisis de la forma mercancía que adoptan las cosas útiles y limitadas en cantidad, Walras pasa directamente a la determinación de los precios de equilibrio en el mercado. Esto se contrapone con las concepciones de la economía política clásica de Smith y Ricardo sobre el precio “natural” como eje en torno al cual giran los precios de mercado y, por lo tanto, con la referencia implícita en el concepto de valor al proceso más amplio que incluye la producción. Así, en su intento de comprobar el movimiento de las relaciones de valor en su pureza, Walras elimina del modelo toda consideración previa respecto del origen de los bienes a cambiarse (por ejemplo, si son fruto del trabajo humano o no). *Esto no es solamente un supuesto simplificador, es la consecuencia necesaria de su análisis de la mercancía.* El modelo de equilibrio analiza, entonces, el proceso puro de intercambio partiendo de dotaciones iniciales dadas⁷³ y sus conclusiones son las conocidas: los valores de cambio de todos los bienes guardan entre sí la misma relación que sus utilidades marginales.

Llegados a este punto, si quisiéramos abordar directamente lo que sucede en la superficie de un mercado concreto particular en su inmediatez (o aun de toda una economía nacional particular) sin habernos remontado sobre las determinaciones que en él se encuentran realizadas, estaríamos navegando ciegamente en un mar de representaciones causales aparentes,

⁷² Si hay algo de Los elementos de Walras ante lo que la ortodoxia marginalista se fascina es este sistema de ecuaciones, al punto que, en sus versiones modernas, la demostración de la existencia, unicidad y estabilidad de sus resultados pasa hoy por núcleo del “paradigma” científico en economía.

⁷³ De acuerdo con la metáfora bíblica utilizada por Patinkin, “el lunes cada individuo se encuentra con una colección inicial de bienes que le ha manado del cielo la noche precedente; al llegar el mediodía del lunes, este individuo tiene la oportunidad de cambiar algunos de estos bienes iniciales por otros que prefiera” ([1956] 1963: 3-4, resaltado nuestro). Según Levin, este recorte del objeto es lo que le impide al marginalismo cerrar su explicación del sistema, lo que constituye tanto su defecto como su principal aporte: “El siglo XX oficial presta reconocimiento a Walras como si fuera autor de una teoría del equilibrio económico general. Claramente no es así, ni puede serlo, ya que ese autor hace caso omiso del proceso reproductivo. Sin embargo, o por ello mismo, su contribución es significativa. Mediante esa abstracción, precisamente, ateniéndose consecuentemente a ella, separa nitidamente el ámbito de circulación de mercancías, posibilitando el análisis exhaustivo de la mercancía en su primera figura, es decir, en su forma inmediatamente aparencial” (Levin, 2003: 10).

caóticamente superpuestas. Más temprano que tarde, caeríamos en tautologías o en explicaciones circulares. Este fue el camino de la economía vulgar que sucedió a la ortodoxia ricardiana con su circular teoría del valor basada en los costos de producción.⁷⁴ Para ser más explícitos, si Walras parte de la relación entre el individuo y los bienes, no es porque con ello está explicando porqué hoy en Argentina en el mercado de zapatillas deportivas los precios tienen tal magnitud, y a la vez sí. Porque lo que Walras está poniendo de relieve es su concepción de la determinación más general de todo precio, incluyendo las zapatillas deportivas en Argentina, y a la vez borrando todas las determinaciones que median entre aquel contenido general de todo precio (es decir, de la forma precio) y los precios particulares inmediatamente observables en tal o cual mercado particular. Esta abstracción de las mediaciones no es su defecto, por el contrario, es lo que le permite elaborar la base para un sistema teórico nuevo y, así, fundar una corriente teórica, que parte de las determinaciones más generales de su objeto.

Es posible, entonces, releer las obras de los fundadores del marginalismo en esta clave, de modo que sus desarrollos teóricos no solo no se refieren al mercado individual y al consumidor individual, sino que, por el contrario, al tratarse de las determinaciones más generales del precio, atraviesan a todas las mercancías y a sus poseedores pues, en realidad, se trata de la forma mercancía y de la forma precio. Esto es, la investigación de Walras está lidiando aquí con la crucial tarea de determinar cuáles son las notas definitorias, los atributos específicos, de las mercancías y, sobre todo, porqué. En otras palabras, se trata de contestar la cuestión de qué convierte a las cosas en mercancías y de qué modo, por lo tanto, se investiga cuál

⁷⁴ Esta teoría cae en la inescapable contradicción lógica de querer explicar los precios de las mercancías por la suma de los precios de tres mercancías particulares (salario, ganancia y renta). Así, para determinar el precio de, por ejemplo, un kilo de pan debe primero determinar el salario, pero este a su vez, depende del precio del pan. Lo que a los ojos del agente inmediato del intercambio (v. gr., el panadero) puede verse como una explicación acabada del fenómeno del valor, desde el punto de vista de la unidad del proceso es solo una apariencia que conduce inevitablemente a razonamientos circulares. Uno de los más ilustres representantes de esta vulgarización de la teoría del valor es J. S. Mill ([1848] 1985). Una referencia crítica ineludible respecto de esta vulgarización de la teoría de Ricardo es Marx ([1859] 1974: 411-430); véase también Gracia (2004: 9).

es la razón de ser de estas, su *necesidad*.⁷⁵ En este sentido, se trata de la respuesta del marginalismo a la primera determinación específica del sistema económico y, por tanto, la que recorta al sistema como tal. Por ello es el punto de partida del sistema teórico, su verdadera piedra angular.

Más allá de las interpretaciones posteriores de los referentes de la propia escuela marginalista con las que se intentará digerir a Walras, su planteo es notablemente claro: los valores relativos responden a la escasez (*rareté*) relativa *porque* los valores (a secas) provienen de la escasez. La lectura que intenta convertir a los desarrollos de Walras en una teoría de los valores relativos requiere olvidar y/o directamente ridiculizar los pasajes más importantes de su obra:

En nuestras consideraciones generales preliminares, habíamos definido la riqueza social como el conjunto de las cosas materiales e inmateriales que son escasas, es decir, que son a la vez útiles y limitadas en cantidad, y demostramos que todas las cosas escasas, y solo ellas, tienen valor y son intercambiables. Aquí actuaremos de forma diferente. Definiremos la riqueza social como el conjunto de cosas materiales e inmateriales que tienen valor y son intercambiables, y demostraremos que todas las cosas valiosas e intercambiables, y solo ellas, son a la vez útiles y limitadas en cantidad. Íbamos, en el primer caso, de la causa al efecto; iremos, en el segundo caso, del efecto a la causa. Es claro que una vez que hemos establecido el encadenamiento de los fenómenos de la escasez y el valor de cambio, somos libres para razonar en la dirección que deseemos. Pienso, sin embargo, que en el estudio sistemático de un fenómeno general como el del valor de cambio, el examen de su naturaleza debe preceder a la investigación de su origen (Walras [1874] 1987: 179).

⁷⁵ “Ahora, al examinar más de cerca el juicio universal, en que estamos, vemos que el sujeto que, como ya se observó, contiene como presupuesta la universalidad que existe en sí y por sí, la contiene ahora en él también como puesta. ‘Todos los hombres’, expresa ante todo el género hombre [...] Así, en verdad el resultado es la universalidad objetiva. Por lo tanto, el sujeto se ha despojado de la determinación formal del juicio reflexivo, que partía del esto, y llegaba a través de los algunos a la totalidad. En lugar de: todos los hombres, ahora hay que decir: El hombre [...] ‘Lo que compete a todos los individuos de un género, compete por su naturaleza al género’ —es una consecuencia inmediata y la expresión de lo que antes se ha mostrado, es decir, que el sujeto (por ejemplo, todos los hombres) se desprende de su determinación de forma, y en su lugar hay que decir: El hombre. —Esta vinculación, que existe en sí y por sí, constituye la base de un nuevo juicio: el juicio de necesidad” (Hegel [1812] 1993: 338-341).

De nuevo, Walras se propone ir de la causa al efecto y, luego, procede a confirmar dicha relación partiendo del efecto para mostrar que solo puede ser explicado por la causa. Esto es, primero es necesario contestarse qué es el valor (el “examen de su naturaleza”), para luego avanzar, a partir de allí, preguntándose por qué es (la “investigación de su origen”). Walras refuerza nuevamente que el valor es el contenido, es decir un fenómeno absoluto cuya sustancia es la *rareté*, que, a su vez, toma forma en el valor de cambio, siendo este sí un fenómeno relativo.

Hemos alcanzado el objetivo que nos habíamos fijado en lo que concierne al intercambio de dos mercancías cuando comenzamos el estudio de la teoría matemática del intercambio, que era llegar a la *rareté* partiendo del valor de cambio, en lugar de llegar al valor de cambio partiendo de la *rareté* tal y como habíamos hecho en la primera sección. [...] Ahora bien, si es cierto que la *rareté* y el valor de cambio son dos fenómenos concomitantes y proporcionales, será cierto que la *rareté* es la causa del valor de cambio. El valor de cambio, como el peso, es un fenómeno relativo; la *rareté*, como la masa, es un fenómeno absoluto (Walras [1874] 1987: 249).

Esta es la teoría del valor de Walras, la verdadera piedra angular de todo su sistema, y lo que hace de su obra un hito en la historia del pensamiento económico. Es por este medio que saca a la economía burguesa de las tautologías de la economía vulgar, donde había quedado girando en falso con los debates entre ricardianos y antirricardianos a partir de John Stuart Mill.⁷⁶ Gracias a Walras, Jevons, Menger, y luego a Marshall, se iba a consumir el más acabado y riguroso intento de naturalización de las relaciones de producción capitalistas.⁷⁷ Sin embargo, para encajar esto dentro del corsé

⁷⁶ Véase Mill ([1848] 1985).

⁷⁷ “Las formas más recientes [el sistema de *laissez-faire* y *laissez-passer*] son superiores a las antiguas [sistema corporativo] no precisamente por ser más naturales [...] sino por ser más favorecedoras del interés material y la justicia” (Walras [1874] 1987: 144, resaltado nuestro). Sin embargo, la notoria presencia de este aspecto apologetico en Los elementos está basado, a diferencia de lo que sucede con muchos de sus modernos herederos, en el desarrollo teórico que allí se presenta y que, más allá de la discusión acerca de las respuestas ofrecidas por Walras, se remonta hasta las determinaciones generales del sistema al partir del análisis de la forma mercancía. Como advertimos en la introducción del presente trabajo, es en estos “principios generales” donde Walras establece la base de su mirada sobre el capitalismo y, por lo tanto, la discusión acerca de su visión apologetica no podría detenerse hasta no hacer la crítica de aquellos principios.

de la economía moderna, los propios discípulos y seguidores de Walras debieron dedicarse a eliminar todo rastro de explicación cualitativa de la mercancía y “depurar” la teoría de todo lo que no sea el armazón matemático operativo. En este armazón no hay causas ni efectos, fenómenos principales ni derivados, sino solo ecuaciones e incógnitas. Hacia el final de la Sección II de *Elementos de economía política pura* se ubica la siguiente cita de W. Jaffé, editor y traductor de la versión inglesa:

Este pasaje [“la rareté es la causa del valor de cambio”] provocó un comentario crítico de Pareto [...] Pareto pensó que Walras se había extraviado, abandonando su estricto y puro campo del equilibrio general, porque sintió la tentación momentánea de seguir el más laxo y concurrido camino de los economistas literarios que buscaban vanamente la *causa causans* del valor. Parece, sin embargo, más probable que este lapsus de precisión fuese un gesto de deferencia de León Walras hacia su respetado padre que fue quien primero formuló la doctrina de que la rareté era la “cause de la valeur” en 1831. [...] No solo las raretés son invariablemente proporcionales a los precios en un mercado de competencia perfecta en equilibrio, también lo son los costes de producción, y no solo en estas condiciones. ¿Cuál de los tres fenómenos rareté, coste de producción y valor es la causa y cuáles son los efectos? Es una pregunta carente de sentido porque bajo supuestos estáticos no existe forma de refutar ninguna de las tres posibles respuestas. La devota reformulación hecha por Walras de la doctrina de su padre es, por tanto, indefensible; pero afortunadamente no juega un papel esencial en su sistema. En realidad, no pasa de ser un *obiter dictum*. Más adelante, Walras deja perfectamente claro que ‘teóricamente todas las incógnitas del problema económico están determinadas por todas las ecuaciones de equilibrio general’. En un sistema de este tipo, el concepto de causalidad es una anomalía (Walras [1874] 1987: 268n).

Este párrafo sintetiza expresivamente la posición que, obligadamente, se deduce del método científico moderno en economía y que, según nuestra relectura, condena al marginalismo a no poder dar cuenta de su propia unidad como sistema teórico. La novedad más profunda que introdujeron los pioneros de la corriente hoy dominante reside, justamente, en su aspecto

“literario”, en su búsqueda de la *causa causans*; sin ellas no hay teoría.⁷⁸ De hecho, más adelante, Walras vuelve una vez más a reforzar la posición que Pareto y Jaffé discuten:

El fenómeno del valor de cambio, que es un fenómeno tan complejo, sobre todo cuando se trata de varias mercancías, aparece por fin ahora en su verdadero carácter. ¿Qué son $v_a, v_b, v_c, v_d, \dots$? No son otra cosa que términos indeterminados y arbitrarios de los que solo su cociente representa la proporción común e idéntica entre las raretés de todas las mercancías para todos los individuos en estado de equilibrio general en el mercado [...]. Por tanto, el valor de cambio sigue siendo un fenómeno esencialmente relativo cuya causa es siempre la rareté que es el único fenómeno absoluto (Walras [1874] 1987: 309).

Si hay algo que debe exigírsele a la ciencia no es, precisamente, que compruebe la “invariabilidad proporcional” de los distintos fenómenos directa o indirectamente observables, sino que pueda identificar, entre aquellos, cuál es el que explica a los otros, de modo de lograr distinguir analíticamente la causa de sus efectos, el contenido de sus formas. Lo que Pareto y Jaffé intentan eliminar del planteo de Walras es, justamente, lo que lo convierte en Walras.

Esta posición “antiteórica”, aparece a lo largo de muchas de las grandes obras modernas del marginalismo (y también de la heterodoxia). Por ejemplo, Hicks, en *Valor y Capital* (1939), pensaba que al sustituir el enfoque cardinal de la utilidad por el de las curvas de indiferencia, se desembarazaba de los “supuestos utilitaristas”. Pero, de nuevo, toda la estructura matemática tiene sentido porque operativiza una teoría que le da su razón de existir y, con ello, su forma. La teoría no puede nunca ser sustituida por su expresión operativa cuantificable, en todo caso, puede haber esquemas algebraicos más o menos eficaces para expresar cada teoría. La inversión de las determinaciones cualitativas (por ejemplo, la utilidad y escasez) por sus expresiones cuantitativas (por ejemplo, enfoque cardinal u ordinal) es una constante en la forma moderna de la teoría económica. Lo mismo sucede al incorporarse

⁷⁸ No en vano, entre los prototipos de economistas galardonados por la ciencia moderna se encuentran físicos y matemáticos que, cuanto más lejos de la “literatura” se encuentran sus desarrollos, más chances conservan para la premiación.

la “producción”, con el festejo del enfoque ordinal porque su matemática no depende de los supuestos de productividad marginal decreciente de cada factor, pues solo le basta con el de rendimientos no crecientes a escala. Tempranamente, el marginalismo optaba ya por priorizar la operacionalidad matemática por sobre las explicaciones cualitativas. Cabe señalar que, cumplidos los requisitos formales de todo sistema de ecuaciones, su relevancia económica se debe a la selección cualitativa de qué formas reales incluir y de cómo hacerlo. Por lo tanto, dichos sistemas siempre son una forma de sintetizar relaciones previamente conceptualizadas. No es la coherencia de la teoría la que depende de la solidez de sus representaciones matemáticas, sino a la inversa, la validez de estas representaciones es la que depende de la coherencia de la teoría. La necesidad de cuantificación inmediata, junto con su aparente contrastabilidad empírica, es una de las notas características del quehacer en la economía moderna y es una consecuencia obligada de la epistemología en que ella se basa.⁷⁹ Para la economía moderna, tanto en su versión neoclásica como filoknesiana:

Todos los fenómenos deben explicarse en el campo de su apariencia inmediata. La economía debe reducirse a verdades evidentes y observables. A ellos les cabe el *dictum* marxiano: “en realidad, toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de estas coincidiesen directamente” (Marx, 1992: III p. 757). La ortodoxia tacha de no científico a todo aquello que trascienda lo evidente, por tanto, a la ciencia en sí (Kicillof, 2002b: 32).

De hecho, en no pocos debates teóricos modernos entre ortodoxos y heterodoxos, la actitud de rechazo a las preguntas profundas por el valor, el dinero, el capital, etc., están presentes en ambos bandos.

El concepto de valor constituye, así creo, un ejemplo notable de cómo una noción metafísica puede inspirar un pensamiento original, pese a estar totalmente vacía ella misma de significado operante. [...] Cualquier significado intrínseco que el concepto del valor pueda haber tenido para un discípulo de Hegel, para el lector inglés moderno es únicamente una cuestión de definición⁸⁰ [...]. Espero que se

⁷⁹ Para una profunda crítica a la epistemología en la que se funda la moderna economía neoclásica véase Ricardo J. Gómez (1995).

entenderá bien, en las páginas siguientes, que ningún punto sustancial de la argumentación de Marx depende de la teoría del valor trabajo (Robinson, [1942] 1968: 6, 34 y 43).

En contraste con este tipo de enfoque dominante, nos proponemos continuar indagando en el poco discutido análisis walrasiano de la forma mercancía. Este tiene mucho para decir, tanto frente a la actual ortodoxia, que para poder erigirse en sus continuadores deben mutilarlo, como también frente a buena parte de los planteos de la moderna heterodoxia que, rehuendo de estas discusiones, no acierta a criticar su núcleo conceptual, sino más bien a las formas más caricaturescas que el *mainstream* ofrece de sí mismo.⁸¹

Otra típica maniobra de encasillamiento de la concepción walrasiana del valor es aquella que reside en la demarcación de una teoría subjetiva del valor frente a la cual habría de contraponerse una teoría objetiva del valor. Esta línea demarcatoria olvida que la forma valor reúne ambos momentos como inseparables, y que su comprensión implica dar cuenta de su unidad. Y, de hecho, la unidad de estos momentos no está más ausente en Walras que en la denominada teoría objetiva del valor. En la cuarta edición de *Los elementos*, Walras agrega:

La distinción entre valor de cambio, fenómeno relativo y objetivo, y la rareté, fenómeno absoluto y subjetivo, es la expresión rigurosa de la distinción entre el valor de cambio y el valor de uso (Walras [1874] 1987: 309).

Walras no recorta su objeto a lo “individual”, mucho menos a lo “subjetivo”, frente al cual se encontraría el “sistema en su conjunto”. El punto de partida está constituido por la naturaleza del valor de las mercancías, y su respuesta, basada en la utilidad marginal, es *la determinación más sistémica posible*. Recién a partir de esto, Walras procede a tratar de demostrar cómo la ley del valor, deducida de lo anterior, se impone y regula efectivamente el intercambio mediante el comportamiento “racional” de los individuos. Es

⁸⁰ Ya hicimos referencia, en el capítulo anterior, a la crítica de Hegel al conocimiento basado en definiciones (véase nota al pie 57).

⁸¹ Uno de los puntos más altos de esta caricaturización del contenido y el papel de la ciencia económica lo constituye el planteo de Samuelson, para quien el carácter económico de un problema está definido por su capacidad de ser expresado mediante una operación de maximización sujeta a restricciones. Véanse Samuelson (1947); y Screpanti y Zamagni (1997: 158).

decir, su análisis de la conducta de los individuos en el mercado es tan central en su determinación del valor como lo es en la economía política clásica de Smith, o también en Keynes y en la macroeconomía moderna.

En el caso de Keynes, todas las funciones esenciales de su modelo de determinación del ingreso descansan en determinadas hipótesis sobre la conducta individual. Desde la propensión marginal a consumir, a la demanda de inversión, pasando por la preferencia por la liquidez, lo que se tiene es un modelo que, por más agregadas que se presenten sus variables, no dejan de estar supeditadas a específicos comportamientos hipotéticos de los individuos.⁸² Ni qué hablar de la síntesis neoclásica, con su crucial efecto liquidez real, o de los nuevos clásicos y sus expectativas racionales. Aunque en algunos casos el vínculo es más explícito y directo, mientras que en otros es más indirecto, para todas estas corrientes teóricas, el movimiento de la economía en su conjunto sigue siendo el resultado de la conciencia y el comportamiento de los individuos.⁸³

Smith, por su parte, por momentos identifica a la sustancia del valor, es decir, al trabajo, con las penas y fatigas que aquel le causa a cada individuo y, a su vez, su ley del valor logra pleno funcionamiento en el hipotético “estado rudo y primitivo de la sociedad” porque descansa enteramente en la capacidad de los individuos para ponerla conscientemente en movimiento. Ello se debe tanto a que los individuos conocen las cantidades de trabajo contenidas en cada mercancía, como también al hecho de que todos consideran que es este, y no otro, el criterio para intercambiarlas.

Para Smith parece ser necesario que tales cantidades sean directamente “visibles” o al menos que puedan ser estimadas de algún modo. Incluso, en el planteo original del problema se insinúa ya la necesidad de una intervención del conocimiento de los individuos que intercambian, ya que, aunque la investigación

⁸² “El resultado es, en cierto modo, enigmático. La doctrina neoclásica se caracteriza por su enfoque estático y subjetivista; la teoría keynesiana es nuevamente estática y subjetivista” (Kicillof, 2002b: 87).

⁸³ “No hay que asombrarse, pues, que el principio atomista se haya conservado en toda época; la relación, igualmente trivial y exterior, de la composición, que debe todavía agregarse a fin de alcanzar la apariencia de un concreto y de una multiplicidad, es tan popular como los átomos mismos y el vacío [...]. Los átomos, principio de la suma exterioridad y por lo tanto de la suma carencia de concepto, afectan [desfavorablemente] a la física en la teoría de las moléculas y partículas, tanto como a la ciencia política, que toma como punto de partida la voluntad particular de los individuos” (Hegel ([1812] 1993: 212-213).

se dirige a “los principios que regulan el valor de cambio”, nuestro autor dice estar buscando “las reglas que observan generalmente los hombres en la permuta de unos bienes por otros”. La tensión es clara y remite al debate sobre el origen y el “modo de funcionamiento” de las leyes económicas (Kicillof, 2010b: 76,77).

Con todo esto, en nuestra investigación no se niega que esta tensión estructural que señalamos en Smith esté también presente, bajo su forma específica, en *Los elementos* de Walras. Aquí, por un lado, se advierte un carácter intrínseco y natural del valor de las mercancías, fenómeno absoluto que regula (y se manifiesta en) el movimiento de los valores de cambio en el mercado. Esto es lo que suele presentar Walras como su “teoría de la riqueza social”. Sin embargo, por el otro lado, ese movimiento de los valores de cambio parece deberse a la acción voluntaria de los individuos en el momento del intercambio y/o a las formas inmediatamente observables de la oferta y la demanda de cada mercado. Esta es la “teoría de la determinación de los precios bajo competencia perfecta”.

Esta tensión está indisolublemente unida a la otra contraposición característica de Walras, pero, sobre todo, de sus continuadores, entre el carácter “literario” del análisis de la forma mercancía, por un lado, y la constante necesidad de encorsetar sus resultados, más temprano que tarde, en un modelo formal, por el otro. Vistas en su unidad, ambas tensiones se resumen en la dificultad de compatibilizar de manera inmediata el análisis de las determinaciones cualitativas profundas de las principales formas económicas, con su apariencia exterior, directamente observable y, sobre todo, cuantificable. Es notorio como dentro de un mismo párrafo pueden entremezclarse estos distintos niveles del planteo:

La economía política pura es, en esencia, la teoría de la determinación de los precios bajo un hipotético régimen de competencia libre perfecta. La suma de todas las cosas, materiales o no, susceptibles de tener un precio por ser escasa, es decir, que son tanto útiles como limitadas en cantidad, constituye la riqueza social. Por ello, la economía política pura es también la teoría de la riqueza social (Walras [1874] 1987: 126).

En este sentido, a Walras se le podría aplicar una observación análoga a la que Marx le hace a Smith:

El propio Smith se mueve, con gran ingenuidad, en una perpetua contradicción. Por un lado, trata la relación intrínseca que existe entre las categorías económicas, o la oscura estructura del sistema económico burgués. Por el otro, al mismo tiempo, formula la vinculación, tal como aparece en los fenómenos de la competencia, y de ese modo, tal como se presenta al observador no científico [...]. En el caso de Smith, estos dos métodos de enfoque no solo corren parejos, sino que además se mezclan y se contradicen a cada paso entre sí (Marx [1859] 1974: 140-141).

Sin dejar de tener en cuenta lo anterior, cabe recalcar que solo después de haber establecido con claridad y, en primer término, “literariamente”, el contenido cualitativo del valor (la rareté), Walras avanza sobre el modo de realizarse aquel contenido (su modelo de equilibrio de los valores de cambio). En este proceso de avance, se alternan permanentemente los dos puntos de vista. Por un lado, Walras plantea lo siguiente:

El teórico tiene derecho a suponer que los elementos determinantes de los precios son constantes en el período de tiempo que ha elegido para formular la ley del establecimiento de los precios de equilibrio, pero su obligación, una vez que esta ley se ha formulado, es recordar que las fuerzas que determinan los precios son, esencialmente, variables y, en consecuencia, debe formular una ley de variación de los precios de equilibrio. Esto es lo que nos queda por hacer aquí. Y, por lo demás, la primera formulación conduce inmediatamente a la segunda. En efecto, los factores que se encuentran tras el establecimiento de los precios son también los que se encuentran tras la variación de los mismos. Estos factores de establecimiento de los precios son las utilidades y las cantidades poseídas de las mercancías. Tales son, por tanto, las causas y condiciones primarias de variación de los precios (Walras [1874] 1987: 250, 251).

Puesto que las utilidades y las cantidades poseídas son siempre las causas y condiciones primarias del establecimiento de los precios, son también, por ello mismo, las causas y condiciones primarias de las variaciones de estos (Walras [1874] 1987: 310).

Mientras que, por el otro lado, toda su construcción de los modelos de equilibrio se presenta presuponiendo el régimen de libre competencia. En el caso del intercambio de dos mercancías:

El intercambio de dos mercancías en un mercado regido por la libre competencia es una operación por medio de la cual todos los poseedores, tanto de una como de las dos mercancías pueden lograr la mayor satisfacción posible de sus necesidades, con la condición de entregar la mercancía que venden y recibir la mercancía que compran en una proporción común e idéntica (Walras [1874] 1987: 246).⁸⁴

Sin embargo, al contrario de la lectura y la práctica científica de sus herederos modernos, *Walras procede desde los análisis conceptuales hacia las ecuaciones que representan el proceso de intercambio, nunca al revés*. Y si la “economía política pura” debe estar formulada en términos matemáticos, esto obedece a que, como resultado de su análisis del valor, Walras llegó a la conclusión de que este es una relación de carácter natural que se da entre cada persona y las cosas, de acuerdo con dos circunstancias naturales, su utilidad y su cantidad.

El trigo vale 24 francos el hectolitro. Observemos *en primer lugar* que este fenómeno es de carácter natural. Este valor concreto del trigo en dinero, o precio del trigo, no proviene ni de la voluntad del comprador ni de la voluntad del vendedor; ni de un acuerdo entre ambos. *El vendedor desearía vender más caro; no puede porque el trigo no vale más; y si no quiere vender a ese precio, el comprador encontraría un cierto número de vendedores dispuesto a hacerlo. El comprador desearía comprar en un mercado con un precio inferior; pero esto no es posible porque el trigo no vale menos y si rehúsa a comprar a ese precio, el vendedor encontraría una serie de compradores dispuestos a hacerlo. [...] El trigo vale 24 francos el hectolitro. Observemos, en segundo lugar, el carácter matemático de este fenómeno* (Walras [1874] 1987: 160, resaltado nuestro).

⁸⁴ En el caso del intercambio generalizado, el resultado y el presupuesto acerca de las formas de la competencia son idénticos: “El intercambio de varias mercancías en un mercado regido por la libre competencia es una operación por medio de la cual todos los poseedores, tanto de una como de varias o todas las mercancías, pueden obtener la mayor satisfacción de sus necesidades compatible con la condición no sólo de que dos mercancías cualesquiera se cambien entre sí según una proporción común e idéntica, sino también de que estas dos mercancías se cambien por una tercera cualquiera en proporciones cuyo cociente sea igual a la proporción en que se cambiaban aquellas” (Walras [1874] 1987: 303).

Dado que el valor de una mercancía, fenómeno natural y absoluto, es de determinada magnitud, los individuos se comportan en el mercado de un modo específico: pujando entre compradores si el valor de cambio está por debajo del valor, y pujando entre vendedores si está por encima. *La causa es el valor, y el efecto, es decir, su forma más simple de realizarse, es la determinación del valor de cambio a manos de la competencia. No a la inversa, como lo interpretan, según veremos más adelante, las doctrinas modernas del monopolio y la organización industrial.* A su vez, para Walras el valor o *rareté* implica una relación subjetiva y, al mismo tiempo, absoluta y natural entre cada persona y las cosas que, luego, se manifiesta de forma objetiva en valores de cambio relativos.⁸⁵ Recién en este contexto, luego de identificar esa tensión profunda que existe en *Los elementos*, es posible comprender la siguiente afirmación de Walras:

La *rareté* es personal o subjetiva: el valor de cambio es real u objetivo. Sólo en lo que concierne a un individuo concreto podemos [...] definir la *rareté* como la derivada de la utilidad efectiva respecto a la cantidad poseída exactamente como se define la velocidad: la derivada de la distancia recorrida respecto al tiempo empleado en recorrerla (Walras [1874] 1987: 250).

La discusión clave que se abre aquí gira en torno al vínculo entre el carácter absoluto, o intrínseco, del valor de las mercancías, por un lado, y su naturaleza de relación entre cada individuo y las cosas, por el otro. Pero en esta discusión profunda nada tienen que hacer, *todavía*, las mediaciones más concretas referidas al comportamiento de los individuos en el intercambio inmediato en el mercado, ni los modelos de determinación de los precios bajo competencia perfecta.

En relación con la extensión y profundidad que reclama esa discusión, los objetivos específicos que nos trazamos en el presente trabajo se limitan a señalar, *en primer lugar, que todas estas cuestiones están absolutamente presentes en Walras; en segundo lugar, que sus aportes no son encasillables ni como una teoría de las unidades individuales, ni como una teoría subjetiva del*

⁸⁵ Como ya citamos antes: "La distinción entre valor de cambio, fenómeno relativo y objetivo, y la *rareté*, fenómeno absoluto y subjetivo, es la expresión rigurosa de la distinción entre el valor de cambio y el valor de uso" (Walras [1874] 1987: 309).

valor (por lo menos, en tanto opuesta a una teoría objetiva del valor), ni, mucho menos, como una teoría de la competencia perfecta; y, en tercer lugar, que son aquellos párrafos, olvidados casi por completo por sus continuadores, los que encierran las explicaciones generales del sistema económico, y los que lo convierten en un eslabón fundamental en la historia del pensamiento.

Por otra parte, la dicotomía relevante para un enfoque crítico de la historia del pensamiento no es entre el análisis de la conducta individual de consumidores, trabajadores, empresarios capitalistas, terratenientes, etc., frente a su análisis “colectivo”, o “agregado”. Lo que se le opone al análisis de la conducta de los individuos en el mercado para la determinación de los precios y, en consecuencia, para “demostrar” la teoría del valor –tanto clásica (Smith) como marginalista (Walras), pero también la keynesiana– es el análisis de Marx de la mercancía como “cosa social”, esto es, su contenido de valor como relación social general y, por lo tanto, como determinación de la conciencia y la conducta de los individuos en el mercado.⁸⁶

Respecto de otras “categorías fundamentales” de la economía, como el trabajo (asalariado) y el capital, Walras también ofrece un análisis conceptual propio, dejando en claro que son eslabones de la investigación que deben abordarse una vez concluido el análisis de la mercancía. Esto es, después de haber establecido que los valores de cambio responden al valor, es decir, a la *rareté*, Walras procede a remontarse analíticamente sobre el proceso de producción, introduciendo al trabajo, al capital y a la tierra. De hecho, al igual que en el caso de Jevons o Menger, se mantiene unívoca la dirección del razonamiento que va desde la utilidad y escasez hacia el valor, y recién a partir de esto, a determinar, como otros tantos casos particulares del mismo proceso, los precios de aquellos “servicios productivos”. Si bien la forma expositiva en que estos servicios son incorporados varía en cada uno de estos autores, en los tres casos se propone una explicación del salario, el beneficio y la renta, que mantiene, como principio vertebrador, al concepto de utilidad marginal. Por todo esto, se representa a sí misma como una respuesta más general que la ofrecida por la teoría de la distribución de Ricardo en la que, por ejemplo, la renta de la tierra requería una explicación diferenciada respecto de las teorías del salario y del beneficio.

⁸⁶ Véanse, por ejemplo, Marx ([1867]1968: cap. I); Iñigo Carrera (2007: 55-62); Kicillof (2000).

Walras desarrolla su análisis profundo de estas “categorías”, nuevamente, antes de entrar al esquema operacional del sistema de ecuaciones de la producción.

Puesto que ya hemos definido la riqueza como el conjunto de todas las cosas materiales e inmateriales que son escasas, es decir, que son a la vez útiles y limitadas en su cantidad, es casi innecesario decir que los capitales y las rentas⁸⁷ que constituyen esa riqueza social pueden ser tanto materiales como inmateriales [...]. La esencia de los capitales es dar lugar al nacimiento de rentas, y la esencia de las rentas es nacer directa o indirectamente de los capitales [...]. Para distinguirlos, daremos a estas rentas, que consisten en la utilización de los capitales, el nombre de servicios (Walras [1874] 1987: 370).

De este modo, las cosas útiles y limitadas en cantidad que constituyen la riqueza están conformadas por cuatro categorías:

[...] los capitales de bienes raíces o tierras, que proporcionan servicios de la tierra (que también llamaremos “rentas”) [...] los capitales personales o personas, que proporcionan rentas o servicios personales, que también llamaremos trabajo [...] los capitales propiamente dichos, o bienes de capital que proporcionan rentas o servicios de capital, que también llamaremos “profits” [...] sólo queda para incluir en la cuarta los bienes de renta: los bienes de consumo [...] objetos todos ellos destinados a desaparecer en tanto que materias primas para reaparecer como productos (Walras [1874] 1987: 372-3).

Esta reedición de la fórmula trinitaria que Ricardo había intentado desterrar cobra nueva vida y, aunque no esté acompañada con la discusión analítica de *Los elementos*, forma, hasta hoy, parte central de la economía moderna: Tierra-Renta, Trabajo-Salario, Capital-Interés.

A su vez, todos los servicios productivos del trabajo, de la tierra y del capital tienen utilidad y escasez, de modo que, siguiendo a Walras, su valor también está regulado por la *rareté*. Luego, en la cuarta edición de *Los elementos*, Walras modifica y actualiza la Sección VII (titulada “Condiciones y consecuencias del progreso económico. Crítica de los sistemas de economía

⁸⁷ Walras identifica explícitamente al capital con el capital fijo ([1874] 1987: 368-9).

política pura”). Allí se completa la teoría de la distribución para demostrar que los valores de los servicios del trabajo y del capital, y por lo tanto sus precios, son proporcionales, en una economía de libre competencia, a sus respectivas productividades marginales. Sin embargo, en todo momento la dirección causal sigue siendo clara para Walras:

No existe valor alguno de los costes de producción que, una vez fijado, determina a su vez el precio de venta de los productos. El precio de venta de los productos se determina en el mercado de productos en razón de su utilidad y su cantidad; no hay otras condiciones que considerar, porque estas dos son necesarias y suficientes (Walras [1874] 1987: 643).

Con todo lo dicho, consideramos que queda graficado hasta qué punto deben tergiversarse y/o directamente eliminarse aspectos fundamentales del planteo de Walras, para ser encorsetado dentro de la microeconomía. Resta, entonces, avanzar sobre los fundamentos del otro autor que nutrió casi todo el resto del contenido de dicho compartimento.

Marshall y las determinaciones generales del sistema capitalista

El marginalismo deja atrás su momento “heroico”, para conformarse en una nueva ortodoxia, a partir de los *Principios de Economía* de Marshall (1890, en adelante, *Los principios*). Al igual que lo señalado en el caso de Walras, el análisis de la mercancía de Marshall se despliega antes de su modelo de determinación de las variables. Y su exposición arranca, como por ejemplo en Smith o en Marx, en relación con el concepto de riqueza:

Toda riqueza consiste en cosas deseables, es decir, en cosas que satisfacen necesidades humanas directa o indirectamente, pero no todas las cosas deseables se consideran riqueza [...]. A falta de un término breve de uso ordinario que represente todas las cosas deseables, o que satisfacen necesidades humanas, podemos utilizar a este objeto el término bienes. (Marshall [1890] 1948: 47).

Marshall prosigue analizando el concepto de bien, en el que distingue a los materiales y a los inmateriales. Dentro de estos últimos, separa los internos de los externos, para concluir que la riqueza está formada por los bienes materiales y por los bienes inmateriales externos, exclusivamente. Por lo tanto, a la conjunción de estos dos grupos, la denomina *bienes económicos*.

Este empleo del término riqueza está en armonía con el uso del mismo en la vida ordinaria y al mismo tiempo comprende aquellos bienes, y solamente aquellos, que figuran efectivamente dentro del alcance de la ciencia económica, según ha sido definido en el libro I y que pueden, por tanto, denominarse bienes económicos, toda vez que comprenden todas aquellas cosas, externas al hombre: primero, que le pertenecen y no pertenecen igualmente a sus vecinos y, por tanto, son claramente suyas; y segundo, que son susceptibles directamente de ser medidos en dinero, medida que representa, por un parte, los esfuerzos y sacrificios que se han requerido para producirlos y, por otra, las necesidades que satisfacen (Marshall [1890] 1948: 49-50).

Esta definición parece implicar que el valor de las mercancías se expresa en dinero, pero que su contenido está dado por algo que existe más allá del proceso inmediato de intercambio en el mercado: los esfuerzos y las necesidades. Sin embargo, Marshall afirma luego que:

El valor, es decir, el valor de cambio de una cosa en términos de otra, en un lugar y tiempo dados, es la cantidad de esa segunda cosa que puede obtenerse en dicho lugar y época a cambio de la primera. Así, pues, el término valor es relativo y expresa la relación entre dos cosas en un lugar y tiempo determinados ([1890] 1948: 53).

Esta identificación del valor con el valor de cambio, es decir, entre el carácter intrínseco o absoluto del fenómeno y su carácter relativo, borra una de las distinciones más profundas de Walras. Otra diferencia respecto del planteo de Walras consiste en que la definición marshalliana de los bienes económicos necesita recurrir al dinero, de modo que, ya desde el arranque, se presenta una contradicción absoluta. Esta contradicción surge porque el dinero no podría, sin riesgo de caer en una circularidad, ser una forma compleja de la mercancía, o sea, una mercancía particular y, a la vez, formar parte del desarrollo que intenta especificar los atributos que convierten a las cosas en mercancías.

De todos modos, en *Los principios*, el papel más importante en la explicación del valor de las mercancías proviene de los dos *sacrificios subjetivos originarios*: trabajo y espera. La razón profunda del papel preponderante de los *esfuerzos* (trabajo y espera) frente a las *necesidades*

(utilidad) no surge de sus modelos de equilibrio parcial en los mercados, o de sus explicaciones sobre los precios normales de corto, largo y larguísimo plazo. Aunque estos modelos hayan sido los que ocuparon el núcleo de los manuales de microeconomía, solo son el modo en que Marshall aborda las formas concretas de realizarse los valores de cambio. La verdadera piedra angular de la teoría de Marshall está en su concepción fundamental sobre la mercancía en tanto producto.

Es importante todavía el reafirmar la gran verdad sobre la cual insistió Ricardo, tal vez con un marcado exclusivismo, a saber: que, si bien las necesidades son las que rigen la vida de los animales inferiores, son los cambios en las formas de los esfuerzos y actividades hacia los que debemos volvernos cuando intentemos investigar los principios fundamentales de la historia de la Humanidad (Marshall [1890] 1948: 75).

Es por esta convicción profunda que Marshall no puede evitar diferenciarse de la intención original de los primeros marginalistas, basada en tomar como punto de partida y de llegada a la utilidad y escasez del bien final (surgidas de lo que Marshall denomina estudio de las necesidades). La mayor relevancia otorgada a la oferta y al costo de producción en su modelo es, en verdad, fruto de su análisis previo de la forma mercancía, y no al revés.

No es cierto, por consiguiente, que la teoría del consumo sea la base científica de la Economía, pues mucho de lo que es de interés primordial en la teoría de las necesidades pertenece a la de los esfuerzos y actividades. Ambas teorías se completan mutuamente; la una es incompleta sin la otra; pero si una de ellas puede pretender ser intérprete de la historia del hombre, ya sea desde el punto de vista económico, o de cualquier otro, esta teoría es, indudablemente, la de las actividades y no la de las necesidades (Marshall [1890] 1948: 79).

Esto no niega que Marshall se haya esforzado por sostener una línea de continuidad y complementariedad entre la teoría de la utilidad marginal y su particular interpretación de la teoría ricardiana del valor. Para poder efectuar esta operación de compatibilización de dos enfoques tan distintos, Marshall debe, por un lado, rebajar los frutos teóricos de Jevons, Menger y Walras

al irrelevante contexto del “día de mercado” y, por el otro, transformar a Ricardo en un “parco” y “oscuro”⁸⁸ defensor de una teoría del valor basada en los costos de producción.⁸⁹ En este marco, Marshall propone la siguiente relación:

El principio del coste de producción y el de la utilidad final son, indudablemente, partes componentes de la ley general de la oferta y la demanda; cada una de ellas puede compararse con una hoja de un par de tijeras. Cuando se mantiene quieta una de ellas y se corta moviendo la otra, podemos decir, en aras de la brevedad, que se corta con la segunda; pero no debe hacerse esa afirmación de un modo formal, ni defenderla deliberadamente (Marshall [1890] 1948: 682).

Podemos, pues, concluir que, por regla general, cuanto más corto sea el período que consideremos, mayor deberá ser la atención que dediquemos a la influencia de la demanda sobre el valor; y cuanto más largo sea el período, tanto más importante será la influencia del coste de producción sobre el valor (Marshall [1890] 1948: 349).

Más allá de si esto implica o no un retorno a una teoría de los costos de producción y, por lo tanto, si es una “traición” a los planteos pioneros del marginalismo, cabe remarcar que no se trata de una teoría tautológica como las de la economía vulgar, a la par que sigue manteniendo una mirada naturalizadora de las relaciones capitalistas, como la de los marginalistas fundadores.

Desde nuestro punto de vista, la teoría de Marshall aporta un ejercicio complementario, genial, por cierto, pero que, en vez de superar el planteo marginalista alrededor del problema del carácter, la sustancia y la necesidad de existir del valor de las mercancías, agrega mayor ambigüedad, pues al final de su desarrollo, sigue en pie un doble criterio: por un lado, la utilidad marginal y, por el otro, las desutilidades del trabajo y la espera. Poco agrega sostener que, en los mercados competitivos, ambos criterios son coincidentes desde el punto de vista cuantitativo pues, como el mismo Marshall lo expresa en

⁸⁸ Véase Marshall ([1890] 1948: 677-683).

⁸⁹ Esto implica una violenta reducción y tergiversación del planteo de David Ricardo sobre el valor. Sus Principios de economía política y tributación parten de una profunda crítica al abandono, por parte de Smith, del trabajo como fundamento del valor y a su consecuente adopción de una teoría basada en los costos de producción. Véase Ricardo ([1817] 1985: cap. 1, Secciones I y II).

los primeros capítulos de *Los principios*, en realidad se trata de investigar cuál es la sustancia del valor y, con ello, porqué, entonces, las cosas toman la forma de mercancía. Es decir, se trata de una determinación cualitativa “previa” a la determinación cuantitativa.

Respecto del trabajo, el capital, la tierra y sus retribuciones, los desarrollos de Marshall también representan un hito en la conformación del sistema marginalista, aun a costa de la incapacidad de la economía moderna para apropiárselos en su unidad. Como dijimos, según Marshall, y más allá de la ambigüedad explicada en el párrafo anterior, el trabajo y el diferimiento del consumo o *espera* son los dos sacrificios originarios que constituyen la sustancia del valor. Su análisis del trabajo asalariado y del capital, no su teoría de la distribución, es, entonces, el punto de partida.

En cierto sentido, puede decirse que hay sólo dos agentes de la producción: la Naturaleza y el hombre. El capital y la organización son el resultado del trabajo del hombre ayudado por la Naturaleza y guiado por su facultad de prever el futuro y su disposición para hacer provisión para el porvenir [...] puede ser conveniente, mientras el estudio de la utilidad y del valor se conserva todavía fresco en nuestra mente, dar una ojeada a las relaciones establecidas entre el valor y la desutilidad o dificultad que ha de vencerse a fin de poder obtener todos aquellos bienes que tienen valor porque son inmediatamente deseables y difíciles de conseguir [...]. La demanda está basada en el deseo de obtener mercancías, mientras que la oferta depende, principalmente, de la superación de la renuncia a sufrir incomodidades. Estas últimos son, generalmente, dos: el trabajo y el sacrificio que supone diferir el consumo (Marshall [1890] 1948: 120-121).

Marshall avanza intentando argumentar su caracterización del trabajo como un sacrificio:

La incomodidad del trabajo puede surgir de la fatiga corporal o mental, o del hecho de efectuarse en un ambiente insano, o con asociados desagradables, o del hecho de llevarse a cabo en el tiempo destinado o a fines intelectuales o sociales. Pero, sea cual fuere la forma de la incomodidad, su intensidad casi siempre aumenta con la intensidad y la duración del trabajo. [...] Es cierto que el hombre, aun cuando esté trabajando a sueldo, encuentra a menudo placer en su trabajo; pero, generalmente, está ya tan cansado antes de terminar que se alegra cuando llega la hora de abandonarlo (Marshall [1890] 1948: 121).

En términos técnicos esto podría llamarse la desutilidad marginal del trabajo, pues, del mismo modo que la utilidad marginal de un artículo disminuye con cada aumento de la cantidad del mismo y que su precio desciende con cada disminución de su deseabilidad, así la desutilidad marginal del trabajo aumenta, generalmente, con cada incremento de su cantidad. La remuneración de una persona que tiene ya ocupación, al aumentar su trabajo depende, bajo circunstancias ordinarias, de los principios fundamentales de la *naturaleza humana*, que los economistas tienen que aceptar como hechos esenciales (Marshall [1890] 1948: 121-122, resaltado nuestro).

Más allá de lo poco convincente de esta argumentación, Marshall da pie aquí a la concepción que asimila el carácter coactivo general del trabajo asalariado con la forma natural del trabajo humano. Los modernos manuales dan esto por evidente, sin más apoyo que el del sentido común, según el cual “a todos nos gustaría vivir sin tener que trabajar”. En este marco, Marshall esboza su versión de la fórmula trinitaria:

Los agentes de la producción se clasifican, generalmente, en tierra, trabajo y capital. Por tierra se entiende el material y las fuerzas que la Naturaleza proporciona libremente para ayudar al hombre [...]. Por trabajo se entiende el esfuerzo económico del hombre, ya sea manual o intelectual. Por capital se quiere significar toda la provisión almacenada para la producción de bienes materiales y para la consecución de los beneficios que se cuentan, generalmente, como parte de la renta. Es la cantidad de riqueza almacenada considerada como un agente de producción, más bien que como una fuente directa de satisfacción (Marshall [1890] 1948: 119).

Como ya hemos planteado, no es nuestro objetivo criticar los fundamentos de Marshall, sino, por el contrario, señalar que están ahí, discutiendo cara a cara con los de la economía política clásica y con los del marginalismo fundador. Solo marcaremos aquí que la definición de capital ofrecida en el párrafo recién citado presenta varias dificultades. En primer lugar, el capital parece definirse por el beneficio, a cuya consecución se orienta. Esta parte de la definición lleva, más temprano que tarde, a un razonamiento circular, donde el beneficio se determina como el producto del capital y este, a su vez, por ser capaz de producir beneficio. En segundo lugar, en la última parte de la definición citada, el capital es concebido, en sí mismo, como un agente de

la producción. Aquí, el problema consiste en explicar de qué modo el capital produce valor. En este punto, todo el peso de la argumentación recae sobre el concepto marshalliano de *espera*.

De todos modos, sin dejar de lado estas contradicciones, cabe reconocer que todos estos párrafos son los pasajes de Marshall de los que se desprende el contenido mismo del salario y del interés. Por lo tanto, debería bastar con su desarrollo para arribar al despliegue de sus determinaciones cuantitativas en el mercado de trabajo y en el de capital. Pero el propio Marshall aborta ese camino y se lanza directamente, sin mediaciones, sobre esos mercados para intentar confirmar los resultados de aquel análisis más profundo y abstracto. Así, no puede evitar retornar a la ambigüedad de la metáfora de las hojas de la tijera ofreciendo, nuevamente, un “fundamento” desdoblado. En el mercado de trabajo, el salario expresa tanto la desutilidad marginal de trabajar como la productividad marginal del trabajo; en el mercado de capital, el interés queda determinado tanto por la desutilidad marginal de la espera como por la productividad marginal del capital.⁹⁰

Por último, otra de las características salientes de la obra de Marshall es su esfuerzo por intentar hacer de la teoría marginalista una herramienta de análisis del movimiento concreto de los capitales individuales y del proceso de acumulación. Este aspecto de *Los principios* ha sido el que más interés ha suscitado entre sus continuadores, y a partir del cual se han abierto disciplinas específicas en la teoría económica del siglo XX. Sin embargo, al evaluar las consecuencias de la relectura presentada en este trabajo, intentaremos mostrar que no son esos desarrollos los que le otorgan a Marshall su relevancia teórica. Esto es, sobre el final del trabajo volveremos a resignificar críticamente los planteos *aparentemente concretos* acerca del comportamiento de las firmas del enfoque marshalliano de equilibrio parcial. *Nuestro interés aquí es destacar, tal como lo hicimos con Walras, que Marshall trata de avanzar de modo original sobre el problema del valor de las mercancías, el trabajo, el capital, etc. Y lo hace sosteniendo el enfoque marginal de los “padres fundadores”, pero incorporando determinaciones que entiende como más*

⁹⁰ Probablemente, el afán de Marshall por enfatizar la continuidad y la complementariedad entre Ricardo y los marginalistas fundadores esté en la base del uso recursivo de la metáfora de las tijeras. Como se expuso anteriormente, en el momento del análisis de la forma mercancía Marshall es tajante en su opción por los esfuerzos frente a los deseos. Véase Kicillof (2010b: 207-212).

generales aun, concibiendo a las mercancías, desde el comienzo, no solo como simples bienes, sino también como productos.

Resignificación de la microeconomía

Los planteos reseñados en los dos apartados anteriores constituyen, a nuestro criterio, las discusiones teóricas más profundas sobre las determinaciones generales del sistema económico capitalista que el propio marginalismo pierde o, mejor dicho, barre bajo la alfombra, con la compartimentación actual de la disciplina. No hay modo de encorsetarlas en la microeconomía sin que pierdan su riqueza y profundidad. Ni en la definición de Keynes (teoría de la industria particular), ni en la de Friedman (teoría no monetaria de los precios relativos), y mucho menos en la de Branson (teoría para los períodos de desenvolvimiento fluido de la acumulación).⁹¹ Tampoco juega ningún papel, en los desarrollos más profundos de Walras y Marshall, la cuestión de si están sosteniendo o no un supuesto de plena ocupación de los recursos. Friedman y Branson agregan este elemento adicional como parteaguas entre la micro y la macro. Keynes también lo hace, pero se diferencia de los otros dos por su intento de remontarse críticamente hasta la concepción del dinero implícita en lo que denominaba “teoría clásica”. Más allá de si el análisis de la forma dinero aportada por Keynes en su *Teoría General* resuelve o no el problema en cuestión,⁹² lo que nuestra relectura de la economía moderna busca poner de relieve aquí es que sin la crítica a la forma dinero y, de allí, a la forma mercancía, la objeción del supuesto de pleno empleo es una crítica extrínseca. Al no reconocer hasta qué punto los abordajes del ciclo económico se encuentran necesariamente entrelazados con las concepciones más profundas del dinero y de la mercancía, la economía moderna en su conjunto se propone abordar ambos fenómenos sin advertir que la división micro-macro es, en sí misma, la expresión de su incapacidad para vincularlos.⁹³

De hecho, el derrotero de la economía moderna puede releerse como un proceso de paulatino pero sostenido abandono de toda pregunta sobre la naturaleza y necesidad de las formas económicas más simples. Sin

⁹¹ Véase apartado 1.1.2 (Las concepciones cualitativas) del presente trabajo.

⁹² Para una crítica al análisis fundamental del dinero desarrollado por Keynes, véase Kicillof (2007).

⁹³ Véase nota al pie número 65 del capítulo anterior.

embargo, todo esto no niega que por detrás de lo que hoy se encierra en la microeconomía subsisten, dormitando, los desarrollos originales de Walras y Marshall, y que estos encierran debates de enorme importancia, tanto para la unidad de la propia teoría marginalista, como también para muchas discusiones que atraviesan el difuso campo de la heterodoxia. Pero a su vez, por todo esto, en el caso de la definición canónica, la compartimentación está lisa y llanamente invertida, en el sentido de que, en realidad, es en la microeconomía donde se estudian las determinaciones más generales del sistema económico.

En el siguiente apartado intentaremos mostrar la otra cara de esta inversión. Avanzaremos, entonces, sobre el compartimento macro para mostrar que allí es donde la teoría económica hoy dominante lidia con las formas históricas particulares de la acumulación de capital en las economías nacionales y, por lo tanto, con determinaciones más concretas. Pero antes podemos precisar un paso más respecto de las reflexiones críticas preliminares con las que cerramos el segundo capítulo de este trabajo. Allí remarcábamos que las teorías de Walras y de Marshall *parecían* poder explicar el movimiento concreto de la acumulación de capital antes de determinadas transformaciones históricas, luego de las cuales perdió influencia, y se requirió una teoría distinta, como la de Keynes, para recobrar relevancia en la nueva etapa. *La respuesta ofrecida por la fisonomía actual de la teoría dominante no constituye ninguna salida, pues no es que la teoría marginalista de Walras, hoy encerrada en la micro, carece de “relevancia práctica” porque trata de los problemas pequeños y/o de los mercados individuales, sino que, por el contrario, si algo cabe señalar es que se detiene en las determinaciones generales.*⁹⁴

Sin embargo, la concepción de la macroeconomía contenida en la definición canónica, que llena los manuales con los que se forman hoy los economistas, implica considerar que el sistema económico de Walras no puede explicar el dinero, las crisis o el desempleo, debido al papel excluyente que se les da a las decisiones de las unidades individuales del sistema. Aun si esto fuera cierto, su causa se remonta forzosamente hasta la teoría del valor

⁹⁴ De hecho, demasiado generales, al punto que condensa la forma histórica específica del producto del trabajo, la mercancía, a su determinación genérica de simple bien. Por esto es que no puede avanzar más allá de ese puro “fundamento vacío”, pero esto ya es parte de una investigación que excede los límites del presente trabajo. Véase Iñigo Carrera (2007) o Kicillof (2000).

basada en la utilidad marginal y, por lo tanto, esa crítica no podría detenerse hasta no enfrentarse al análisis de la mercancía. Este es el debate que la macroeconomía obtura. De hecho, la limitación de la crítica al “problema” de partir de agentes individuales le permite a la macroeconomía presentarse como una resolución de esas dificultades al mismo tiempo en que se pone “a salvo” de tener que rendir cuentas con el escabroso tema del valor y, por ende, del dinero, el capital, el salario, el interés y la ganancia.⁹⁵

A su vez, todo esto implica que la discusión en torno a la pertinencia de las teorías del valor de las mercancías de Walras y de Marshall, en tanto explicaciones generales del sistema, sigue vigente. Se trata de la discusión teórica más importante. ¿Eran explicaciones aparentes desde el comienzo, solo que mientras la marcha concreta de la acumulación parecía no enfrentar obstáculos estructurales, podían seguir manteniéndose y prestando el importantísimo servicio de naturalizar y eternizar “científicamente” a las relaciones de producción capitalistas? ¿O esas explicaciones son, efectivamente, las determinaciones más simples del sistema, tanto antes como después de su inversión como microeconomía, de modo que permanecería inconclusa la tarea de desarrollar las formas concretas en que esas determinaciones se realizan?⁹⁶ En otras palabras, si el movimiento concreto de las mercancías (y, por tanto, de la acumulación de capital) no parece corresponder con las determinaciones generales, entonces hay dos caminos posibles. O se siguen desarrollando esas determinaciones hasta poder explicar esa aparente contradicción con sus propias formas concretas de movimiento, o es necesario hacer la crítica de aquellas determinaciones generales aparentes y, por tanto, de todo el sistema teórico que se desprende de ellas.

Para ver cómo se enfrenta hoy el marginalismo a estas opciones debemos primero adentrarnos en el compartimento macro. Hasta aquí, solo podemos concluir que *lo que hoy se denomina microeconomía es el cuerpo disecado de lo*

⁹⁵ En lo que hace a la naturaleza de la ganancia, el silencio de la macro es atroz: “Los ejemplos son incontables. Para comprobarlo en forma rápida basta examinar los índices por tema de textos recientes tales como el Handbook of Monetary Economics, el Handbook of Macroeconomics o los manuales más usuales de macroeconomía avanzada (Obstfeld y Rogoff, Romer, Blanchard y Fischer). En esta bibliografía no existe un solo tema dedicado a la tasa de ganancia. Puede hacerse el mismo intento tomando una bibliografía distinta, pero la evidencia es abrumadora” (Gigliani, 2007: 2n).

⁹⁶ Es decir, todo lo opuesto a la búsqueda de “microfundamentos de la macroeconomía”.

que para sus fundadores constituyó la determinación más general, más profunda, del movimiento del sistema capitalista y sobre la que debiera construirse, por lo tanto, todo el resto del sistema teórico. Por esto mismo, el momento teórico original con el que nace el sistema marginalista, y que hoy subyace en el corsé del compartimento microeconómico, conserva, dentro suyo, las explicaciones generales del sistema, esto es –de acuerdo con su propia definición canónica– lo que se piensa que corresponde al compartimento macroeconómico. En este sentido decimos: la micro es la macro.

Por último, en el caso de Walras parece más claro que, por ser su desarrollo justamente puro fundamento, no se le puede exigir avanzar ni un paso sobre el movimiento concreto de la marcha de la acumulación, ni en un mercado particular, ni en el conjunto de todos los mercados de una economía nacional concreta. En el caso de Marshall pareciera que, como ya señalamos, además de su explicación de los conceptos fundamentales del sistema capitalista, se cuenta con una teoría sobre el movimiento concreto de los individuos y las firmas en los mercados. Ya veremos qué suerte corren estos desarrollos, pues, según la relectura que presentamos en este trabajo, al revés de lo que se corresponde con la estructura de la teoría económica actual, para enfrentarnos al movimiento concreto de los agentes económicos individuales en la acumulación de capital, antes debemos atravesar el compartimento macro.

4.1.2. La macro es la micro

Nos toca ahora avanzar sobre la otra cara del encorsetamiento teórico analizado en el apartado anterior, ya que, como advertimos, la bifurcación es el fruto de una y la misma inversión conceptual que afecta a toda la ortodoxia económica moderna. “Puesta sobre sus pies”, la macroeconomía no estudia el conjunto del sistema económico ni sus “agregados”, sino que su objeto es el análisis de algunas de las formas inmediatas típicas que presenta la acumulación de capital en un espacio nacional. Para explorar este aspecto de nuestra tesis comenzaremos por una observación de carácter descriptivo, luego avanzaremos sobre la percepción que los macroeconomistas tienen de su propia disciplina para, finalmente, exponer la resignificación crítica de este compartimento.

A diferencia de la microeconomía, la base de consensos generales y creencias comunes en macroeconomía ha sufrido, en relativamente pocas

décadas, varias mutaciones sustanciales. En 1955, por ejemplo, Paul Samuelson en uno de los libros de texto más aceptados afirmaba que:

In recent years, 90 per cent of American economists have stopped being 'Keynesian economists' or 'Anti-Keynesian economists'. Instead, they have worked toward a synthesis of whatever is valuable in older economics and in modern theories of income determination. The result might be called neo-classical economics and is accepted, in its broad outlines, by all but about five per cent of extreme left-wing and right-wing writers (Samuelson, citado en Blanchard, 2008: 7).⁹⁷

Este consenso casi absoluto que Samuelson exaltaba era totalmente distinto del que se intentó establecer desde los años setenta hasta la actualidad. De hecho, en los manuales más modernos de macroeconomía avanzada casi no quedan rastros de lo que constituía el núcleo de la disciplina en las dos décadas que siguieron inmediatamente a la *Teoría general*. Si esta eliminación no está culminada, se debe a que suele reflejarse tardíamente en las obras escolares, de modo que es común enfrentarse a textos de formación que se encuentran más de una “generación” atrás de lo que los macroeconomistas consideran un fiel reflejo del consenso sobre lo que es su propia disciplina en cada momento.⁹⁸

Obviamente, el derrotero de los “consensos” en macroeconomía coincidió notoriamente, desde 1936 hasta nuestros días, con las huellas que dejaron a su paso los cambios cíclicos profundos de la acumulación de capital en los Estados Unidos y en las principales economías de occidente.

Con la Gran Depresión de la década de 1930 como telón de fondo, la llamada revolución keynesiana encontró terreno fértil para abrirse paso. [...] A partir de los

⁹⁷ “En los años recientes, el 90 por ciento de los economistas americanos dejaron de ser ‘economistas Keynesianos’ o ‘economistas Anti-Keynesianos’. En lugar de eso, han ido trabajando hacia una síntesis de todo lo que sea valioso en la vieja economía y en las modernas teorías de determinación del ingreso. El resultado podría llamarse economía neoclásica y es aceptado, en sus grandes trazos, por todos excepto el cinco por ciento de los autores de extrema izquierda y extrema derecha (Traducción propia).

⁹⁸ “En cuanto a la investigación, la macroeconomía en el sentido keynesiano de teorizar, es decir sobre la base de modelos estáticos que empiezan con relaciones entre agregados, al menos en su mayor parte, ha muerto, ha tenido una muerte lenta. Finalmente, ya se acabó. No obstante, no se observa que haya dejado de usarse en los planes de estudio de los programas en economía de la mayoría de las universidades que conozco” (Wallace, 1996: 4).

años cuarenta se fue consolidando la llamada “síntesis neoclásica” [...] Nació así una nueva ortodoxia que conquistó una sólida hegemonía durante la posguerra. No obstante, el predominio del “consenso keynesiano” se desmoronó a principios de la década de 1970, también como subproducto del estallido de una nueva crisis económica mundial, la denominada crisis del petróleo. [...] La estanflación demostraba su fracaso práctico mientras que la infructuosa búsqueda de microfundamentos probaba su fracaso teórico (Kicillof, 2010a: 1).

Los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos fueron las principales corrientes que protagonizaron el desarrollo de la macroeconomía desde los años setenta hasta la actualidad. Los primeros introdujeron los modelos estocásticos dinámicos de equilibrio general con expectativas racionales –entre sus precursores se encuentran el modelo de las islas de Lucas (1972) y el de ciclo real de equilibrio de Kydland y Prescott (1977)– manteniendo el supuesto de mercados que se vacían siempre. Las principales conclusiones de esta corriente se resumen en la concepción de la política monetaria discrecional como dañina o en todo caso, al igual que la política sistemática, irrelevante para incrementar la producción o el empleo. De este modo, salvo que se introduzca alguna imperfección “bien especificada” –por ejemplo, información imperfecta (Lucas, 1972)–, las fluctuaciones cíclicas estarían originadas en los movimientos bruscos de la oferta (*shocks* tecnológicos).

Este reciente consenso, basado en los modelos de los nuevos clásicos, fue mucho menos sólido que el de la síntesis, y abrió la pregunta dentro del propio mainstream acerca del estatus epistemológico de la macroeconomía y de la naturaleza de los progresos en dicho compartimento.

La macroeconomía según los macroeconomistas

Los interrogantes epistemológicos al interior del *mainstream* se desplegaron en el marco de la discusión acerca del carácter “práctico” de la macroeconomía, en oposición al carácter “teórico” de los modelos fundamentales de la microeconomía. Tanto si tomamos, por ejemplo, un manual canónico de macroeconomía, como el de Rudiger Dornbusch y Stanley Fischer, o si seguimos a Gregory Mankiw, parece encontrarse una posición definida:

Dado que la macroeconomía está estrechamente relacionada con los problemas económicos de la actualidad, no produce grandes satisfacciones a aquellos

cuyo interés primordial es teórico. La necesidad de que la teoría abarque la mayor cantidad de temas posible y de que sea manejable al mismo tiempo hace que las fronteras de las teorías macroeconómicas sean algo borrosas. Y la macroeconomía pone el acento en la necesidad de que la teoría sea manejable, así como en sus aplicaciones (Fischer y Dornbusch, 1994: 4).

El subcampo de la macroeconomía no nació como una ciencia, sino más bien como un tipo de ingeniería. Dios puso a los macroeconomistas en la tierra no para proponer y probar teorías elegantes, sino para resolver problemas prácticos [...]. En gran medida, Keynes y quienes construyeron modelos keynesianos tenían la perspectiva de los ingenieros (Mankiw, 2006: 1-3).

Con esto, pareciera que no habría mucho más que aclarar pues “a confesión de parte, relevo de prueba”. Es decir, podríamos continuar directamente, tal como lo hicimos con la micro, con el desarrollo de nuestra tesis. Pues qué otra cosa serían los “problemas prácticos” que se presentan como el objeto de la macroeconomía, sino las formas concretas particulares que toman las determinaciones generales del sistema, cuyo despliegue quedó abortado en el compartimento micro. Sin embargo, antes cabe despejar una cuestión, pues el interés ingenieril citado anteriormente es aplicado, a veces, en forma selectiva por el *mainstream* actual, de modo que solo le correspondería, enteramente, a la teoría macroeconómica “primitiva” que precedió al consenso reciente.

Mientras los primeros macroeconomistas eran ingenieros que intentaban resolver problemas prácticos, los macroeconomistas de las últimas décadas han estado más interesados en desarrollar herramientas analíticas y establecer principios teóricos [...]. Como resultado de las tres olas de la nueva economía clásica, el campo de la macroeconomía *se volvió riguroso en forma creciente* y cada vez más atado a las herramientas de la microeconomía. Los modelos del ciclo económico real eran *ejemplos dinámicos específicos de la teoría del equilibrio general de Arrow-Debreu*. De hecho, este fue uno de sus principales aspectos de venta (Mankiw, 2006: 7, resaltado nuestro).

A su vez, también siguiendo a Mankiw, en la configuración actual del debate en macroeconomía, los nuevos keynesianos continuarían con la actitud “ingenieril” de los primeros macroeconomistas:

La división de economistas entre nuevos clásicos y nuevos keynesianos no es, fundamentalmente, entre la derecha política y la izquierda política. Es, en un sentido más amplio, una división entre los científicos puros y los ingenieros económicos (Mankiw, 2006: 8).

Antes dijimos que una de las diferencias más importantes entre Keynes y las distintas corrientes macroeconómicas posteriores es, justamente, que aquel no puede completar su crítica a la teoría de Marshall sin adentrarse en el análisis de las determinaciones generales del sistema (mercancía, dinero, capital, interés, etc.), y que, por lo tanto, debe ofrecer explicaciones alternativas para cada una de esas formas económicas fundamentales.⁹⁹ El intento de Keynes de proporcionar esas explicaciones es lo que se ha dejado afuera en su asimilación por parte de la síntesis neoclásica y, obviamente, también por el consenso reciente, tanto en el caso de los nuevos clásicos, como en el de los nuevos keynesianos.¹⁰⁰ Por otro lado, también expusimos hasta qué punto la economía moderna mutila los desarrollos originales acerca de las determinaciones generales del sistema, realizados por Walras y Marshall, bajo la forma invertida de “microfundamentos”. Sin embargo, para los macroeconomistas modernos, es decir, para quienes siguen esta discusión con una óptica situada desde adentro de la compartimentación, no es de extrañar que los atributos de las corrientes en debate aparezcan al revés: los nuevos keynesianos, por ser herederos de la *Teoría general*, no tendrían un enfoque realmente teórico (científico) sino práctico (ingenieril), mientras que los nuevos clásicos, al tomar como punto de partida a los modelos microeconómicos, sí serían verdaderamente científicos.

Esta confusión fue llevando, dentro del nuevo consenso *post* síntesis neoclásica, a la admisión de posibles contradicciones entre, por un lado, aquellos modelos que serían más “consistentes”, pero que tendrían importantes dificultades para representar el movimiento concreto de la acumulación y, por el otro lado, los modelos que, resignando rigurosidad teórica en su especificación, ganarían en “relevancia práctica”.

⁹⁹ Para un análisis crítico del contenido de esas explicaciones alternativas ofrecidas en la *Teoría general*, véase Kicillof (2005 y 2007).

¹⁰⁰ Véase Kicillof (2004).

The choice between alternative theories of the business cycle, in particular, between real business cycle theory and new Keynesian theory, is partly a choice between internal and external consistency. Real business cycle theory extends *the Walrasian paradigm, the most widely understood and taught model in economics*, and provides a unified explanation for economic growth and economic fluctuations. New Keynesian theory, in its attempt to mimic the world more accurately, relies on nominal rigidities that are observed but only little understood. Indeed, new Keynesians sometimes suggest that to understand the business cycle, it may be necessary to reject the axiom of rational, optimizing individuals, an act that for economists would be the ultimate abandonment of internal consistency (Mankiw, 1989: 89, resaltado nuestro).¹⁰¹

Lucas parece estar quejándose de que Solow no aprecia el mayor rigor analítico que puede ofrecer la nueva macroeconomía clásica. Solow parece estar quejándose de que Lucas no aprecia la evidente falta de realismo de sus supuestos sobre el despeje del mercado. Cada uno de ellos tiene su punto de vista. Desde el punto de vista de la ciencia, tiene mucho mayor atractivo el mayor rigor analítico de los nuevos clásicos. Pero desde el punto de vista de la ingeniería, el costo de este añadido parece ser demasiado rigor a soportar (Mankiw, 2006: 13).

Esta posición sintetiza dos elementos claves para nuestra relectura. En primer lugar, cabe constatar si, efectivamente, los nuevos clásicos se proponían alejarse de los problemas “prácticos” para volver a la “teoría” o si, por el contrario, se veían a sí mismos como continuadores directos de los “ingenieros” de la síntesis. En segundo lugar, aun suponiendo que la primera de las anteriores fuera la interpretación correcta, se hace necesario analizar qué significa para el *mainstream* el retorno a los “principios generales” y la

¹⁰¹ “La elección entre distintas teorías del ciclo de negocios, en particular entre la teoría del ciclo real de negocios y la teoría neokeynesiana, es en parte una elección entre consistencia interna y externa. La teoría del ciclo real de negocios extiende el paradigma walrasiano, el modelo económico más ampliamente estudiado y aprendido, y provee una explicación unificada para el crecimiento económico y para las fluctuaciones económicas. La teoría neokeynesiana, en su intento de reflejar el mundo de un modo más preciso, se apoya en las rigideces nominales que se observan pero que son poco comprendidas. En efecto, los neokeynesianos a veces sugieren que para entender el ciclo de negocios quizás sería necesario rechazar el axioma de individuos racionales optimizadores, un acto que, para los economistas, sería el abandono definitivo de toda consistencia interna” (Traducción propia).

búsqueda de un mayor “rigor teórico”. Esta segunda cuestión se tratará en el apartado siguiente.

Respecto del primer elemento, cabe señalar que la crítica más reconocida de Milton Friedman –influyente antecesor de la nueva macroeconomía clásica– fue de carácter eminentemente empírico, al plantear que la curva de Phillips no se cumpliría en el largo plazo. Lo mismo sucede con los señalamientos de Robert E. Lucas, ya que su crítica toma relevancia a partir de controvertir las políticas basadas en los macromodelos estadísticos inspirados en la síntesis. De hecho, el propio Mankiw admitía que los desarrollos de los nuevos clásicos se organizaban alrededor de su contraposición con los planteos de la síntesis en términos de orientaciones de política económica.

En su *Econometric Policy Evaluation: A Critique*, Lucas (1976) argumentó que los modelos keynesianos convencionales eran inútiles para el análisis de políticas pues fallaban en considerar seriamente a las expectativas; como consecuencia de ello, los parámetros sobre los que se basaban estos modelos podían alterarse si se implementaba una política alternativa. También Lucas (1973) propuso una teoría del ciclo económico fundada en los supuestos de información imperfecta, expectativas racionales y *market clearing*. En esta teoría, la política monetaria solo tiene relevancia en tanto y en cuanto sorprende a la gente y la confunde acerca de los precios relativos. Barro (1977) presentó evidencia de que este modelo era consistente con datos de series de tiempo de los Estados Unidos. Sargent y Wallace (1975) llaman la atención acerca de una implicancia clave para el diseño de políticas: puesto que es imposible sorprender sistemáticamente a las personas racionales, la política monetaria sistemática dirigida a estabilizar la economía está condenada al fracaso. La tercera ola de economía de los nuevos clásicos fueron las teorías del Real Business Cycle de Kydland y Prescott (1982) y Long y Plosser (1983). Al igual que las teorías de Friedman y Lucas, fueron construidas bajo el supuesto de que los precios ajustan instantáneamente para equilibrar los mercados, una diferencia radical respecto de las teorías keynesianas. Pero a diferencia de los nuevos clásicos que los habían precedido, la teoría del Real Business Cycle no otorgaba rol alguno a la política monetaria –fuera o no imprevista– en la explicación de las fluctuaciones económicas. El énfasis se colocaba más bien en el papel de los shocks aleatorios de tecnología y la sustitución intertemporal entre consumo y ocio que estos shocks inducían (Mankiw, 2006: 8).

Más allá de si la “mayor formalización”, en particular la construcción de modelos estocásticos dinámicos de equilibrio general con expectativas racionales, atenta o no contra la capacidad de explicación e “intervención” directa en la acumulación de capital, los fundadores de la nueva macroeconomía clásica se veían a sí mismos persiguiendo los objetivos característicos de este compartimento desde su nacimiento.

The objectives of equilibrium business cycle theory are taken, without modification, from the goal which motivated the construction of the Keynesian macroeconomic models: to provide a scientifically based means of assessing, quantitatively, the likely effects of alternative economic policies (Lucas y Sargent, 1978: 15).¹⁰²

La macroeconomía científica moderna considera que un (¿el?) papel esencial de la teoría es el desarrollo de pseudomundos o, en palabras de Lucas [1980b], la ‘provisión de sistemas económicos artificiales totalmente articulados que puedan servir como laboratorios para probar a un costo muy bajo políticas que sería prohibitivamente costoso probar en las economías reales’ (Summers, 1991: 170).

Desde el punto de vista histórico concreto, mientras todavía perduraba en el *mainstream* el impacto de la teoría general, siempre vista a través de los ojos de la síntesis neoclásica, los macroeconomistas construyeron herramientas estadísticas orientadas a servir de guía para la toma de decisiones en materia de política económica.¹⁰³ En todo caso, la incapacidad del consenso posterior para ofrecer un conjunto tan vasto de herramientas estadísticas que

¹⁰² “Los objetivos de la teoría del ciclo de negocios de equilibrio son tomados, sin modificación, de la meta que motivó la construcción de los modelos macroeconómicos keynesianos: proveer medios para asesorar cuantitativamente, sobre una base científica, los efectos probables de distintas políticas económicas” (Traducción propia).

¹⁰³ “Por los años sesenta, había muchos modelos compitiendo, cada uno basado en las propuestas de los prominentes keynesianos de la época, tales como el Modelo de la Wharton asociado a Klein, el DRI (Fuentes de Datos Inc.) modelo asociado con Otto Eckstein, y el MPS (MIT-Penn-Social Science Research Council) modelo asociado con Alberto Ando y Modigliani. Estos modelos se usaron ampliamente para el pronóstico y análisis de políticas. El modelo MPS fue mantenido por la Reserva Federal durante muchos años y se volvería precursor del modelo de FRB/US que todavía hoy se mantiene y es utilizado por el staff del FED. [...] Todos ellos tenían una estructura esencialmente Keynesiana. En la parte posterior de cada modelo estaba el mismo modelo simple que se enseñaba a los estudiantes de la época: una curva IS que relacionaba las condiciones financieras y de política fiscal con los componentes de PIB, una curva LM que determinaba la tasa de interés como el precio de equilibrio entre la oferta y demanda de dinero, y cierto tipo de curva de Phillips que describía cómo el nivel de precios responde con el tiempo a los cambios de la economía” (Mankiw, 2006: 4-6).

pueda guiar positivamente a la política económica, como el inspirado en la síntesis, parecía justificada, en una primera etapa, por su mayor complejidad matemática y estadística. La actitud optimista de esta nueva corriente confiaba en poder construir ese herramental práctico en un futuro cercano.

So far, these new theoretical and econometric developments have not been fully integrated, although clearly they are very close, both conceptually and operationally. We consider the best currently existing equilibrium models as prototypes of better, future models which will, we hope, prove of practical use in the formulation of policy. [...] Yet these tentative models share certain features which can be regarded as essential, so it is not unreasonable to speculate as to the likelihood that any model of this type can be successful or to ask what equilibrium business cycle theorists will have in ten years if we get lucky (Lucas y Sargent, 1978: 10).¹⁰⁴

A tal punto estaba planteado el objetivo “ingenieril” dentro del objetivo teórico por los nuevos clásicos que Mankiw, en 1990, adelantaba algún tipo de reconocimiento del nuevo enfoque en términos prácticos.

Si bien una vez fue revolucionario el enfoque de las expectativas racionales al trabajo empírico, ahora es estándar. Encuentra su desarrollo más avanzado en los métodos de la ecuación de Euler, que evolucionaron del trabajo de Hall sobre el consumo. Los investigadores han aplicado estos métodos para estudiar la oferta de trabajo, la demanda de trabajo, el gasto en artículos de consumo duradero, inversiones fijas de negocios y acumulación de inventarios. A pesar de que es poco probable que estas nuevas técnicas reemplacen por completo los enfoques econométricos “chapados a la antigua”, se han ganado un lugar permanente en la caja de herramientas de los economistas prácticos (Mankiw, 1990: 254-255).

¹⁰⁴ “Hasta aquí, los nuevos desarrollos teóricos y econométricos no han sido totalmente integrados, sin embargo, están claramente muy cerca, tanto conceptual como operacionalmente. Consideramos a los mejores modelos de equilibrio actualmente existentes como prototipos de mejores modelos futuros que, esperamos, demuestren su uso práctico en la formulación de políticas. [...] Sin embargo, estos modelos tentativos comparten ciertos aspectos que pueden considerarse esenciales, por lo que no es alocado especular con la posibilidad de que cualquier modelo de este tipo pueda tener éxito o preguntarse qué teóricos del ciclo de negocios de equilibrio tendremos en diez años si tenemos suerte” (Traducción propia).

Y justificaba la espera por el pleno impacto de las nuevas herramientas estadísticas del siguiente modo:

En este artículo son examinados algunos de los adelantos recientes en macroeconomía. El público al que va dirigido incluye a economistas prácticos que se encuentran en la empresa privada y en el gobierno, que a menudo observan la investigación reciente con una mezcla de diversión, asombro y desdén. El objetivo no es proselitista. Más bien, consiste en demostrar la manera en que varios adelantos recientes señalan el camino hacia una mejor comprensión de la economía, así como la sugerencia de Copérnico de un sistema heliocéntrico señaló el camino hacia una mejor comprensión del movimiento planetario. A pesar de ello, así como Copérnico no vio su propuesta completamente realizada en vida, no debemos esperar que estos desarrollos recientes, a pesar de ser prometedores, sean de gran utilidad práctica en el futuro cercano. A largo plazo, sin embargo, muchos de estos desarrollos cambiarán en gran forma la manera en que todos los economistas piensan acerca de la economía y de la política económica (Mankiw, 1990: 246).

Sin embargo, en 2006, ya cansado de esperar los frutos “prácticos” de la nueva corriente dominante, el mismo Mankiw sentenciaba:

En una mirada retrospectiva, está claro que los economistas nuevos clásicos prometieron más de lo que dieron. Su objetivo confeso era desechar la teoría keynesiana y reemplazarla con modelos de equilibrio de mercado que podrían ser llevados a los datos empíricos y luego usados para el análisis de políticas. Juzgado con ese criterio, el movimiento fracasó. [...] los desarrollos recientes en la teoría del ciclo económico, promovidos tanto por los nuevos clásicos como por los nuevos keynesianos, han tenido un impacto casi nulo en la práctica de la política económica (Mankiw, 2006: 14-15).

Desde el lado opuesto, Chari y Kehoe sostienen que el éxito de los nuevos clásicos en términos de impacto en la reformulación de las políticas macroeconómicas fue rotundo:

Over the last three decades, macroeconomic theory and the practice of macroeconomics by economists have change significantly –for the better. *Macroeconomics is now firmly grounded in the principles of economic theory.* These

advances have not been restricted to the ivory tower. Over the last several decades, the United States and other countries have undertaken a variety of policy changes that are precisely what macroeconomic theory of the last 30 years suggest. [...] The evidence that these theoretical advances have had a significant effect on the practice of policy is often hard to see for policy makers and advisers who are involved in the hurly-burly of day-to-day policy making, but easy to see if one steps back and takes a longer-term perspective. Examples of the effects of theory on the practice of policy include increased central bank independence; adoption of inflation targeting and other rules to guide monetary policy; increased reliance on consumption and labor taxes instead of capital income taxes; and increased awareness of the costs of policies that distort labor markets. (Chari y Kehoe, 2006: 3, resaltado nuestro).¹⁰⁵

Solow, desde una posición crítica, también reconoce la influencia práctica de la nueva corriente y, más aún, su correspondencia con las fases políticas en las que se enmarca.

The theory is neat, learnable, not terribly difficult, but just technical enough to feel like 'science'. Moreover it is practically guaranteed to give laissez-faire-type advice, which happens to fit nicely with the general turn to the political right that began in the 1970's and may or may not be coming to an end (Solow, 2008: 245).¹⁰⁶

De todos modos, la crítica de Solow consiste en plantear que los “principios de la teoría económica” no requieren necesariamente de los modelos de la

¹⁰⁵ “En las últimas tres décadas, la práctica y la teoría de los macroeconomistas ha cambiado significativamente, para mejor. La macroeconomía está ahora firmemente basada en los principios de la teoría económica. Estos avances no se han restringido a la torre de marfil. Durante las últimas décadas, los Estados Unidos y otros países han emprendido una variedad de cambios de política que son precisamente lo que la teoría macroeconómica de los últimos 30 años sugería. [...] La evidencia de que estos avances teóricos tuvieron un efecto significativo en la política a veces es difícil de apreciar por los hacedores de política y asesores que están envueltos en el torbellino del día a día de las políticas económicas, pero es fácil de advertir si se toma distancia y se adopta una perspectiva de largo plazo. Ejemplos de los efectos de la teoría en la puesta en práctica de políticas económicas son la creciente independencia de los bancos centrales; la adopción de objetivos de inflación y otras reglas de manejo de la política monetaria; la mayor incidencia de los impuestos al consumo y al trabajo frente a los impuestos a los ingresos de capital, la mayor preocupación por los costos de las políticas que distorsionan los mercados laborales” (Traducción propia).

¹⁰⁶ “La teoría es ordenada, factible de aprender, no terriblemente difícil, pero lo suficientemente técnica como para parecer ‘ciencia’. Más aún, está prácticamente asegurado brindar el asesoramiento de tipo laissez-faire que encaja tan bien con el cambio político general hacia la derecha que comenzó en los setenta y que podría o no estar llegando a su fin” (Traducción propia).

nueva macroeconomía clásica, con sus “agentes representativos”, sino que simplemente exigen “continuidad y homogeneidad de grado cero en las funciones de exceso de demanda”, y que satisfagan la denominada “Ley de Walras”.¹⁰⁷

Por lo tanto, ya sea interpretando sus resultados prácticos como un fracaso o como un éxito, la nueva macroeconomía clásica ha estado tan orientada a la construcción de modelos para el asesoramiento de la política económica, como sus predecesores de la síntesis neoclásica. Se trata, por lo tanto, de dos tipos de ingenieros distintos y no de la diferencia entre estos y los científicos “teóricos”. El hecho de que uno de esos tipos de ingenieros no logre construir modelos prácticos para orientar la política económica no los convierte en buenos teóricos. Podría convertirlos en malos ingenieros, salvo que su objetivo original, explícita o implícitamente, no haya sido el de construir nuevas herramientas adicionales para que los estados operen directamente en el sostenimiento de la acumulación, sino el de destruir las herramientas anteriores y, así, hacer retroceder a las formas de intervención pública directa características de la segunda posguerra. Cabe señalar que no se trata de una disyuntiva abstracta entre regular o liberalizar los mercados, sino de dos formas diferentes de intervención profunda del Estado en la acumulación.

En este sentido, la magnitud de la victoria práctica de los nuevos clásicos puede apreciarse en su capacidad para producir a sus propios rivales a su medida y determinar, así, el terreno de los debates. Las divergencias entre los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos residen fundamentalmente en la adopción de uno u otro conjunto de supuestos organizadores,

107 “You could claim that it is not possible to do better at this level of abstraction; that there is no other tractable way to meet the claims of economic theory. I think this claim is a delusion. We know from the Sonnenschein-Mantel-Debreu theorems that the only universal empirical aggregative implications of general equilibrium theory are that excess demand functions should be continuous and homogeneous of degree zero in prices, and should satisfy Walras Law. Anyone is free to impose further restrictions on a macro model, but they have to be justified for their own sweet sake, not as being required by the principles of economic theory”. [“Se podría reclamar que, a este nivel de abstracción, no es posible hacerlo mejor; que no existe otra forma manejable de satisfacer los requisitos de la teoría económica. Creo que este planteo es un engaño. Sabemos por los teoremas de Sonnenschein-Mantel-Debreu que las únicas implicaciones agregadas, empíricas y universales, de la teoría del equilibrio general son que las funciones de exceso de demanda deben ser continuas y homogéneas, de grado cero en precios, y que deben satisfacer la ley de Walras. Cualquiera es libre de imponer restricciones ulteriores a un modelo macro, pero deben justificarse por sus propios motivos específicos, no como si fueran requisitos de los principios de la teoría económica” (Solow, 2008: 244, traducción propia)].

escogidos a modo de axiomas, para tratar de representar el movimiento concreto de la acumulación, y no responden a diferencias en los métodos de modelización,¹⁰⁸ ni mucho menos a la existencia de concepciones alternativas respecto de las formas económicas más abstractas, es decir, de las determinaciones generales del sistema. Los nuevos keynesianos intentaron modelizar fricciones e imperfecciones con el fin de explicar el desempleo involuntario y las crisis, y así justificar, solo en acotados casos, el uso de algunas herramientas de política económica para su estabilización. Estos también adoptaron los modelos estocásticos dinámicos de equilibrio general, pero sin algunos de los supuestos tradicionales, por ejemplo, sin subastador que vacía los mercados o sin empresas perfectamente competitivas.

“[...] respecto al asunto crucial de la teoría de los ciclos económicos, para el que hay cierto movimiento hacia un nuevo consenso. [...] Para explicar las fluctuaciones económicas, los nuevos teóricos neoclásicos subrayan ahora los disturbios de la tecnología, la sustitución intertemporal del tiempo libre y los ciclos económicos reales. Los teóricos neokeynesianos ahora hablan de competencia monopólica, costos de menú y salarios de eficiencia. De manera más general, los clásicos siguen creyendo que el ciclo económico puede comprenderse dentro de un modelo de mercados sin fricciones, mientras que los keynesianos creen que son necesarias las fallas de mercado de diversos tipos para explicar las fluctuaciones en la economía (Mankiw, 1990: 266).

En síntesis, todo el debate de los últimos treinta años en macroeconomía está protagonizado por la aplicación de un mismo tipo de modelo, orientado a evaluar recomendaciones de política económica al gobierno, donde algunos –los nuevos keynesianos– eligen incorporar rigideces e imperfecciones, mientras que otros –los nuevos clásicos– optan por mantener el supuesto base de mercados que se equilibran autónomamente y llegan a óptimos. Esta es toda la divergencia posible dentro del canon científico actual en macroeconomía que, así, se vanagloria de haber conquistado un nuevo

¹⁰⁸ “La investigación en la tradición de la Nueva Economía Clásica, como la de Mehra y Prescott [1985], donde se evitan las pruebas estadísticas formales, cae dentro del enfoque pragmático defendido aquí, mientras que investigaciones keynesianas como la de Rotemberg [1983] o Blanchard [1986] adoptan el punto de vista estadístico formal que se critica en este artículo” (Summers, 1991: 155).

estadio, interpretado como un progreso absoluto respecto de lo que constituía el consenso anterior.¹⁰⁹ En este contexto, después del estado de agitación fruto de la caída del consenso de la síntesis, parecía que volvía a reinar la calma en la macroeconomía.

The theme is that, after the explosion (in both the positive and negative meaning of the word) of the field in the 1970s, there has been enormous progress and substantial convergence. For a while -too long a while- the field looked like a battlefield. Researchers split in different directions, mostly ignoring each other, or else engaging in bitter fights and controversies. Over time however, largely because facts have a way of not going away, a largely shared vision both of fluctuations and of methodology has emerged. Not everything is fine. Like all revolutions, this one has come with the destruction of some knowledge, and suffers from extremism, herding, and fashion. But none of this is deadly. The state of macro is good. (Blanchard, 2008: 2).¹¹⁰

That there has been convergence in vision may be controversial. That there has been convergence in methodology is not: Macroeconomic articles, whether they be about theory or facts, look very similar to each other in structure, and very different from the way they did thirty years ago. The changes can be traced in part to a reaction against some of the errors of the past, but mostly to technological progress: We can solve and estimate models we just could not solve then (Blanchard, 2008: 21).¹¹¹

¹⁰⁹ Bien vista, sin embargo, toda la etapa posterior a la década de 1970 puede caracterizarse como una verdadera restauración neoclásica, que hace poco logró consumarse a través de la convergencia entre los nuevos clásicos y los nuevos keynesianos. Sistemáticamente fueron borrándose las huellas de lo que aún quedaba vivo de la revolución keynesiana” (Kicillof, 2010a: 2).

¹¹⁰ “La cuestión es que, luego de la explosión (tanto en sentido positivo como negativo de la expresión) de la disciplina en los setenta, hubo un enorme progreso y una convergencia sustancial. Por un tiempo –muy largo– la disciplina parecía un campo de batalla. Los investigadores se dispersaban en distintas direcciones, mayormente ignorándose entre sí, o enfrentándose en controversias y discusiones. Con el tiempo, sin embargo, sobre todo porque los hechos tienen la costumbre de no desaparecer, emergió una visión ampliamente compartida tanto de la metodología como de las fluctuaciones. No todo es perfecto. Como todas las revoluciones, esta también ha implicado cierta destrucción de conocimiento, y no está libre de extremismos, efectos manada y modas. Pero nada de esto es mortal. El estado de la macro es bueno” (Traducción propia).

¹¹¹ “Que hubo convergencia de enfoque puede ser controversial. Que hubo convergencia en la metodología no: los artículos en macroeconomía, sea que traten de teoría o de hechos, son todos muy similares entre sí en sus estructuras y son muy diferentes de lo que eran treinta años atrás. Los cambios pueden deberse, en parte, a una reacción contra algunos de los errores del pasado, pero mayormente se explican por el progreso tecnológico: ahora podemos resolver y estimar modelos que antes simplemente no podíamos” (Traducción propia).

I have argued that macroeconomics is going through a period of great progress and excitement, and that there has been, over the past two decades, convergence in both vision and methodology (Blanchard, 2008: 26).¹¹²

Esta calma intelectual se enmarcaba en un discurso ideológico que concebía la relativa estabilidad en la acumulación y la ausencia de fluctuaciones violentas en los niveles de actividad, como el resultado de la aplicación práctica de los frutos teóricos del nuevo consenso.¹¹³ Aproximadamente cincuenta años después de la cita de Samuelson que tomamos al inicio de este apartado, y con un contenido casi opuesto al que este le dio, el *mainstream* macroeconómico volvía a autovanagloriarse:

My thesis in this lecture is that macroeconomics in this original sense has succeeded: its central problem of depression prevention has been solved, for all practical purposes, and has in fact been solved for many decades (Lucas, 2003: 1).¹¹⁴

Mal que les pese a los nuevos clásicos, antes de que este consenso pueda fructificar y así saldar cuentas definitivamente con el de la síntesis neoclásica, el diablo o, mejor dicho, la acumulación de capital, volvió a meter la cola. Con la crisis mundial del 2008 aparecieron de nuevo los grandes desconciertos en las propias filas del *mainstream* y la paz se resquebrajó.

Para los macroeconomistas y los hacedores de política era tentador apropiarse de los créditos por la sostenida declinación de las fluctuaciones cíclicas desde principios de 1980 y concluir que nosotros sabemos cómo conducir la política macroeconómica. No resistimos la tentación. La crisis claramente nos fuerza a poner en cuestión nuestra valoración previa” (Blanchard, Dell’Ariccia y Mauro, 2010: 3).

112 “He argumentado que la macroeconomía está atravesando un periodo de gran progreso y ebullición, y que hubo, durante las dos décadas pasadas, convergencia tanto metodológica como de enfoque” (Traducción propia).

113 Véase, por ejemplo, Bernanke (2004).

114 “Mi tesis en esta lección es que la macroeconomía, en su sentido original, ha triunfado: su problema central de prevención de las depresiones ha sido resuelto, para todo propósito práctico, y ha sido resuelto por varias décadas” (Traducción propia).

En este sentido, el último trabajo de Romer es lapidario:

The trouble is not so much that macroeconomists say things that are inconsistent with the facts. The real trouble is that other economists do not care that the macroeconomists do not care about the facts. An indifferent tolerance of obvious error is even more corrosive to science than committed advocacy of error [...] You may not share my commitment to science, but ask yourself this: Would you want your child to be treated by a doctor who is more committed to his friend the anti-vaxer and his other friend the homeopath than to medical science? If not, why should you expect that people who want answers will keep paying attention to economists after they learn that we are more committed to friends than facts (Romer, 2016: 22).¹¹⁵

¿A qué se debe esto? ¿A que la macro es, simplemente, más “dinámica” que la micro? ¿O, como hemos venido argumentando, esto obedece a razones más profundas? Para contestar estos interrogantes debemos volver sobre el contenido de aquellos “principios generales” que, según el propio *mainstream*, dotan de mayor “rigor metodológico” a la macroeconomía moderna.

Resignificación de la macroeconomía

En el apartado anterior demostramos que las principales corrientes macroeconómicas organizan su producción teórica en torno a la orientación directa de la política económica, y que las polémicas entre las distintas escuelas giraron alrededor de la mayor o menor “rigurosidad científica” de los modelos que constituyen sus puntos de partida. En definitiva, se discutía si los modelos válidos de determinación del ingreso, el empleo, los salarios, la tasa de interés, etc., seguían siendo los inspirados en la síntesis

¹¹⁵ “El problema no es tanto que los macroeconomistas digan cosas inconsistentes con los hechos. El verdadero problema es que a otros economistas no les importa que los macroeconomistas no les presten atención a los hechos. La tolerancia indiferente del error evidente es más corrosiva aún para la ciencia que su defensa comprometida. [...] Usted podría no compartir mi compromiso con la ciencia, pero pregúntese lo siguiente: ¿estaría dispuesto a que su hijo sea atendido por un doctor que está más comprometido con su amigo antivacunas y su otro amigo el homeópata que con la medicina? Si dice que no, por qué esperaría que quienes buscan respuestas sigan escuchando a los economistas luego de saber que estamos más comprometidos con los amigos que con los hechos” (Traducción propia).

neoclásica o, por el contrario, los contruidos a partir de las premisas de la nueva macroeconomía clásica y keynesiana.

En el marco de nuestra relectura crítica, podemos señalar que toda la polémica del apartado anterior acerca del “rigor metodológico” de la macro no es sino el resultado necesario, la contracara, de la mutilación que analizamos anteriormente en el compartimento micro. Tal como lo ejemplificábamos con la interpretación de Walras realizada por Pareto y Jaffé, vimos que la microeconomía se desarrolla sustituyendo los planteos originales de Walras y Marshall acerca del valor, la mercancía, el dinero, el capital, etc., por sus esquemas operacionales, es decir, por los supuestos necesarios para la construcción de los sistemas de ecuaciones y sus modelos matemáticos característicos. Desde el punto de vista del compartimento macro, basta ahora con apelar a la autoridad de aquellos pensadores, pero tal como se los sirve la micro y, por lo tanto, sin tener que adentrarse ya en la discusión sobre las determinaciones generales del sistema. Entre las formas más crudas que adopta el marginalismo para la obturación de todo debate acerca de esas cuestiones se encuentra el reemplazo de los desarrollos más profundos de Walras por el “paradigma walrasiano”, cuyo contenido se reduce al modelo de equilibrio general de Arrow-Debreu y sus modernas versiones dinámicas. Estos son los “microfundamentos” que pasan por “principios generales” en la economía moderna y le otorgan su “mayor rigor metodológico”.

Una vez “resuelto” de este modo el problema, la macro puede lanzarse directamente a su tarea específica, esto es, a utilizar aquellos modelos para contrastar empíricamente hipótesis sobre decisiones de política económica. Supongamos, por un momento, que esto fuera cierto. Parecería, entonces, que la macro ya no tiene más nada que temer, pues su procedimiento estaría asegurado por seguir el método científico actual, es decir, por sustentarse en los modelos teóricos más rigurosos y por la aplicación de las más modernas técnicas estadísticas y econométricas. Sin embargo, es notable cómo toda esta estructura vuelve a sacudirse apenas es sorprendida, una y otra vez, por cada nueva crisis económica. ¿Dónde está el problema entonces? No queda otra, el problema debe estar en el método mismo. Cabe analizar a este un poco más de cerca.

El tipo general de explicación que se intenta ofrecer en macroeconomía consta de varios elementos. En primer término, todos los modelos tratan de establecer en qué se origina el movimiento de determinada variable relevante, por ejemplo, la inversión. Este paso debe dar lugar a una “teoría”.

Esta consiste en la identificación de otra u otras variables a cuyo movimiento responde el de la variable inicial, por ejemplo, la tasa de interés. En segundo lugar, la “teoría” debe precisar el modo en que el movimiento de la variable independiente, la inversión, se encuentra determinado por los movimientos de la variable explicativa, la tasa de interés. Este segundo paso debe especificar la forma que tiene la función. Una vez realizado este procedimiento, el modelo está en condiciones de ser testeado, buscando series históricas de ambos tipos de variables para confirmar y precisar el alcance de la relación bajo estudio.¹¹⁶

En ningún momento de este proceso aparece la pregunta por la naturaleza de la inversión, es decir, qué es y porqué. El único interrogante que podría llegar a contestar una teoría construida de ese modo es el de la magnitud de la variable independiente, su movimiento puramente cuantitativo. Se trata de una teoría cuyo mayor logro consiste en afirmar que la inversión sube o baja en determinada magnitud, de acuerdo con cuánto baja o sube la tasa de interés. Este método puede arrojar importantes resultados prácticos en los ámbitos donde el investigador lidia con regularidades tan fijas y permanentes como las de las ciencias naturales. Pero en las ciencias sociales, donde la cuantificación y las regularidades enfrentan obstáculos insalvables, ha sufrido no pocos traspiés.

Al no surgir del fenómeno mismo qué relación tiene con los otros, sino que ese vínculo le es adjudicado a manera de conjetura, el problema es irresoluble. Porque, aunque la asociación se repita, los fenómenos seguirán sin decir qué relación hay entre ellos. [...] Es decir, pueden transformar la realidad en la medida que, conociendo por la experiencia cómo será la magnitud de un resultado, actúen sobre la medida de los fenómenos en curso. Pero todos dependen de que la periodicidad de los fenómenos implicados se mantenga (Denari, 1991: 9-11).

En este contexto, las teorías macroeconómicas se enfrentan a un problema crucial, pues, al ser elaboradas a partir de la metodología descripta, no pueden dar cuenta, por sí mismas, de los propios límites dentro de los cuales son válidas.

¹¹⁶ Toda semejanza entre este procedimiento y la reducción de la relación de causalidad a la de “invariabilidad proporcional” entre dos variables (Pareto y Jaffé) no es para nada casual.

Aunque la teoría muestre su verificación empírica hasta el presente, queda por ver si también se aplicará a un nuevo caso. En realidad, que a una situación le siga sistemáticamente un resultado no es suficiente para afirmar que hay una relación de causa-efecto entre ellas. Puede ocurrir que, producida esa situación, el curso sea distinto, y la teoría utilizada perderá aplicación general, incluso cuestionando lo que hasta allí se creía conocer (Denari, 1991: 2).

Por lo tanto, en vez de contribuir a comprender los cambios cualitativos en la acumulación, los modelos macroeconómicos –que pasan, así, a ocupar el lugar de la teoría– solo pueden reaccionar *post festum*, revisando todas sus premisas cada vez que se registren transformaciones de envergadura en la dinámica del proceso económico. En este sentido crítico puede comprenderse que “la mecánica cuántica fue una búsqueda de nuevas correlaciones que ya no se daban en determinado ámbito. El keynesianismo ídem”.¹¹⁷ Obviamente, dentro de cada etapa, mientras los movimientos de las variables prescritos por los modelos se correspondan con las apariencias concretas, la teoría macroeconómica se ve a sí misma como una explicación general del funcionamiento del sistema, contando para ello con la “prueba” que obtiene en términos de sus resultados prácticos.

Para el economista de un banco central, que quiere bajar la tasa de interés del mercado, dadas ciertas condiciones generales, sabe que para lograrlo puede, por ejemplo, salir a ofrecer dinero a una tasa menor. Sin saber siquiera qué es el dinero, le bastan ciertas teorías monetarias para emplear esa política y alcanzar lo que buscaba (Denari, 1991: 11).

Sin embargo, dentro de este mismo aspecto puramente empírico de la macroeconomía y aun en sus fases “exitosas”, el método que la rige le impone profundas limitaciones que se expresan, por ejemplo, en el modo en que se estructuran los Sistemas de Cuentas Nacionales. Por una parte, estos deben servir de insumo para la construcción de los modelos funcionales que ocupan hoy el lugar de la teoría; por la otra parte, las nociones elementales que tratan de cuantificarse (producto, valor, capital, beneficios, etc.), así como sus respectivos criterios de medición, deberían

¹¹⁷ Denari (1991: 11).

reflejar los conceptos fundamentales de la ciencia económica. No obstante, la contabilidad social se caracteriza por su intento de presentarse como una técnica independiente de toda teoría económica particular.¹¹⁸ De este modo, no puede evitar basarse, por un lado, en las apariencias del sentido común¹¹⁹ y, por el otro, en la mayor o menor dificultad de registro como criterio metodológico para definir qué cosas han de incluirse en cada uno de los “agregados” a cuantificar.¹²⁰ Este no es un problema meramente técnico. Sin una correcta especificación cualitativa de cada variable a medir, las cuentas nacionales pierden su validez de insumo para los macromodelos y, así, se compromete el avance de la disciplina que se construye a partir de correlaciones econométricas y estadísticas como fundamento último. Pese a todo lo dicho, los Sistemas de Cuentas Nacionales de todo el mundo siguen desarrollándose separados de su propio contenido.

Como hemos sostenido a lo largo de este trabajo, el problema de la teoría económica moderna, en sus dos compartimentos, reside en haber sido consecuente con el método científico que, a su vez, la define. *En vez de volver sobre sus aspectos “literarios”, donde se encierran sus momentos progresivos, se fuerza a anteponer los modelos y sistemas de ecuaciones en donde aquellos aspectos se encuentran expresados pero inmóviles, como meras definiciones o*

¹¹⁸ “A pesar de que tal objetivo nos pone frente a la cuestión fundamental acerca de qué es o qué se entiende por “riqueza” o, más estrictamente, por “nueva riqueza”, los distintos manuales que abordan la materia no se detienen particularmente en este aspecto; es decir, aquello que se pretende cuantificar no aparece basado explícitamente en los fundamentos de alguna corriente teórica en particular [...] las Cuentas Nacionales resultan un ámbito de la Economía (probablemente, el único) que se presenta como completamente ajeno a todo debate entre distintas corrientes teóricas o conceptuales” (Kennedy, 2012: 25).

¹¹⁹ “[...] en los manuales tradicionales de Cuentas Nacionales el precio, sin ningún tipo de pregunta respecto de cuál es su origen, aparece como uno de los tantos atributos naturales de los bienes que, a diferencia de sus propias características materiales, no los diferencia sino los iguala siendo, a su vez el más práctico (con mayores ventajas) para realizar la agregación de bienes en cuestión, en tanto en las sociedades modernas la mayor parte de los bienes se intercambian en el mercado y poseen, por tanto, un precio. Por su parte, en los manuales más actuales esta problemática apenas si se discute. Por caso, en el trabajo de Propatto (2004) no aparece mención explícita al problema, mientras que en el manual de Naciones Unidas (1993) la adopción del precio se justifica en que es lo que ‘normalmente’ se hace, acción sustentada en que ‘la mayoría de las transacciones ocurren en el mercado’” (Kennedy, 2012: 31).

¹²⁰ “En pocas palabras, mientras que se considera riqueza social a todo valor de uso que satisface una necesidad, el instrumento que se utiliza para la agregación contable de los mismos no es atributo de la totalidad de estos. Esta contradicción entre el objeto de la medición y la unidad de medida que se utiliza para su agregación, lejos de dar lugar a la pregunta acerca del porqué de la misma, se resuelve rápidamente mediante el establecimiento de criterios prácticos arbitrarios, donde a la producción destinada al mercado se suman sólo algunos valores de uso sin precio, quedando de lado gran parte” (Kennedy, 2012: 38-39).

axiomas, es decir, como simples afirmaciones inmediatas. Una vez allí detenidos en su fijeza, los conceptos fundamentales ya no tienen movimiento propio. Ahí entra en escena la “teoría” de los macroeconomistas, donde a cada autor solo le queda establecer hipótesis sobre la forma de las relaciones cuantitativas que aquellos conceptos, rebajados a variables, guardan entre sí.

La macroeconomía discute habitualmente sobre la inflación, pero no analiza frontalmente la teoría básica del precio; estudia los determinantes de la inversión, pero no cuenta con una teoría fundamental acerca del origen de la ganancia; examina las causas del desempleo, pero sin por ello penetrar en la discusión sobre la naturaleza del salario (Kicillof, 2009: 473).

Nuestra lectura crítica implica poner de relieve hasta qué punto el método científico, que sustituye el análisis teórico de las determinaciones económicas más simples por el estudio de sus formas concretas directamente observables a partir de su regularidad cuantitativa, no puede apropiarse de la unidad entre las fases de fluidez progresiva de la actividad y las de crisis manifiesta. Más aún, la ciencia construida con base en aquel método tampoco puede enfrentarse a las transformaciones estructurales de la acumulación que hacen historia y de las cuales son su producto. Visto al derecho, al no poder dar cuenta de las transformaciones estructurales que marcan cambios de etapa en la acumulación, tampoco puede comprender la “normalidad” en torno a la cual fluctúa cíclicamente la actividad económica “en el corto plazo”, es decir, al interior de cada una de esas etapas.

Esta es la base para comprender por qué la macro procede *ex post*, es decir, por qué mientras hay crecimiento basta con el *conventional wisdom*, pero ni bien sobreviene la crisis mundial resurgen de sus cenizas los planteos filokeynesianos y heterodoxos en general. Y este es también el verdadero contenido de aquella discusión entre los macroeconomistas, reseñada anteriormente, acerca del carácter “ingenieril” de su disciplina. No en vano este compartimento es el que lidia con las formas concretas particulares que adopta la acumulación de capital en un espacio nacional determinado, contando para ello con un método que le obtura toda posibilidad de preguntarse acerca de sus propias determinaciones. Esto es, de su relación con las formas económicas y políticas en las que se realizan las transformaciones de la acumulación que hacen época y marcan los quiebres entre una y otra etapa histórica de su desarrollo.

Por otro lado, no basta con las respuestas pseudocríticas que, como por ejemplo en el caso de Solow, se detienen en señalar, también de modo *ex post*, la “funcionalidad” o la “influencia recíproca” entre los consensos teóricos, por un lado, y las formas políticas de cada etapa de la acumulación, por el otro. *El problema fundamental de la macroeconomía es que, al construirse de este modo, no puede enfrentarse a la política económica en sí misma y, más aún, a la forma nacional del proceso de acumulación, es decir, a los estados nacionales en sí mismos, como formas de realizarse las determinaciones económicas más simples, las leyes generales de movimiento del sistema.*

Este es el núcleo de la mutilación que se reproduce con el desdoblamiento micro-macro. Por todo lo dicho, antes de empezar a discutir acerca de las posibilidades de reunificación de ambos compartimentos, la propia teoría marginalista debe primero enfrentarse al contenido de la macro como forma concreta de realizarse las determinaciones más generales del sistema que, según vimos con anterioridad, se encuentran, a su vez, ocultas dentro de la micro. En este sentido, decimos que la macro es la micro.

Consecuencias del método en la macro: forma nacional y unidad mundial

La inversión de la relación entre las determinaciones generales y sus formas concretas de movimiento, cristalizada en la división micro-macro, está presente en el abordaje ortodoxo de los vínculos entre las formas nacionales de la acumulación y su unidad mundial. En los manuales de microeconomía la diferenciación entre nación y mundo no tendría sentido, pues sus teorías son “aplicables” a todos los países, a todo el sistema capitalista mundial y, de hecho, a todas las sociedades pasadas y futuras porque, en rigor, sus postulados se presentan como leyes inseparables de la naturaleza humana. Solo en macroeconomía tiene sentido que los manuales puedan diferenciarse por la economía nacional de la cual se extraen los ejemplos.

Más aún, dentro de la macroeconomía, todo curso y todo libro de texto debe abordar la relación que existe entre una economía nacional con el mundo. Allí, en general, se procede del siguiente modo. Los modelos que se van desplegando desde las primeras clases (y, por lo tanto, desde los primeros capítulos de los manuales) encierran explicaciones para las relaciones entre las principales variables económicas. Desde su forma más simple, los modelos van incorporando “extensiones” que los van haciendo más y más abarcativos en sus posibilidades de aplicación práctica y, por lo

tanto, se los presenta como ganando en generalidad. En este sendero se van incluyendo, entre otras ampliaciones, los mercados financieros y el sector público. Llegado un punto del desarrollo del curso, se advierte que todo lo dicho hasta allí se trataba de la representación del movimiento independiente de una economía nacional y que, “por lo tanto, para analizar totalmente la economía de un país, es preciso comprender cómo se interrelaciona con otras economías del mundo” (Mankiw, 2006: 431). Llega, entonces, el momento de “extender” el modelo para incorporar la economía mundial al análisis, pues, aunque recién ahora nos demos cuenta, hasta allí estaba quedando afuera.

Hasta ahora hemos dejado en gran parte de lado en nuestro análisis de la macroeconomía la relación de las economías con otras de todo el mundo. En el caso de la mayoría de las cuestiones macroeconómicas, los temas internacionales son periféricos. Por ejemplo, cuando analizamos la tasa natural de desempleo en Capítulo 26 y las causas de la inflación en el Capítulo 28, pudimos prescindir tranquilamente de los efectos del comercio internacional. De hecho, para simplificar su análisis, los macroeconomistas suelen partir del supuesto de una economía cerrada, es decir, de una economía que no se relaciona con otras. [...] Sin embargo, en una economía abierta –es decir, en una economía que se relaciona libremente con otras de todo el mundo– surgen algunas nuevas cuestiones macroeconómicas. En este capítulo y en el siguiente ofrecemos, pues, una introducción a la macroeconomía de la economía abierta. (Mankiw, 2006: 407).

Esta incorporación consiste en incluir en el modelo de la economía nacional al sector externo, básicamente, agregando funciones que representen el intercambio de bienes, de dinero y de capital, con otras naciones. De nuevo, a partir de su método, la economía oficial concibe a este camino expositivo como un proceso de incorporación de nuevos temas que permitirían generalizar la aplicabilidad y las conclusiones de un modelo que, aunque no haya necesitado aclararlo previamente, ahora nos es presentado retrospectivamente como respondiendo a una economía nacional cerrada, es decir, como un caso particular.¹²¹

¹²¹ Véase, por ejemplo, Larraín y Sachs (2002), que se presenta como un manual de macroeconomía específicamente orientado a abordar la economía global y, sin embargo, su única particularidad reside en tomar ejemplos de distintas economías nacionales, en vez de analizar solamente a los Estados Unidos.

Lo que escapa al método de la economía dominante es la posibilidad de que sean las determinaciones encontradas en el modelo simple, las que toman forma concreta en nuevas determinaciones más complejas, diferenciando y diferenciándose en espacios nacionales que transforman la relación de compraventa en importaciones y exportaciones, o que estas relaciones, junto a las de ahorro e inversión, adquieran la forma de balances de pagos, por ejemplo. Por esto mismo, no se logra comprender que *el modelo simple, lejos de ser el caso particular de una economía nacional cerrada es, en realidad, la forma más simple de la unidad del movimiento del sistema económico capitalista. En ese nivel de abstracción y generalidad, las determinaciones nacionales de la acumulación todavía solo pueden ser introducidas desde el exterior. Esto quiere decir que, al revés de lo que se presenta en los cursos y manuales, el “modelo de economía cerrada” es más general que el de “economía abierta”. Este último, no es una “extensión” que incorpora temas nuevos, sino el despliegue del primero en sus formas concretas.* Obviamente, para identificar este despliegue primero debe reconocerse al “modelo de economía cerrada” de la macro, como la forma concreta de las determinaciones más simples, de las leyes generales del sistema y, por lo tanto, volver a enfrentarse, por este rodeo, a lo que sintetizamos polémicamente afirmando que la macro es la micro. Sin embargo, muy por el contrario, el sostenimiento hasta sus últimas consecuencias del modo en que la economía moderna aborda la relación entre la unidad mundial de la acumulación y su forma nacional solo puede llevarse a cabo presuponiendo que el mundo no es más que un agregado de naciones todas iguales e invariantes. Otra vez, Lucas expone crudamente este posicionamiento:

The model has nontrivial implications about the behavior of the world economy over the next century. It predicts that sooner or later everyone will join the industrial revolution, that all economies will grow at the rate common to the wealthiest economies, and that percentage differences in income levels will disappear (which is to say, return to their preindustrial levels). [...] If you are reading this in the year 2100, in a retrospective issue of the Journal of Economic Perspectives, I ask you:

who else told you what the macroeconomics of your century would look like, in advance, with such accuracy and economy? (Lucas, 2000: 166-167).¹²²

Este no es un problema formal, ni mucho menos. Las dificultades de la macroeconomía para relacionar la forma nacional de la acumulación con el sistema en su conjunto tienen consecuencias prácticas y políticas profundas. Más allá de la inclusión de una restricción que representaría al balance de pagos en sus modelos, la macro le cede el terreno de la investigación del comercio internacional, mediante su desagregación como “tema” específico a nivel académico, al compartimento micro. En concreto, se vuelve a encorsetar el análisis del mercado mundial a partir de los modelos de Edgeworth-Marshall.¹²³ No en vano, al momento de abordar las crisis mundiales, la macroeconomía oficial suele retroceder sobre sus pasos y echar mano de explicaciones que, de acuerdo con su propio canon, parecen “microeconómicas” (por ejemplo, las crisis “del petróleo”, “de las materias primas”, “de las hipotecas”, “de las punto com”, etcétera).

4.2. Sobre los desarrollos “concretos” de la microeconomía

A lo largo de este capítulo hemos expuesto una resignificación de la estructura de la teoría económica moderna. En primer lugar, se planteó que en el compartimento micro quedaron encorsetadas las explicaciones originales de los pioneros del marginalismo acerca del valor, la mercancía, el dinero, el salario, el capital, el interés, etc. Luego, a partir del método de la economía política de Marx, nos enfrentamos a que esos “conceptos fundamentales”, no son otra cosa que las determinaciones generales del objeto, y que, por tanto, es en la micro y no en la macro donde han de buscarse las explicaciones de la “economía como un todo”. En ese contexto, se dejó para más adelante la reconsideración del lugar que ocupan los desarrollos del compartimento micro que parecen apuntar directamente al análisis de distintos conjuntos de

¹²² “El modelo tiene implicancias no triviales sobre el comportamiento de la economía mundial en el siguiente siglo. Predice que, tarde o temprano, todos se sumarán a la revolución industrial, que todas las economías crecerán a una tasa propia de las economías ricas, y que las diferencias porcentuales en los niveles de ingreso desaparecerán (o, lo que es igual, retornarán a sus niveles preindustriales). [...] Si está leyendo esto en el año 2100, en un artículo en retrospectiva del *Journal of Economic Perspectives*, le pregunto: ¿qué otro autor le dijo cómo sería la macroeconomía de su siglo, con tanta síntesis y precisión?” (Traducción propia).

¹²³ Véase Ohlin (1933).

mercados individuales, como las doctrinas de la organización industrial, de defensa de la competencia, de la regulación, etc. Luego, se expuso nuestra relectura del compartimento macroeconómico, caracterizado por tratar con las formas particulares que debe enfrentar la gestión política inmediata de la acumulación dentro de un espacio nacional y, por lo tanto, lidiar con determinaciones más concretas del sistema económico. Allí remarcábamos que el enfoque metodológico de la macro separaba estas formas particulares de sus propias determinaciones (que todavía anidan ocultas en la micro) convirtiéndolas, así, en una abstracción, por más “relevantes” y “prácticos” que parezcan sus desarrollos.

Recién ahora, luego de haber atravesado todo este recorrido, estamos en condiciones de analizar aquellos elementos de la micro orientados a la gestión de los capitales individuales. De acuerdo con nuestra relectura del esquema micro-macro, entre las determinaciones generales del sistema y las formas particulares asumidas por las distintas ramas concretas de la producción se levanta toda una serie de mediaciones correspondientes al movimiento de la acumulación de capital y su forma nacional, es decir, se encuentran todas las mediaciones que, invertidamente, enfrenta la macro. En otras palabras, el movimiento de las determinaciones generales toma cuerpo en los distintos espacios nacionales de acumulación de capital y, a su vez, el movimiento de estos se realiza a través del desempeño de los capitales individuales de las distintas ramas y sectores de la producción de cada economía nacional. No al revés.

De este modo, la microeconomía, al basar la construcción de sus modelos matemáticos en las determinaciones más abstractas y más generales del sistema para lanzarse, acto seguido, a investigar directamente el movimiento concreto de los capitales individuales, estaría adelantando, es decir trayendo desde el exterior, un conjunto de determinaciones más concretas sin las múltiples mediaciones necesarias.¹²⁴ Sin embargo, tanto la doctrina de defensa de la competencia,¹²⁵ como la de los mercados regulados,¹²⁶

¹²⁴ “Así, los metafísicos, que, haciendo estas abstracciones, creen hacer análisis, y que, apartándose más y más de los objetos, creen aproximarse a ellos y penetrar en su entraña, esos metafísicos tienen, a su modo de ver, todas las razones para decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuyo cañamazo está formado por las categorías lógicas” (Marx [1847] 1973: 114).

¹²⁵ Véanse, por ejemplo, U.S. Federal Trade Commission and the U.S. Department of Justice (2000 y 2010).

¹²⁶ Véanse, por ejemplo, Stigler (1971) y Demsetz (1968).

y la organización industrial en general,¹²⁷ mantienen una pretensión de aplicabilidad directa al estudio de los movimientos concretos de un capital o de un grupo de capitales individuales, basándose en la confianza que les da partir directamente de los modelos microeconómicos de equilibrio parcial más aceptados.¹²⁸ Por su mismo método, no tienen modo de ver que esos son los modelos en los que se encorsetaron las determinaciones más generales del sistema y, por lo tanto, tampoco pueden enfrentarse al movimiento inmediato de los capitales individuales en su carácter de formas concretas del proceso nacional de acumulación que los determina.

Como hemos señalado anteriormente, los saltos en el despliegue de las distintas determinaciones a través de sus formas concretas solo pueden sostenerse apelando a las apariencias inmediatas de esas formas. En este sentido, la teoría del monopolio, base de las tres doctrinas mencionadas, sale de la microeconomía casi con los mismos resultados con los que la esperan de brazos abiertos la intuición inmediata y el sentido común: el monopolio implica un precio superior al de competencia, una cantidad ofrecida menor, y una apropiación de riqueza por parte del monopolista a expensas de sus demandantes/consumidores. Luego, la organización industrial, la teoría de la regulación y la defensa de la competencia vienen atrás para introducir ciertas complejidades y matices tratando de “dotar de mayor realismo” a aquellos modelos abstractos de equilibrio parcial de la micro.¹²⁹

El problema es el siguiente: si el valor es, como sostiene Walras en sus pasajes más profundos, un fenómeno absoluto que determina a los valores de cambio en el mercado, entonces la existencia de monopolios (u oligopolios) que pasan a tener la potestad de ser “fijadores” de precios en vez de “tomadores”, trastocaría en verdad a la ley del valor en sí misma, presentando, entonces, una contradicción absoluta con las leyes generales del sistema. Sin embargo, en los pasajes donde analizan a la mercancía, el valor, el trabajo, el capital, etc., tanto Walras como Marshall avanzan sin necesidad de introducir allí las distintas formas de mercado.¹³⁰ Pero, según

¹²⁷ Véanse, por ejemplo, Bain (1963) y Tirole (1988).

¹²⁸ Cabe referir aquí a la demoledora crítica conceptual que Sraffa (1926) le asesta al método en que se basa toda posibilidad de construcción de un modelo de equilibrio parcial.

¹²⁹ Para un ilustrativo recorrido por la doctrina de organización industrial, véase Possas (1985).

¹³⁰ Como se advirtió antes, esto no niega que Walras y Marshall recaigan, una y otra vez a lo largo de su obra, en la identificación directa entre, por un lado, las determinaciones abstractas halladas por sus análisis de las formas económicas más simples y, por el otro lado, el proceso inmediato de formación de los precios, donde intervienen el comportamiento individual y las formas de mercado.

dictamina la micro, nos topamos con que todo aquello solo sirve para los mercados perfectamente competitivos. Frente a esto cabe contraponer lo siguiente:

[...] el remitirse a la competencia no resuelve nada. [...] De lo que se trata es, cabalmente, de encontrar el precio natural del salario, es decir, el precio del trabajo que no se halla regulado por la competencia, sino que, por el contrario, *la regula a ella*. [...] Y cuando hablamos de una cuota necesaria de ganancia, lo que buscamos es, precisamente, conocer la cuota de ganancia independiente de las oscilaciones de la competencia y por la que, a su vez, *se regula esta*. [...] Lo único que nos dice la competencia es que esta cuota de ganancia debe constituir una magnitud dada. Pero esto ya lo sabíamos antes, cuando hablábamos de la cuota general de ganancia y del “precio necesario” de esta. No hay para qué volver a recorrer este absurdo proceso en lo referente a la renta del suelo. [...] En una palabra, se pretende que la competencia se encargue de explicar todas las incongruencias de los economistas, en vez de ser estos quienes expliquen lo que es la competencia (Marx [1894] 1968: 770-771, resaltado nuestro).

A partir de lo desarrollado en el capítulo tercero, no debe perderse de vista lo siguiente. Una vez descubierta la determinación del valor de las mercancías, o sea, su necesidad cualitativa, es posible analizar sus formas concretas de movimiento considerando que dicha necesidad se realiza de modo simple, es decir, *suponiendo* a las relaciones cuantitativas entre los valores de cambio como expresiones simples de su contenido de valor. En el análisis de la forma del valor de Marx (y, tal como sostenemos en nuestra relectura de los pasajes más profundos de *Los elementos* de Walras), no se trata todavía del cambio efectivo de mercancías, para ello falta avanzar sobre determinaciones mucho más concretas de la acumulación. A esa altura del desarrollo:

Simplemente hay que establecer una relación de valor entre dos mercancías porque la mercancía misma lo pide y, hasta aquí, la única relación concebible entre ellas es la que se basa en la igualdad de su magnitud de valor. No se trata de un supuesto arbitrario, sino que se sigue necesariamente del resultado del análisis: las mercancías son cambiables por ser valores y, por el momento, esa relación de cambio solo puede estar dada por la idéntica magnitud de valor. Por otra parte, es imposible afirmar que la relación de cambio difiere de la relación

de valor sin introducir esta posibilidad “desde afuera”, solo porque lo intuimos (Kicillof, 2000: 6).

Sin embargo, lo que desde el punto de vista del análisis de la forma mercancía podría ser un supuesto simplificador se convierte, en la microeconomía, en una necesidad analítica inescapable y, de este modo, invierte el sentido de la relación: son la oferta y la demanda (las formas de mercado) las que explican los valores y no estos los que explican los movimientos de los valores de cambio en el mercado. En vez de seguir desarrollando aquellas determinaciones abstractas elaboradas por Walras, la microeconomía, al estilo de la vieja escuela mercantilista, no duda en rendirse ante las apariencias inmediatas de la circulación.¹³¹ Esta tensión entre la ley del valor y las formas del mercado es, en definitiva, la misma tensión que la analizada más arriba respecto de las leyes generales de movimiento del sistema y su funcionamiento a través de la acción consciente y voluntaria de los individuos; y, como ya dijimos, está presente no solo en la corriente marginalista, sino en la economía clásica y en buena parte de la heterodoxia moderna.¹³²

A su vez, todas esas doctrinas aparentemente concretas de la microeconomía deben rendir cuentas con las determinaciones vistas en el compartimento macro, respecto de las cuales son sus formas de realizarse. A modo de ejemplo, si nuestro objeto fuera el movimiento de la industria petroquímica en Argentina, es necesario remontarse hasta las determinaciones generales del sistema (valor, mercancía, dinero, salario, etc.), para luego enfrentarse, desde allí, a las formas históricas concretas de organización y desarrollo del capital industrial en su unidad mundial y,

¹³¹ Esta doctrina que invierte las determinaciones en juego y, de este modo, explica a las diferentes capacidades de acumulación de los capitales individuales por las distintas formas de mercado en las que estos actúan, no tiene cómo contestar a la siguiente observación inmediata: “Basta con considerar una sociedad en donde todas las ramas de la producción estuvieran monopolizadas, es decir, hubiera un solo capital individual en cada una de ellas, para poner en evidencia la vacuidad de esta inversión. Ninguno de estos capitales podría valorizarse normalmente a más de la tasa general de ganancia por muy monopolista que cada uno de ellos fuera, a no ser que se caiga en afirmar que algunos son más monopolistas que los otros” (Iñigo Carrera, 2003:165). La fuente de esa “ganancia extraordinaria” no reside en el hecho de ser monopolista, sino en la capacidad renovada de los demandantes/consumidores de pagar las mercancías monopolizadas por encima de su valor. Esa capacidad renovada es la fuente que sostiene la ganancia extraordinaria del monopolista y, por lo tanto, la que requiere explicación (véanse Iñigo Carrera, 2003: cap. 5; Bekerman, 2011).

¹³² Véase, por ejemplo, Baran y Sweezy ([1966] 1986).

con ello, a las formas específicas mediante las que esas determinaciones se realizan dentro del proceso de acumulación en el espacio nacional bajo análisis. Los capitales individuales del sector petroquímico argentino son eslabones específicos de ese proceso, por lo tanto, la base técnica y el tamaño de un capital individual “normal” en ese sector,¹³³ los niveles generales de salarios y el tipo de obrero industrial al que se enfrentan, así como los niveles generales de tasas de beneficio de la industria y de tasas reales de interés, son todas determinaciones de la acumulación que, a su vez, toman formas específicas en la estructura competitiva de la petroquímica argentina, en sus conductas y en su desempeño. Como planteábamos en el capítulo tercero, el movimiento concreto de la industria petroquímica en Argentina encierra dentro suyo todas esas determinaciones que, a primera vista, se presentan como simples afirmaciones inmediatas, caóticamente superpuestas. Sin embargo, cualquier intento por recortar la investigación, basándose en esas apariencias inmediatas, yendo directamente de los modelos abstractos de monopolio, oligopolio o de competencia perfecta, al movimiento concreto del sector, implica saltar una multiplicidad de mediaciones necesarias sin las cuales el objeto de análisis se vuelve una abstracción.¹³⁴

Antes explicamos de qué modo la macroeconomía, al no poder reconocer a su objeto como el movimiento concreto de las determinaciones generales del sistema, estaba imposibilitada de comprender la “normalidad” en torno a la cual fluctúa cíclicamente la actividad dentro de cada etapa histórica de la acumulación. Ahora, en el caso de las doctrinas aparentemente concretas de la microeconomía, basadas en modelos de equilibrio parcial, vemos que, al no atravesar por las determinaciones de la forma nacional de la acumulación cuyo movimiento realizan, no pueden explicar las principales transformaciones sectoriales ni, por lo tanto, sus estructuras y dinámicas competitivas, regulatorias, etcétera.

¹³³ Véase, por ejemplo, Iñigo Carrera (2003: cap. 5) o Shaikh ([1991] 2006: 105ss.).

¹³⁴ Como ejemplo de la modelización abstracta que intenta aplicarse al movimiento inmediato de los capitales individuales podemos citar los desarrollos de Coulling y Waterson (1976).

Conclusiones

Una teoría y un objeto. La unidad de la micro y la macro

El resultado al que arribamos a lo largo del capítulo cuatro implica que, en la definición natural o canónica –expresión del consenso actual de la ciencia económica– la microeconomía y la macroeconomía están “al revés”. Esto no significa, obviamente, que la microeconomía habla de los “agregados” y la macroeconomía de “los precios y los mercados individuales”. Solo quiere expresar el hecho de que la micro es el compartimento donde quedó encerrado el análisis de las leyes generales de movimiento del sistema, mientras que en la macro se abordan determinaciones más concretas, en particular, las formas típicas que adopta el proceso de acumulación de capital en una economía nacional con las que debe lidiar su gestión política.

Anteriormente, decíamos que “si el movimiento concreto de las mercancías (y, por tanto, de la acumulación de capital) no parece corresponder con las determinaciones generales, entonces hay dos caminos posibles. O se siguen desarrollando esas determinaciones hasta poder explicar esa aparente contradicción con el movimiento práctico, o es necesario hacer la crítica de aquellas determinaciones generales aparentes y, por tanto, de todo el sistema teórico que se desprende de ellas” (apartado “Resignificación de la microeconomía” de esta obra). *Rehuyendo de ambos caminos, la economía marginalista intentó, por un lado, mantener intactas (es decir, inmóviles, sin desarrollarlas) sus explicaciones de esas determinaciones generales y, por el otro lado, abordar el movimiento concreto de la acumulación de capital. La división micro-macro es la resolución de esta contradicción que corta transversalmente a todo el cuerpo teórico dominante en la actualidad.*¹³⁵

A lo largo de todo el capítulo tres vimos que, una vez fragmentada la unidad del objeto, tanto la tarea de la microeconomía como la de la macroeconomía

¹³⁵ “De todas las ideas de Keynes, tal vez sea esta [la división micro-macro] la que se impuso con mayor fidelidad. El marginalismo adoptó la división y la grabó en mármol durante la época de auge de la síntesis neoclásica en la posguerra. Se trata de una forma elegante de resolver el problema práctico de la gestión del capital social sin tener que preocuparse por los fundamentos teóricos de la disciplina, es decir, ocultando sus propias deficiencias” (Kicillof, 2002a: 19-20).

presentan limitaciones insalvables. En el primer caso, el problema surge al detener la investigación del objeto en sus determinaciones más abstractas, en el segundo caso la limitación obedece a tomar como punto de partida las formas concretas de la acumulación en su inmediatez, sin reconocer las determinaciones generales respecto de las cuales son producto. Rota esta unidad, ambos compartimentos quedan condenados a girar en torno a formas aparentes. *La micro debe ocultar sus propios "conceptos fundamentales" sustituyéndolos por modelos matemáticos incapaces de reproducir el movimiento de aquellos en sus formas concretas; mientras que la macro debe reducir las formas que toma la acumulación a las relaciones de medida entre sus principales variables y, por tanto, solo puede relacionarlas extrínsecamente. A su vez, los desarrollos específicos de la micro que se orientan al análisis de las formas de mercado a partir de los modelos de equilibrio parcial intentan abordar la dinámica concreta de movimiento de los capitales individuales de una rama o sector de la producción, pero partiendo directamente de aquellos modelos construidos en base a las determinaciones más abstractas del sistema. Esto último implica saltar todas las mediaciones necesarias que ocupan las investigaciones de los macroeconomistas.*

Con todo esto, sin pretender ofrecer una imagen completa de la teoría económica actual, y solo a modo de síntesis de nuestra relectura, la fragmentación del análisis del sistema económico y de su movimiento puede expresarse a través del cuadro propuesto.

Fragmentación del análisis del sistema económico y de su movimiento

Determinaciones más simples o leyes generales del sistema capitalista	Determinaciones particulares de los espacios nacionales de acumulación (gestión política inmediata del capital total)	Determinaciones particulares de la acumulación de los capitales individuales (gestión política inmediata de ramas y sectores productivos)	Determinaciones singulares del capital individual (gestión inmediata del capital individual)
<i>Teoría microeconómica</i>	<i>Modelos macroeconómicos</i>	<i>Doctrinas y modelos microeconómicos</i>	<i>Contabilidad y adm. de empresas</i>
Producción, consumo Mercancía, dinero, precio Capital, beneficio Trabajo, salario Tierra, renta Crecimiento, desarrollo	A Cuentas nacionales Ahorro, inversión, inflación, desempleo Emisión monetaria Gasto público	B Teoría de la regulación Defensa de la competencia Organización industrial Comercio internacional Finanzas públicas	C Costos Administración financiera Dirección estratégica y operativa Auditoría Impuestos Recursos humanos

En el cuadro se intenta reordenar la fragmentación de la teoría económica actual de acuerdo con la relectura presentada y, a la vez, sintetizar el contenido al cual corresponderían los momentos progresivos encerrados en cada compartimento. También agregamos, como último eslabón, la forma moderna del estudio de las determinaciones propias del capital individual sobre las que no hemos discutido en el presente trabajo. Consideramos que su inclusión nos ayuda a graficar el despliegue del análisis del objeto, desde sus determinaciones más generales hasta sus formas más concretas. También nos permite establecer la pregunta acerca de si la incompatibilidad entre la teoría contable y de administración de empresas, por un lado, y la teoría económica, por el otro,¹³⁶ no tienen la misma raíz que la desconexión entre las determinaciones generales del sistema (teoría microeconómica), y sus formas concretas nacionales (modelos macroeconómicos) y sectoriales (doctrinas microeconómicas).

Esta desconexión profunda se intenta expresar en los listones A, B y C del cuadro y, de acuerdo con nuestra relectura, allí reside la clave para analizar

¹³⁶ Ni las categorías de utilidad y escasez, ni la curva de preferencias en el tiempo, tienen modo de concretarse en la contabilidad de empresa. Esta se dedica a establecer los criterios de registro de los cambios de forma del capital individual para intentar medir, así, sus ciclos de rotación. La incompatibilidad absoluta entre las técnicas seguidas por los gestores del capital individual y la teoría económica que debería servirle de fundamento tiene implicancias prácticas de envergadura. Cabe citar, a modo de ejemplo, uno de los casos judiciales por abuso de posición dominante contra IBM en Estados Unidos. En dicho juicio, la defensa contaba con el apoyo de expertos económicos como Franklin M. Fisher y John J. McGowan: "A referee suggests that even the crudest accounting information tells us IBM is more profitable than American Motors (AMC), but we disagree. Surely accounting information tells us IBM generates more dollars of profits per dollar of assets than does AMC but, as the examples below demonstrate, that information alone does not tell us which firm is more profitable in the sense of having a higher economic rate of return [...] As all of this makes clear, there is no way in which one can look at accounting rates of return and infer anything about relative economic profitability or, a fortiori, about the presence or absence of monopoly profits [...] The literature which supposedly relates concentration and economic profit rates does no such thing, and examination of absolute or relative accounting rates of return to draw conclusions about monopoly profits is a totally misleading enterprise". ["Un perito sugiere que hasta la más cruda información contable nos dice que IBM es más rentable que American Motors (AMC), pero no estamos de acuerdo. Seguramente la información contable dice que IBM genera más dólares de beneficios por dólar de activos de lo que genera AMC pero, como el ejemplo de abajo lo demuestra, esa información sola no nos dice qué firma es más rentable en el sentido de tener una mayor tasa de retorno económico [...] Como queda claro, no hay modo en que, mirando las tasas de retorno contables, podamos inferir algo acerca de la rentabilidad económica relativa o, a fortiori, sobre la presencia o ausencia de beneficios monopolícos [...]. La literatura que, supuestamente, relaciona concentración y rentabilidad económica no hace eso, y la observación de tasas de retorno contables, absolutas o relativas, para sacar conclusiones sobre beneficios monopolícos es una iniciativa equivocada."] (Fisher, Franklin y McGowan (1983): 82, 90-91). Véanse también Livingstone y Salamon (1971), Solomon (1970) y Stauffer (1971).

cualquier posibilidad de reunificación de la teoría económica. La teoría microeconómica analiza las formas elementales de la organización actual de la producción y el consumo social, pero no avanza en su necesidad de realizarse mediante la gestión política del capital en su forma nacional. La limitación principal que esto implica es el no poder enfrentarse al Estado capitalista en sí mismo como una forma concreta de la organización de la producción y el consumo social. De la microeconomía se sale con una teoría de la “anatomía de la sociedad civil”, pero detiene ahí su investigación, como si ese movimiento pudiera afirmarse por sí mismo. Su aparente complemento, la macroeconomía, avanza sobre el movimiento concreto de la acumulación de capital en donde ya aparecen, como presupuestos e inexplicados, el Estado, su forma nacional, las relaciones de clase y sus instituciones sindicales, la relación de ciudadanía, el comercio entre estados, etc. Ese es el contenido real del vacío que subsiste entre la teoría microeconómica y el análisis macroeconómico. *La fragmentación presta el servicio de detener el análisis de las relaciones económicas antes de dar cuenta de su necesaria realización en formas jurídicas y políticas específicas, para después retomar la investigación a partir de determinaciones más concretas, donde aquellas formas se encuentran ya realizadas apareciendo, así, como existencias acabadas, simples afirmaciones inmediatas. Y, más aún, todas aquellas formas jurídicas y políticas aparecen como la realización de determinaciones cuyo estudio no corresponde a la ciencia económica, sino a otras ciencias sociales. Por lo tanto, en última instancia, la fragmentación entre microeconomía y macroeconomía es tributaria de una separación más profunda, también implicada en el método científico moderno, entre la ciencia económica y el resto de las ciencias sociales.*

Por esto decíamos, en la Introducción, que “el atajo de comenzar por el ‘contexto’ y/o por la ideología de los autores para tratar de comprender cada sistema teórico reproduce, intencionalmente o no, la moderna fragmentación del estudio de la sociedad en ciencias separables y separadas. [...] Aquella fragmentación que hoy parece natural, es el fruto de la generalización de determinadas posiciones teóricas acerca del vínculo entre las relaciones económicas y las relaciones políticas, que se ajusta a la concepción de la sociedad implícita en la economía marginalista”. Al tomar a los estados nacionales y demás formas jurídicas y políticas, y a su movimiento, como presupuestos que no competen a su estudio, la macroeconomía pierde la capacidad de enfrentarse a las determinaciones específicas que se realizan como cambios profundos que marcan quiebres de etapa en la acumulación.

Por esto, decíamos también que la macroeconomía no puede dar cuenta de los límites dentro de los cuales sus modelos y consensos circunstanciales son válidos.

A su vez, en el listón B del cuadro, lo que queda desconectada es la forma nacional de la acumulación de capital y su despliegue a través del movimiento de los distintos sectores y ramas concretas de la producción. Esto sí compete directamente a la teoría económica aun en su moderno sentido restringido. El vacío del listón A estaba asegurado, por el lado de la micro, mediante la sustitución de los análisis “literarios” fundacionales por los modelos de equilibrio general y, por el lado de la macro, mediante la reducción del estudio de las formas típicas de la acumulación en un espacio nacional, a las relaciones cuantitativas directamente observables. En el caso del listón B, el vacío se garantiza a través de la exacerbada especialización característica del desarrollo científico moderno en economía. En vez de reconocer a la macro, la organización industrial, la defensa de la competencia y la regulación, como eslabones parciales necesarios de un mismo desarrollo teórico (que se remonta a su vez a los fundamentos que anidan ocultos detrás de la teoría microeconómica), se profundiza la desconexión mediante la absoluta indiferencia de los expertos de cada eslabón respecto de los demás.

En la academia, los especialistas en teoría (y política) macroeconómica conciben su práctica científica (y política) delimitada de modo tal que se les presenta como algo totalmente ajeno el estudio que llevan a cabo los especialistas sectoriales que analizan las políticas microeconómicas (legislación *antitrust*, regulación, incentivos y estímulos sectoriales específicos, etc.); y viceversa. En el plano de la gestión política de la acumulación, esta desconexión se presenta, explícita o implícitamente, como una traba práctica a superar. De hecho, las discusiones en torno a las estrategias nacionales de desarrollo necesitan recobrar algún tipo de vinculación entre la macro y las doctrinas micro ubicadas del otro lado del listón B en nuestro cuadro. Sin embargo, en general, aquí también vuelve a reproducirse la fragmentación de estos dos momentos del análisis. Esto es, la gestión del capital social se presenta, tal como proviene de la academia, reducida a la correcta calibración de las variables de los modelos macroeconómicos que contarían con la potencialidad de expandir o atrofiar a los distintos sectores productivos, y conducir, así, a tal o cual sendero de

desarrollo.¹³⁷ Por lo tanto, si la calibración de las variables es la correcta y el plan de desarrollo no funciona, puede deberse tanto a los “factores políticos” (de vuelta al vacío del listón A),¹³⁸ como a la falta de sincronización con la política sectorial o, directamente, por la resistencia de determinados sectores productivos a reaccionar en línea con los incentivos específicos del nuevo modelo.¹³⁹

Según el recorrido planteado por nuestra relectura, *el movimiento de las determinaciones generales del sistema se realiza a través de la diferenciación de estructuras productivas que, recortadas por su forma nacional, rigen su propio movimiento mediante políticas macroeconómicas y sectoriales que toman cuerpo, a su vez, en las transformaciones concretas de las diversas ramas y actores inmediatos de la producción.* En este marco, uno de los principales desafíos a los que se enfrenta la fragmentación actual de la ciencia económica reside en identificar la nueva etapa de la acumulación en su unidad mundial. Esta nueva etapa se manifiesta, desde la última mitad del siglo pasado, mediante la conformación de nuevos subsistemas productivos que han ido redefiniendo el carácter concreto de las formas nacionales de acumulación de capital, potenciando su diferenciación.¹⁴⁰ Dicha redefinición se apoya en una nueva base técnica que se resuelve, a su vez, en la fragmentación de distintos tipos de subjetividad productiva al interior del obrero colectivo y, por lo tanto, mediante el retroceso de las formas políticas en las que tomaban cuerpo las condiciones relativamente homogéneas de su reproducción como clase.¹⁴¹

La teoría económica oficial no tiene más herramientas para abordar esta nueva etapa que su invertido desdoblamiento entre la micro y la macro. En última instancia, frente a la tan mentada globalización, a la teoría oficial solo le quedan tres opciones. La primera es seguir a la microeconomía (pero también a la macroeconomía del agente representativo y las expectativas racionales) y aplicar modelos basados, en el mejor de los casos, en leyes demasiado generales y abstractas como para abordar la especificidad de las

¹³⁷ Véanse, por ejemplo, Banco Mundial (1993), pero también Chang (2002).

¹³⁸ Véanse, por ejemplo, Díaz Alejandro (1975) o Gerchunoff y Llach (1998).

¹³⁹ Véase, por ejemplo, Katz y Astorga (2014).

¹⁴⁰ “Anotemos solamente que las leyes de transformación del capitalismo originadas en el proceso de diferenciación del capital se expresarán a lo largo del siglo XX profundizando el abismo cualitativo entre los subsistemas nacionales de capital, tornándolo irreversible en el marco del capitalismo (Levin, 2003: 15).

¹⁴¹ Véase Iñigo Carrera (2003: cap. 3).

transformaciones en juego. La segunda opción, de acuerdo con el enfoque macroeconómico, consiste en abocarse a determinar las nuevas relaciones de medida entre algunos de los principales fenómenos observables (variables) de cada economía nacional de modo que, a lo sumo –es decir, suponiendo que tales relaciones se hayan logrado modelizar efectivamente– solo se conseguiría operar *ex post* sobre los efectos de la nueva etapa en cada país. O, por último, tal como parece haberse extendido en la literatura más reciente, queda la opción de desarrollar nuevos modelos *ad hoc* dentro de la doctrina de la organización industrial que, explícitamente, presentan como virtud su carácter “práctico”, entendido como una casuística puramente descriptiva, desconectada de cualquier fundamento teórico. El principal “fruto” de esta última opción está representado por el enfoque de las “cadenas globales de valor”, y su quimera del *upgrading* como nueva receta para el desarrollo.¹⁴²

Obviamente, tampoco es una opción ponerse a completar los vacíos que hay entre las determinaciones generales, su realización en las formas de la acumulación en un espacio nacional, y su expresión concreta en la dinámica de los distintos sectores y ramas de la producción, dejando el resto del cuerpo teórico intacto. Como pudimos ver en el capítulo tercero, la imposibilidad de cortar en cualquier punto el desarrollo de la necesidad de nuestro objeto implica que no puede haber saltos. *Toda vez que se acepta la división, se está anteponiendo una necesidad exterior al desarrollo de las determinaciones del objeto*, de modo que los contenidos de cada compartimento no encuentran terreno firme sobre el cual avanzar y, así, quedan condenados a tomar como punto de partida y de llegada a apariencias más o menos inmediatas del concreto a investigar. Por lo tanto, no se trata de rellenar los listones que actúan como fronteras entre los distintos compartimentos en nuestro cuadro, sino de eliminarlos de modo que, en el mismo momento, se elimina la compartimentación. ¿En qué consiste la eliminación en cuestión? ¿De qué se trata entonces?

Volver a las raíces. La teoría del valor

La teoría económica moderna ha llegado hasta este punto sin la necesidad de poner en tela de juicio a la división micro-macro en sí misma, es decir, a

¹⁴² Véanse Gereffi, Humphrey y Sturgeon (2005), y Bair (2005). Para un análisis crítico sobre estos enfoques véase Starosta (2010).

la existencia misma de los compartimentos. Mucho menos se ha planteado la posibilidad de que estos estén “al revés”, en el sentido en que esta investigación lo ha planteado. Y no lo ha hecho ni aun cuando se ha topado crudamente con su incapacidad para abordar los problemas más relevantes de su objeto, como en el caso de la reciente crisis mundial. En sus momentos de mayor desconcierto y ebullición se ha comportado, una y otra vez, como lo hace toda ortodoxia, barriendo debajo de la alfombra sus incongruencias profundas y tratando de asimilar las críticas coyunturales.

La fragmentada y acrítica formación profesional de los economistas en la abrumadora mayoría de las universidades de Argentina y del mundo no responde a la mayor o menor ductilidad de los planes de estudio o de los docentes.¹⁴³ Es una consecuencia necesaria del contenido teórico de la corriente dominante, estructurado alrededor de la división micro-macro. Frente a esto, la relectura aquí presentada intenta arrojar luz sobre las discusiones teóricas progresivas que dieron origen a dicha corriente, así como sobre algunas condiciones fundamentales para su exposición orgánica, o sea, para su unidad como sistema teórico. De acuerdo con nuestra relectura, los análisis conceptuales de Walras y de Marshall no se enfocan unilateralmente en el comportamiento individual, frente a lo que sería el análisis del sistema en su conjunto.¹⁴⁴ En esos dos autores, y al igual que en Smith o en Keynes, hay teorías que analizan tanto el comportamiento individual como el del sistema. A su vez, en ninguno de todos estos pensadores el sistema es simplemente un agregado de los comportamientos individuales. Obviamente en Keynes, pero también en Walras, Marshall y en Smith, el sistema tiene leyes generales propias. En este sentido, los análisis de Walras y Marshall no dependen de la acción económica consciente y voluntaria de los individuos más que lo que lo hacen en las obras de Keynes o de Smith. No está allí la pista para develar la unidad de la teoría económica neoclásica. Tampoco cabe la oposición basada entre una teoría que iría de las partes al todo, frente a otra que iría al revés, desde el todo a las partes.

¹⁴³ Véanse Casanovas y Villa Aleman (2016), PCES-Post Crash Economics Society (2014), The Members of the PEPS-Economie Students' Association (2014), Rikap y Arakaki (2015).

¹⁴⁴ Como ya señalamos, en algunos casos la heterodoxia no logra escapar a la adopción de este falso parteaguas entre Walras-Marshall, por un lado, y Keynes o el propio Marx, por el otro. Véase, por ejemplo, Baran y Sweezy ([1966] 1968: cap. 2).

La contraposición teórica que parte aguas reside, finalmente, en el análisis de la forma mercancía. Allí, Walras las concibe como simples bienes útiles y escasos que resuelven el proceso natural, y a la vez racional, de metabolismo social. La economía política clásica comprende a la mercancía también como la forma natural-racional, pero de los productos del trabajo. Mientras que la crítica de la economía política de Marx enfrenta a la mercancía como la forma histórica específica que adopta el trabajo social al realizarse privadamente y, por lo tanto, como una relación social que determina la conciencia y la voluntad de sus poseedores.

¿La mercancía es un mero disfraz fugaz y efímero con el que los individuos voluntariamente envuelven a los bienes, o es una forma histórica particular y determinada de organizar la producción y el consumo social? ¿El valor es lo mismo que el valor de cambio, es decir, un fenómeno puramente relativo, o se trata del atributo de la cambiabilidad y, por tanto, de una cualidad inherente a la mercancía? ¿Cuál es la sustancia del valor, cómo y por qué? ¿Es esta de carácter natural, o se trata de una sustancia social y, por lo tanto, histórica? ¿Es el valor una relación entre cada individuo y las cosas, o se trata de una relación entre los individuos con forma de relación entre cosas? ¿El análisis del valor debe tomar como punto de partida y de llegada a la circulación, o se trata de un fenómeno que proviene del proceso de producción y solo se manifiesta en el mercado? ¿Qué implicancias tiene cada concepción de la forma mercancía para la conciencia de los individuos que actúan en el mercado? ¿Con qué información cuentan los poseedores de mercancías al momento del cambio?¹⁴⁵

De acuerdo con todo lo antedicho, la verdadera división que sigue rigiendo la estructura de la teoría económica, aunque la corriente hoy dominante trate –infructuosamente– de ocultar, es la que se expresa en los tres grandes proyectos de sistemas teóricos: el sistema de la economía política clásica, el sistema marginalista y la crítica de la economía política de Marx. La casi absoluta eliminación del problema del valor en los programas de estudio de las licenciaturas en economía y, por lo tanto, la notoria ausencia de toda

¹⁴⁵ Lo mismo puede plantearse respecto del trabajo, el capital y la tierra. ¿Son “factores de la producción” independientes y, por lo tanto, en ese aspecto se encuentran en un pie de igualdad entre sí, o, por el contrario, el capital es producto del trabajo? ¿Todo medio de producción es, fue y será capital, o este es, en verdad, una forma social históricamente específica? De todos modos, la interminable cadena de interrogantes que pudieran abrirse aquí no haría otra cosa que remitirnos, más temprano que tarde, a la cuestión del valor de las mercancías.

discusión sobre los fundamentos de cada sistema teórico, condena a los economistas al desarrollo de un conocimiento superficial aun respecto de la propia teoría dominante.

Hemos vuelto sobre lo que al principio de este trabajo presentábamos exteriormente como algo presupuesto, es decir, como “marco teórico”, pero ahora reaparece como un resultado del desarrollo. Allí decíamos que la historia del pensamiento económico no apologética no puede evitar transformarse en teoría económica a secas. Visto al derecho, los programas de estudio mediante los que se ha venido reproduciendo la corriente dominante, desde hace ya casi un siglo, deben invertir todo contenido teórico de la ciencia económica, incluyendo el suyo, como si se tratara de la “historia del pensamiento”.

Esta maniobra permite un doble objetivo. En primer término, posterga y margina los debates más profundos de la disciplina y, por lo tanto, su verdadero punto de partida, a un lugar de la licenciatura donde el “costo hundido”, fruto de la “esquizofrénica” absorción de modelos sin conexión entre sí ya es demasiado alto como para poner en juego, desde la raíz, cualquier convicción sobre el sentido de esa misma práctica universitaria. En segundo término, bajo el enfoque “museológico” caracterizado en nuestra Introducción, se ofrece una “historia del pensamiento económico” que avanza un paso más en la confusión de los futuros profesionales, tergiversando el origen, la conformación y, por ende, la imagen actual de la teoría económica moderna. Por todo esto, si la presente investigación logró plasmar la imperiosa necesidad de retomar la compleja y abierta discusión crítica de los fundamentos de cada uno de los sistemas teóricos y, por lo tanto, de las determinaciones generales del sistema económico, entonces habríamos alcanzado el sentido más profundo de nuestra crítica a la división micro-macro.

Bibliografía

- Argandoña, A., Gámez, C. y Mochón, F. (1997). *Macroeconomía avanzada*. Buenos Aires: McGraw-Hill.
- Bain, J. (1941). "The Profit Rate as a Measure of Monopoly Power". *Quarterly Journal of Economics*, 55(2), febrero, MIT Press, 271-293.
- Bain, J. (1956). *Barriers to New Competition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bain, J. (1963). *Organización industrial*. Barcelona: Editorial Omega.
- Bair, J. (2005). "Global Capitalism and Commodity Chains: Looking Back, Going Forward". *Competition and change*, 9(2), junio, 153-180.
- Banco Mundial (1993). *The East Asian Miracle. Economic Growth and Public Policy*. Washington D. C.: Oxford University Press.
- Baran, P. y Sweezy, P. ([1966] 1986). *El capital monopolista*. México: Siglo XXI Editores.
- Barro, R. ([1984] 1997). *Macroeconomía*. Buenos Aires: McGraw-Hill.
- Bekerman, F. (2011). "Elementos para analizar la relación entre la tasa de ganancia y la concentración de capital". Presentación a las IV Jornadas de Economía Crítica, Córdoba (Argentina).
- Bekerman, F. (2012). "Monopolio, competencia y método: una revisión crítica del debate en torno a las tesis del capital monopolista". Presentación a las XVIII Jornadas de Epistemología de las Ciencias Económicas, Buenos Aires.
- Bernanke, B. (2004). "The Great Moderation", Remarks by Governor Ben S. Bernanke at the meetings of the Eastern Economic Association, Washington D. C., febrero.
- Blanchard, O. (2008). *The state of macro*. Cambridge: National Bureau of Economic Research.
- Blanchard, O. (2016). *Do DSGE Models Have a Future?* Washington D. C.: Peterson Institute of International Economics, PB 16-11.
- Blanchard, O., Dell'ariccia, G. y Mauro, P. (2010). *Rethinking macroeconomic policy*. Fondo Monetario Internacional.

- Blanchard, O. y Pérez Enri, D. (2000). *Macroeconomía: teoría y política económica con aplicaciones a América Latina*. Buenos Aires: Prentice Hall.
- Blanchard, O. y Simon, J. (2001). "The Long and Large Decline in U. S. Output Volatility", *Brookings Papers on Economic Activity*, 1, 135-164.
- Blaug, M. ([1962] 1985). *Teoría económica en retrospectiva*. México: Fondo de cultura económica.
- Blaug, M. (2001). "No history of ideas". *Journal of economic perspectives*, 15(1), 154-164.
- Branson, W. H. ([1972] 1992). *Teoría y política macroeconómica*. Madrid: Fondo de cultura económica.
- Brue, S. y Grant, R. (2009). *Historia del pensamiento económico*. México: Cengage Learning Editores.
- Busqueta, J. et al. (2004). *Crítica a la economía ortodoxa. Notas de trabajo para una formación en Economía crítica*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. http://seminaritaifa.org/descarregues/Economia_Critica.PDF
- Carpintero, O. (2014). "¿Tiene futuro la economía crítica en la universidad? Una propuesta". *Revista de Economía Crítica*, nº 18, segundo semestre, ISSN 2013-5254. http://revistaeconomicacritica.org/sites/default/files/revistas/n18/13_Carpintero_Futuro_Economia_Critica.pdf
- Casanovas, F. y Villa Alemán, L. (2016). "Rebelión en las aulas de economía: por qué poner fin a la monocultura neoclásica". *Revista Oikonomics*, nº 5, mayo, Universitat Oberta de Catalunya.
- Chang, Ha-Joon (2002). *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective*. London: Anthem Press.
- Chari, V. V. y Kehoe, P. J. (2006). "Modern Macroeconomics in Practice: How Theory is Shaping Policy". *Journal of Economic Perspectives*, 20(4): 3-28.
- Clower, R. (1960). "Keynes and the Classics: A Dynamical Perspective". *The Quarterly Journal of Economics*, 74(2), 318-323.
- Cowling, K. y Waterson, M. (1976). "Price Cost Margins and Market Structure". *Economica*, vol. X.
- Curi, U. (1982). *La crítica marxiana de la economía política en la "Enleitung"*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Demsetz, H. (1968). "Why Regulate Utilities?". *Journal of Law and Economics*, 11(1), abril, 55-65.
- Denari, L. (1991). "Economía y epistemología y los desaciertos del conocimiento científico". *Realidad Económica*, nº 103, octubre-noviembre, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE), Buenos Aires, 81-95.
- De Vroey, M. (2004). "The History of Macroeconomics Viewed Against the Background of the Marshall-Walras Divide". *ECON Working Papers*. <http://hdl.handle.net/2078.1/5852>
- De Vroey, M. y Malgrange, P. (2011). "The History of Macroeconomics from Keynes's General Theory to the Present". *IRES Discussion papers*. <http://hdl.handle.net/2078.1/83787>
- Díaz Alejandro, C. (1975). *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dobb, M. ([1973] 2004). *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. México: Siglo XXI Editores.
- Ekelund, R. B. y Hébert, R. F. (1992). *Historia de la teoría económica y su método*. Madrid: Mc Graw-Hill.
- Etxezarreta, M. (coord.) (2004). *Crítica a la economía ortodoxa*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona-Bellaterra.
- Feyerabend, P. ([1975] 1981). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- Fisher, S. y Dornbusch, R. (1994). *Macroeconomía*. Madrid: McGraw-Hill.
- Fisher, S., Dornbusch, R. y Schmalensee, R. (1989). *Economía*. Madrid: McGraw-Hill.
- Fisher, S., Franklin, M. y McGowan, J. J. (1983). "On the Misuse of Accounting Rates of Return to Infer Monopoly Profits". *The American Economic Review*, 73(1), marzo, American Economic Association, 82-97.
- Friedman, M. (1968). "The Role of Monetary Policy", *American Economic Review*, 58, 1-17.
- Friedman, M. (1985). "Nueva formulación de la teoría cuantitativa del dinero". En Mueller, M. G., *Lecturas de macroeconomía*. México: Compañía Editorial Continental (publicación original: 1956).
- Friedman, M. ([1962] 1993). *Teoría de los precios*. Barcelona: Altaya.

- Friedman, M. y Schwartz, A. (1963). *A Monetary History of the United States*. Princeton: Princeton University Press.
- Frisch, R. (1933). Propagation problems and impulse problems in dynamic economics. En *Economics essays in honour of Gustav Cassel*, Londres: Allen & Unwin Ltd.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Buenos Aires: Ariel, colección Sociedad Económica.
- Gereffi, G., Humphrey, J. y Sturgeon T. (2005). "The governance of global value chains". *Review of International Political Economy*, 12:1, febrero, 78-104.
- Gigliani, G. (2007). "Tasa de ganancia y macroeconomía". I Jornadas de Economía Política. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Gómez, R. J. (1995). *Neoliberalismo y seudociencia*, Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Gómez, R. J. (2009). "Karl Marx. Una concepción revolucionaria de la economía política como ciencia", *Revista Herramienta*, nº 40, marzo, Buenos Aires.
- Gould, J. y Lazear, E. (1997). *Teoría microeconómica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gracia, X. (2004). "Marx y la economía vulgar, un comentario a los Revenue". Seminario de economía crítica, Taifa, Barcelona.
- Guerrero, D. (2008). *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- Hall, R. E. (1987). "Market Structure and Macroeconomic Fluctuations". *Brookings Papers on Economic Activity*, 1, 285-322.
- Hegel, G. W. F. ([1817] 1974). "Filosofía de la lógica y de la naturaleza". En *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*. Buenos Aires: Claridad.
- Hegel, G. W. F. ([1812] 1993). *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ed. Solar.
- Henderson, J. y Quandt, R. (1966). *Teoría microeconómica, una aproximación matemática*. Barcelona: Ariel.
- Heymann, D. (2007). *Progresos en macroeconomía*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, AAEP, 1ª. ed.
- Hicks, J. ([1939] 1945). *Valor y capital*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Hicks, J. ([1965] 1967). *Capital y crecimiento*. Barcelona: Editorial Bosch.
- Hicks, J. (1979). "Review Microfoundations: The Compatibility of Microeconomics and Macroeconomics de E. Roy Weintraub". *Journal of Economic Literature*, 17(4), diciembre, American Economic Association, 1451-1454.
- Hicks, J. ([1937] 1985). "Keynes y los clásicos". En Mueller, M. G., *Lecturas de macroeconomía*. México: Compañía Editorial Continental.
- Iñigo Carrera, J. B. (2003). *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.
- Iñigo Carrera, J. B. (2007). *Conocer el capital hoy. Usar Críticamente El Capital*. Vol. 1. *La mercancía o la conciencia libre como la forma de la conciencia enajenada*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Jevons, S. ([1871] 1998). *Teoría de la economía política*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Katz, J. y Astorga, R. (2014). "Interacciones macro-microeconómicas y desarrollo económico: un estudio comparativo a nivel internacional". En Dutrénit, G. y Sutz, J. (eds.), *Sistemas de innovación para un desarrollo inclusivo: la experiencia latinoamericana*. México: Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Kennedy, D. (2008). "La evolución de la riqueza social: una mirada crítica sobre el producto a precios constantes". Presentación en las VII Jornadas de Investigación Histórico Social, Buenos Aires.
- Kennedy, D. (2012). *Economía política de la contabilidad social. Vinculos entre la teoría de la riqueza social y sus formas de cuantificación*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires.
- Keynes, J. M. ([1936] 1963). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kicillof, A. (2000). "La controversia de la especificidad". I Congreso electrónico sobre actualización de Das Kapital, Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (Ceplad)-Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires.
- Kicillof, A. (2002a). "Keynes, o el capitalismo sin capital". Presentación VIII JEC de Valladolid, Fundamentos de Economía Crítica y Pensamiento Económico.
- Kicillof, A. (2002b). *Tres Keynes en la Teoría General*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Económicas-Facultad de Ciencias Económicas-Ceplad.

- Kicillof, A. (2004). *La macroeconomía después de Lord Keynes*. Buenos Aires: Ceplad-Universidad de Buenos Aires.
- Kicillof, A. (2005). *Génesis y estructura de la Teoría General de Lord Keynes*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires.
- Kicillof, A. (2007). *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Kicillof, A. (2009). "Salario, precio y ganancia en la 'Teoría general'". *Desarrollo Económico*, 48(192), enero-marzo, Instituto de Desarrollo Económico y Social, 471-513.
- Kicillof, A. (2010a). "La macroeconomía ortodoxa después de la crisis: ¿revolución teórica en puerta o fingido arrepentimiento?". *Revista Economistas para qué*, n° 5. A. U. Base.
- Kicillof, A. (2010b). *De Smith a Keynes: siete lecciones de historia del pensamiento económico. Un análisis de los textos originales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Kicillof, A. (2010c). "Una exégesis de 'Mr. Keynes y los clásicos' de J. R. Hicks. El nacimiento del modelo IS-LM o el pecado original de la moderna macroeconomía". *Revista Realidad Económica*, n° 251, IADE, Buenos Aires.
- Krugman, P. (2009). *How did economists get it so wrong?* Nueva York: The New York Times.
- Krugman, P. y Obstfeld. M. (2001). *Economía internacional. Teoría y política*. Madrid: Addison Wesley, 5ª ed.
- Kuhn, T. ([1962] 1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2ª ed.
- Kydland, F. y Prescott, E. (1977). "Rules Rather Than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans". *Journal of Political Economy*, 85(3), junio, 473-492.
- Kydland, F. y Prescott, E. (1982). "Time to build and aggregate fluctuations", *Econometrica*, 50, 1345-1370.
- Lakatos, I. ([1978] 1983). *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Larraín, F. y Sachs, J. (2002). *Macroeconomía en la era global*. Buenos Aires: Pearson Prentice Hall.

- Leijonhufvud, A. (1969). *Two lectures on Keynes contribution to economic theory*. Londres: Institute of Economic Affairs, Paper 30.
- Leijonhufvud, A. (1976) *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana Un estudio de teoría monetaria*. Barcelona: Vicens Vives.
- Leijonhufvud, A. (1976). "Keynes y los clásicos". En Clower, R. y Leijonhufvud, A., *La nueva teoría monetaria* (trad. Julio Segura Sánchez). Madrid: Editorial Saltés.
- Lekachman, R. ([1964] 1967). *Teoría General de Keynes. Informes de tres décadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levín, P. (1997). *El capital tecnológico*. Buenos Aires: Catálogos.
- Levín, P. (2003). "Ensayo sobre la Cataláctica". En *Notas sobre la Economía Política de la Historia*, Vol. I, Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires.
- Levín, P. (2005). "El planificador de la reproducción y sus tribulaciones". *Documentos del CEPLAD*, año 7, art. 1, Buenos Aires.
- Levín, P. (2010a). *Introducción a la teoría de subsistemas de capital*. Facultad de Ciencias Económicas-Universidad de Buenos Aires. Mimeo.
- Levín, P. (2010b). "Esquema de la Ciencia Económica". *Revista de economía política de Buenos Aires*, año 4, vols. 7 y 8, 247-289.
- Levy, R. (1998). "Aspectos generales de la macroeconomía". En Ferrucci, R. J. et al., *Lecturas de macroeconomía y política económica*. Buenos Aires: Macchi.
- Livingstone, J. L. y Salamon, G. L. (1971). "Relationship Between the Accounting and the Internal Rate of Return Measures: A Synthesis and Analysis". En Livingstone, J. L. y Burns, T. J. (eds.), *Income Theory and Rate of Return*. Columbus: Ohio State University, 161-178.
- Long, J. y Plosser, C. I. (1983). "Real Business Cycles". *Journal of Political Economy*, febrero, 91, 39-69.
- Lucas, R. E. Jr. (1972). "Expectations and the Neutrality of Money", *Journal of Economic Theory*, 4, 103-124.
- Lucas, R. E. Jr. (1973). *Econometric Policy Evaluation: A Critique*. Carnegie-Mellon University Working Paper. Pittsburgh: Carnegie-Mellon University.
- Lucas, R. E. Jr. (1975). "An Equilibrium Model of the Business Cycle". *Journal of Political Economy*, 83(6), diciembre, The University of Chicago Press, 1113-1144.

- Lucas, R. E. Jr. (1987). *Models of Business Cycles*. Oxford: Basil Blackwell Oxford press.
- Lucas, R. E. Jr. (2000). "Some Macroeconomics for the 21st Century". *The Journal of Economic Perspectives*, 14(1), invierno, 159-168.
- Lucas, R. E. Jr. (2003). *Macroeconomic Priorities*. Presidential Address delivered at the one hundred fifteenth meeting of the American Economic Association, January 4, 2003, Washington, D. C.
- Lucas, R. E., y Sargent T. (1978). "After Keynesian Economics, After the Phillips curve: Persistence of high inflation and high unemployment". Federal Reserve Bank of Boston Conference volume.
- Lukács, G. ([1923] 1984). *Historia y conciencia de clase*. Madrid: Sarpe.
- Lyotard, J. F. (1984). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mankiw, G. (1989). "Real Business Cycles: A New Keynesian Perspective". *The Journal of Economic Perspectives*, 3(3), American Economic Association, 79-90.
- Mankiw, G. (1990). "A quick refresher course in macroeconomics". *Journal of Economic Literature*, XXVIII.
- Mankiw, G. ([1992] 1997). *Macroeconomía*. Barcelona: Antoni Bosch, 3ª ed.
- Mankiw, G. ([1984] 2002). *Principios de Economía*. Madrid: McGraw-Hill.
- Mankiw, G. (2006). "El macroeconomista como científico y como ingeniero". *Revista Desarrollo Económico*, 47(185), abril-junio 2007, IDES, Buenos Aires.
- Marshall, A. ([1890] 1948). *Principios de economía. Un tratado introductorio*. Madrid: Aguilar.
- Marx, K. ([1873] 1898). "Postfacio" de la segunda edición alemana. En *El capital*, t. I. Madrid: Cao y De Val.
- Marx, K. ([1867] 1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política*, t. I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. ([1885] 1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política*, t. II. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. ([1894] 1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política*, t. III. México: Fondo de Cultura Económica.

- Marx, K. ([1847] 1973). *Miseria de la filosofía*. En Marx, K. y Engels, F., *Obras escogidas*, t. VII. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre.
- Marx, K. ([1859] 1974). *Teorías sobre la plusvalía*. Buenos Aires: Ed. Cartago.
- Marx, K. ([1859] 1975). *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.
- Marx, K. ([1859] 1987). "Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política". En *Introducción General a la crítica de la economía política/1857*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. ([1953] 1997). *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 1. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (2001). *El capital*. Libro I Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción. México: Siglo XXI editores.
- Marx, K. y Engels, F. ([1934] 1947). *Correspondencia*. Buenos Aires: Ediciones Problemas.
- Mas Collel, A., Whinston, M. y Green, J. (1995). *Microeconomic theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Menger, K. ([1871] 1985). *Principios de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Orbis.
- Mill, J. S. ([1848] 1985). *Principios de economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Milonakis, E. y Fine, B. (2009). *From Political Economy to Economics: Method, the Social and the Historical in the Evolution of Economic Theory*. Londres: Routledge.
- Mochón, F. y Beker, V. ([1993] 1997). *Economía. Principios y aplicaciones*. Madrid: McGraw-Hill.
- Modigliani, F. (1944). "Liquidity Preference and the Theory of Interest and Money", *Econometrica*, 12(1), enero, 45-88.
- Ohlin, B. (1933). *Interregional and International Trade*. Cambridge: Harvard University Press.
- Patinkin, D. ([1956] 1963). *Dinero, interés y precio*. Madrid: Aguilar.
- PCES-Post Crash Economics Society (2014). *Economics, Education and Unlearning: Economics Education at the University of Manchester*.

- PEPS-Economie Students Association (2014). "The case for pluralism: what French undergraduate economics teaching is all about and how it can be improved". *Int. J. Pluralism and Economics Education*, 5(4), 385-400.
- Phelps, E. S., et al. (1969). *Microeconomic Foundations of Employment and Inflation Theory*. New York: Norton.
- Pigou, A. C. (1943). "The Classical Stationary State". *The Economic Journal*, 53(212), diciembre, 343-351.
- Popper, K. ([1963] 1967a). *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*. Buenos Aires: Paidós.
- Popper, K. (1967b). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Popper, K. (1973). "La lógica de las ciencias sociales". En Adorno, Th. et al., *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona-México: Grijalbo, 101-120.
- Possas, M. L. (1985). *Estructuras de mercado en oligopolio*. San Pablo: Hucitec.
- Pyndick, R. y Rubinfeld, D. (2009). *Microeconomía*. Madrid: Pearson Educación.
- Ricardo, D. ([1817] 1985). *Principios de economía política y tributación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rikap, C. y Arakaki, A. (2015). "Contribución a la crítica de la enseñanza de Economía en la UBA". *Cuadernos de Economía Crítica*, año 2, n° 3, septiembre.
- Robinson, J. ([1942] 1968). *Introducción a la economía marxista*. México: Siglo XXI Editores.
- Robinson, J. ([1965] 1984). *Ensayos críticos*. Buenos Aires: Editorial Orbis.
- Roll, E. ([1939] 1973). *Historia de las doctrinas económicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romer, P. ([1985] 2014). *Macroeconomía avanzada*. Buenos Aires: McGraw-Hill.
- Romer, P. (2016). *The Trouble with Macroeconomics*. Stern School of Business, New York University. <https://paulromer.net/wp-content/uploads/2016/09/WP-Trouble.pdf>
- Roncaglia, A. (2009). *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Rubin, I. I. ([1928] 1985). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. México: Ediciones Pasado y Presente, 6ª ed.

- Rubinstein, A. (2006). *Lecture Notes in Microeconomic Theory*. Princeton: Princeton University Press.
- Sandmo, A. (2011). *Economics Evolving: A History of Economic Thought*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Samuelson, P. (1947). *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge: Harvard University Press.
- Samuelson, P. (1960). *Curso de economía moderna*. Madrid: Aguilar, 8ª ed.
- Samuelson, P. (1967). "La Teoría General". En Leckachman, R. (comp.), *Teoría General de Keynes. Informe de tres décadas*. México: Fondo de Cultura Económica (publicación original: 1964, el artículo es de 1946).
- Samuelson, P. y Nordhaus, W. (1999). *Economía*. Madrid: McGrawHill.
- Sargent, T. J., y Wallace, N. (1973a). "Rational expectations and the dynamics of hyperinflation". *International Econ. Rev.*, 14: 328-350.
- Sargent, T. J., y Wallace, N. (1973b). "Rational expectations, the optimal monetary instrument, and the optimal money supply rule". Working paper, Univ. Minnesota.
- Schumpeter, J. A. ([1911] 1963). *Teoría del desenvolvimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schumpeter, J. A. ([1954] 1971). *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. ([1993] 1997). *Panorama de historia del pensamiento económico*. Barcelona: Ariel.
- Shaikh, A. ([1991] 2006). *Valor, acumulación y crisis: ensayos de economía política*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2ª ed.
- Silverberg, E. y Suen, W. ([1978] 2001). *The Structure of Economics. A Mathematical Analysis*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Smith, A. ([1776] 1997). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Solomon, E. (1970). "Alternative Rate of Return Concepts and Their Implications for Utility Regulation". *Bell Journal of Economics*, 1, primavera, 65-81.
- Solow, R. (2008). "The State of Macroeconomics". *The Journal of Economic Perspectives*, 22(1), invierno, American Economic Association, 243-246.

- Sraffa, P. (1926). "The laws of returns under competitive conditions". *The Economic Journal*, vol. xxxvi, diciembre, 535-550.
- Starosta, G. (2010). "Global Commodity Chains and the Marxian Law of Value". *Antipode*, 42(2), marzo, 433-465.
- Stauffer, T. R. (1971). "The Measurement of Corporate Rates of Return: A Generalized Formulation". *Bell Journal of Economics*, 2, otoño, 434-469.
- Stigler, G. J. (1971). "The Theory of Economic Regulation". *The Bell Journal of economics and management sciences*, 2(1), 3-21.
- Summers, L. H. (1991). "La ilusión científica en la macroeconomía empírica". Reunión Anual de Macroeconomía del National Bureau of Economic Research. Traducido de *Scandinavian Journal of Economics*, 93(2). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4934931.pdf>
- Sylos-Labini, P. ([1962] 1965). *Oligopolio y progreso técnico*. Barcelona: Oikos.
- Tirole, J. (1988). *The Theory of Industrial Organization*. Cambridge: MIT Press.
- U. S. Federal Trade Commission and the U. S. Department of Justice (2000). *Antitrust Guidelines for Collaborations Among Competitors*. https://www.ftc.gov/sites/default/files/documents/public_events/joint-venture-hearings-antitrust-guidelines-collaboration-among-competitors/ftcdojguidelines-2.pdf
- U. S. Federal Trade Commission and the U. S. Department of Justice (2010). *Horizontal Merger Guidelines*. <https://www.ftc.gov/sites/default/files/attachments/merger-review/100819hmg.pdf>
- Varian, H. ([1977] 1992). *Análisis Microeconómico*. Barcelona: Antoni Bosch.
- Wallace, N. (1996). *Las expectativas racionales y el fin de la macroeconomía*. Conferencia Magistral ofrecida el 10 de noviembre de 1995, en la Universidad del Pacífico, Lima, Perú.
- Walras, L. ([1874] 1987). *Elementos de economía política pura* (o *Teoría de la riqueza social*). Madrid: Alianza Editorial, 4ª ed. (1900).

Acerca del autor

Federico Bekerman es licenciado en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA), magíster en Economía Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y doctorando en Desarrollo Económico en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Investigador de la UNQ, especializado en Historia del Pensamiento Económico, Estructura Económica Argentina y Organización Industrial. Docente de grado y posgrado en UBA, UNQ, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV) y Flacso. Fue subsecretario de Evaluación de Proyectos con Financiamiento Externo en la Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación y miembro del Directorio de la Autoridad Federal de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (AFTIC).

Libros publicados

- Sergio Paz, *Economía digital ¡el futuro ya llegó!*
- Patricia Gutti y Cecilia Fernández Bugna (compiladoras), *En busca del desarrollo: planificación, financiamiento e infraestructuras en la Argentina.*
- Gabriela Nelba Guerrero, Karina Ramacciotti y Marcela Zangaro (compiladoras), *Los derroteros del cuidado.*
- Daniel Fihman, *La profesionalización del Servicio Civil. Un estudio sobre la implementación de concursos para el ingreso al empleo público en Argentina.*
- Germán Dabat y Sergio Paz (coordinadores), *Competitividad argentina: limitaciones, retos y oportunidades.*
- Gastón Javier Benedetti, *Trayectoria de una empresa del Estado: Análisis de las capacidades tecnológicas del Astillero Río Santiago (1953-2014).*
- Felipe Vismara, *La medición de la competitividad provincial en Argentina: propuesta de un set de indicadores simples.*